

PH

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

SUMARIO

Carlos Keller R.	<i>Balance económico 1931-33</i>
González Vera.	<i>Ladrón de gallinas.</i>
Alejandro Lipschütz.	<i>¿Por qué hacemos investigación científica?</i>
Rafael Coronel.	<i>El farol.</i>
J. Lagos Lisboa.	<i>Poesías.</i>
Arturo Piga.	<i>El problema de la Cultura en Latino América.</i>
José María Souvirón.	<i>Hacia un nuevo romanticismo.</i>

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Guillermo Feliú C.	<i>Barrós Arana y el método analítico en la historia.</i>
Oswald Spengler.	<i>El horizonte político.</i>
N. Yáñez Silva.	<i>Pedro Lira.</i>
Lautaro Yankas.	<i>Lawrence. La teoría y la obra.</i>
Sady Zañartu.	<i>Las tiranías según Sarmiento.</i>
S. Marín Vicuña.	<i>De tiempos lejanos.</i>
Eugenio Labarca.	<i>La Condesa de Noailles recordada a grandes y pequeños rasgos.</i>

LOS LIBROS—LIBROS RECIBIDOS

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 30.00

Un semestre..... 16.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

★ ★
EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811
MEXICO, D. F.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual
de Ciencias Sociales y
Letras,
fundada en 1918

Director Fundador:
Victor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176
Lima - Perú

LEONARDO

Rassegna Bibliografica
diretta da
Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:
Via Palermo, 10-12

Milano (III)

NOSOTROS

Revista mensual
de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.

SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año X

Diciembre de 1933

Núm. 104

Carlos Keller R.

BALANCE ECONÓMICO 1931-33

Dentro de poco se publicará en San Francisco, Estados Unidos, una traducción al inglés, de «La eterna crisis chilena».

El autor agregó a esta edición un capítulo especial que trata de presentar una síntesis del desarrollo económico del país durante los últimos tres años.

Nos complacemos en ofrecer a nuestros lectores este capítulo.

I

BALANZA DE PAGOS

COMO he tratado de demostrar en este libro, Chile es un país cuya estructura económica está basada esencialmente en la posibilidad de efectuar grandes exportaciones. En efecto, el intercambio comercial del país desempeña dos funciones fundamentales: por una parte, nos permite adquirir en el extranjero todo aquellos productos que nuestra economía todavía no produce y que tampoco podrá producir dentro de los próximos decenios. Ellos se componen de artículos alimenticios, como azúcar, té, café, y otros tropicales; materias primas como bencina, manufacturas para el consumo humano, como tejidos, toda clase de artículos de menaje, etc., y maquinaria y herramientas.

Si estos artículos no pueden entrar más al país, debido a la falta de medios de pago para adquirirlos, es evidente que el standard de vida de la población tendrá que descender a un nivel muy inferior al de los últimos años de prosperidad, y que nuestras industrias, una vez gastada su actual maquinaria, experimentarán un gran retroceso, sin poder mantenerse al nivel de los progresos que constantemente se hacen en otros países. El lector se recordará que un desarrollo en este sentido tuvo lugar ya otra vez en nuestra historia económica, a principios del siglo XVII, cuando se agotaron los lavaderos de oro.

Pero, por otra parte, sin grandes exportaciones, los capitales extranjeros invertidos en Chile, tanto en forma de empréstitos concedidos al Estado, como de industrias establecidas, no pueden recibir lo que corresponde al servicio de sus intereses, y utilidades. El total de estos capitales se superior a 10 mil millones de pesos, lo que implica, normalmente, una salida de 800 millones anuales para atender su servicio, una cantidad a que es preciso agregar, todavía, unos 100 millones para los servicios materiales prestados, como ser, navegación, viajes, cinematógrafos, seguros, etc.

Si, ahora, se toma en consideración que las exportaciones totales de 1932 ascendieron a 283 millones de pesos de seis peniques oro, se comprenderá que el país se encuentra en completa imposibilidad de atender el servicio de esos capitales, puesto que se necesitan a lo menos 600 millones para atender las necesidades normales de la importación, cuyo valor fué reducido en 1932 a sólo 213 millones.

Este descenso del comercio exterior no se debe a fenómenos ocurridos en el mercado nacional, sino que tiene su causa en acontecimientos del mercado mundial. He demostrado que en 1930, cuando las exportaciones declinaban en forma sumamente aguda, las importaciones se mantenían todavía a un nivel muy

elevado, superando su valor al de las exportaciones. Esto demuestra claramente que no han sido los países latinoamericanos los que han motivado la actual crisis económica, pues ellos estaban dispuestos a favorecer el intercambio en una época cuando las demás naciones trataban de reducir fuertemente sus importaciones (el ejemplo de Chile es típico para todos los países iberoamericanos).

Las medidas adoptadas con posterioridad, a fin de equilibrar artificialmente la balanza de pagos, han sido una consecuencia lógica de esta situación.

II

CONTROL DE CAMBIO

Estas medidas consisten, principalmente, en lo que se ha llegado a denominar el control de cambios.

El control de cambios fué establecido en Chile a fines de julio de 1931 y su organización fué modificada ligeramente en abril de 1932.

Su función esencial consiste en limitar las importaciones, permitiendo la entrada al país de solamente aquellas mercaderías que se consideran como indispensables para asegurar la existencia del pueblo y para mantener en marcha las industrias nacionales. Sin autorización de la Comisión de Control, no es posible internar mercaderías al país.

Para asegurar el aprovisionamiento del país con los artículos indispensables, fué necesario hacer extensivo el control a las exportaciones. No en el sentido de dificultarlas o impedir las, sino a fin de que su valor se empleara de una manera conveniente para los intereses nacionales.

Se distingue a este respecto entre dos diferentes situaciones: o el exportador se limita a suministrar

al país las letras equivalentes a sus costos de producción en el país, o se compromete a retornar al país el valor íntegro de las exportaciones.

El primero es el caso de algunas de las grandes empresas extranjeras que trabajan en el país. Ellas gastan en el país solamente lo que corresponde a jornales, algunas materias primas adquiridas en Chile y los costos del transporte de sus productos a la costa; el resto de sus gastos corresponde a materias primas adquiridas en el extranjero y al pago de intereses, utilidades, etc. del capital invertido. Estas empresas no necesitan entregar, del valor de las exportaciones, sino lo que corresponde a sus gastos en Chile, pues el cambio oficial, que hasta abril de 1932 fué de seis peniques oro, desde entonces ha sido rebajado a tres peniques oro. La Comisión de Control de Cambios distribuye estas letras semanalmente entre importadores que traen al país mercaderías autorizadas por la Comisión de Control.

Los demás exportadores, que retornan al país el valor íntegro de sus exportaciones, pueden disponer libremente de sus letras, ya sea para pagar con ellas mercaderías autorizadas por el Control y que ellos mismos se encargan de traer al país, o para vender aquellas letras a importadores que hayan obtenido la autorización correspondiente de parte del Control. Estas ventas se pueden realizar a cualquier precio, es decir, no están sujetas al cambio oficial.

Como la oferta de letras ha sido insuficiente para atender la demanda, las letras transadas libremente y llamadas «letras de exportación» se comenzaron a vender con un sobreprecio, de manera que desde julio de 1931 el país dispone de dos diferentes cambios: uno oficial y otro libre. Según el cambio oficial, el dólar oro valía antes \$ 8.22 y posteriormente \$ 16.44, mientras que en el mercado libre, las letras de exportación en dólares llegaron a cotizarse a \$ 65, en septiembre

de 1932, para descender posteriormente a más o menos \$ 40 y aun más, una vez que los Estados Unidos abandonaron el patrón de oro. A fines de septiembre de 1933, el dólar papel se cotizaba a \$ 25.

Sin duda, el sistema del Control del Cambio, ha perjudicado muchos intereses. Sobre todo, dada la escasez de letras, fué necesario limitar las importaciones a las mercaderías más indispensables, suprimiéndose totalmente la internación de automóviles y de todo objeto de lujo. El concepto de «mercadería indispensable» es, naturalmente, bastante elástico, pero se puede afirmar, sin exageración alguna, que las importaciones efectuadas en 1932 y 1933 no eran suficientes para atender las necesidades más necesarias. Para demostrarlo, basta decir que aun el consumo de la bencina tuvo que ser restringido fuertemente, suprimiéndose en muchas partes el servicio de góndolas y camiones, aun donde era muy necesario.

Es evidente que en estas circunstancias las disponibilidades de letras no permitieron autorizar el pago de los créditos públicos y privados que tenía el extranjero. Se suspendió el servicio de la deuda pública y se aplazó la cancelación de los créditos privados. La restricción tuvo que extenderse aún a las remesas que regularmente recibían los chilenos domiciliados en el extranjero, de manera que éstos se vieron obligados a regresar al país, por la imposibilidad de obtener fondos para costear su vida en otros países.

III

CONSECUENCIAS DE LA BAJA DEL CAMBIO

Las medidas que se acaban de comentar, han tenido que repercutir fuertemente sobre el desarrollo de la economía nacional. Su influencia ha sido de doble

índole, pudiendo observarse aspectos favorables y desfavorables.

En cuanto a los primeros, cabe advertir que el aislamiento del país respecto del extranjero, ha tenido que favorecer, naturalmente, el desarrollo de las industrias nacionales. Protegidas éstas por derechos aduaneros elevados, y estimuladas por la falta de numerosos artículos extranjeros, cuya importación no se autorizó, y por el alza de los precios que resultó tanto de esta circunstancia, como de la baja del valor de la moneda chilena, han podido tomar un auge relativamente favorable, logrando recuperar el nivel de producción de los años de gran prosperidad. Además, surgieron nuevas industrias. Una parte de la cesantía, que había ascendido a 130,000 desocupados, en noviembre de 1932, fué absorbida por las industrias.

La baja del valor del peso chileno estimuló apreciablemente la explotación de los lavaderos y minas de oro, ya que ahora se obtenía hasta cinco veces el precio (en pesos papel) que antes se pagaba por este metal. Como el costo de vida había aumentado en una proporción mucho menor, fué posible ocupar cerca de 50,000 obreros en estas actividades.

Finalmente, la baja del cambio estimuló también considerablemente la producción agrícola. Los precios de numerosos artículos agrícolas importantes se determinan por su cotización en el mercado mundial, y como su exportación se realiza con retorno íntegro del valor de venta al extranjero, las letras correspondientes se transan como «letras de exportación», o sea, al cambio libre. De esta manera, el precio del trigo, cebada, avena, frejoles, lentejas, arvejas, carne congelada, lana, nueces, frutas y de muchos otros productos, comenzaron a subir rápidamente. Los costos de producción no aumentaron, o subieron en muy pequeña proporción, de manera que los altos precios en pesos papel estimularon la producción. En efecto, la cosecha de 1933 fué una

de las más grandes habidas en el país. De esta manera, la agricultura, semiarruinada en los años anteriores, pudo reiniciar el pago de sus obligaciones, y absorbió una parte de la cesantía.

Todos estos efectos favorables de la baja del cambio de la moneda chilena se limitaron al mercado nacional. La desvalorización del peso no fué utilizada para el dumping de el mercado mundial, sino que se tradujo inmediatamente en un alza equivalente de los precios en el mercado nacional. A pesar de haber descendido el peso al 20% de su valor normal, el comercio exterior del país, no reaccionó en lo más mínimo. Según la estadística del comercio mundial que confecciona mensualmente la Liga de las Naciones, no hay ningún país en todo el mundo, cuyo comercio exterior haya descendido tanto como el de Chile. En el cuarto trimestre de 1932, época en que la desvalorización del peso llegó a su máximo, las exportaciones chilenas no subían del 15% del trimestre más favorable anterior. Ello se debe, en parte, a que la baja del peso no influyó sobre las exportaciones de salitre y cobre, cuyas expectativas continuaron presentándose desfavorables.

No sería completo el cuadro que estamos presentando del estado actual de la economía nacional, si no agregáramos los aspectos desfavorables de la política seguida.

Desde luego, es preciso insistir en sus desastrosas consecuencias políticas y sociales. Como la inflación se produjo en una época de gran cesantía, el alza de los precios no pudo influenciar los sueldos y jornales. La oferta de brazos era tan grande, que a pesar del alza del costo de la vida (30% en comparación con el promedio de 1928-30), los sueldos y jornales han continuado bajando. Por consiguiente, la miseria de las grandes masas ha aumentado, y esto ha ocasionado malestar social e intranquilidad política. Es evidente que la agitación revolucionaria y los diferentes levan-

tamientos habidos desde mediados de 1931, se deben, en su mayor parte, a la discrepancia que actualmente se puede observar entre las rentas y el nivel del costo de la vida. Este factor perturbador, ha sido de funestas consecuencias y ha restado al país una parte del aprecio que antes le merecía al extranjero. Naturalmente, la mortalidad, y en general, el estado sanitario de la población, han tenido que sufrir considerablemente bajo estas condiciones.

No obstante, el desahogo momentáneo que significó la ocupación de cesantes en las minas y lavaderos de oro y en las nuevas industrias, es ostensible que estas actividades están basadas en condiciones sumamente artificiales. Este factor no sería de tanta gravedad, si no se hicieran sentir fuertes tendencias en el sentido de mantener estas condiciones como algo permanente, es decir, que tratan de evitar la vuelta a la normalidad monetaria. Todavía son relativamente escasas las personas que se den cuenta en Chile que la desvalorización del peso ha sido realizada en beneficio de unos pocos industriales y agricultores, a expensas del bienestar de toda la nación.

Sumamente graves han sido también las consecuencias en la agricultura. Como se expuso en el capítulo pertinente de este libro, el agricultor chileno siempre ha sido inflacionista, pues veía en la desvalorización del peso el único remedio para salvarse de su excesivo endeudamiento, su falta de previsión y su dedicación a cultivos inadecuados sobre terrenos de la más alta calidad. Como ya se dijo, el agricultor no empleó la desvalorización del peso, para colocar sus productos en el mercado extranjero, sino que se limitó a obtener precios máximos por ellos. El alza de los precios vino a estimular así la producción, en forma jamás conocida, con el resultado que en la actualidad ya existen grandes cantidades de productos que no encuentran venta y que en el futuro, la sobreproducción consti-

tuirá una amenaza sumamente grave para esta rama de la economía. Agregaré un detalle que viene a demostrar con claridad meridiana la razón que asistía al autor de este libro al describir el espíritu de capitalismo primitivo que predomina en nuestra economía: a pesar de la prima de 300% que representa la desvalorización del peso, los agricultores han obtenido de la Junta de Exportación Agrícola el pago de una prima en dinero sobre la exportación de cebada y avena. Este hecho realmente fantástico, demuestra hasta qué grado el mundo ha perdido el sano juicio.

Lógicamente, el descenso del valor de la moneda y el alza de los precios en el mercado nacional, han tenido que repercutir desastrosamente sobre el poder adquisitivo de la población. El «retroceso al sistema colonial», pronosticado en este libro, es una realidad. Las grandes masas de la población apenas disponen de la renta suficiente para satisfacer sus necesidades más urgentes, gastando casi todo en artículos alimenticios. Las clases favorecidas por la inflación son tan poco numerosas, que no han podido compensar la exclusión de las clases medias y bajas del mercado. Actualmente el volumen físico de las mercaderías vendidas en los grandes almacenes al por menor de Santiago no sube del 40% de su nivel normal. Este mismo hecho representa, naturalmente un límite para el desarrollo de la producción nacional. Las industrias no pueden producir más, debido a que no existen compradores para sus mercaderías.

Finalmente, cabe advertir las desastrosas consecuencias que la desvalorización del peso ha tenido sobre la destrucción del capital nacional. En efecto, es indudable que en un país de estructura colonial, como lo es el nuestro, la formación del capital nacional es uno de los problemas más importantes. Ya nos hemos referido a él. La función del capital consiste especialmente en permitir la organización de la economía me-

diante el empleo de medios mecánicos de producción, que le han imprimido al capitalismo moderno su dinamismo peculiar.

La inflación monetaria habida en Chile obligó a los pequeños y medianos imponentes, a emplear sus ahorros para contrarrestar el alza de los precios, de manera que una parte apreciable de los fondos depositados en los bancos a fin de ser invertidos en las actividades económicas, han sido transformados en medios de consumo. Pero aun más: los capitales financieros que no han tenido esta destinación, han perdido gran parte de su poder adquisitivo. Como la economía nacional demanda la importación de valiosos equipos mecánicos que no se producen dentro del territorio nacional, las posibilidades que se presentan ahora, teniendo que pagarse cuatro veces más en pesos papel por esa maquinaria, han empeorado apreciablemente. Si antes los ahorros eran insuficientes para dotar al país de los medios mecánicos, ahora la escasez de capitales es mucho mayor. Esto significa, naturalmente, un retroceso muy considerable para la economía nacional.

IV

EL RESTABLECIMIENTO DE LOS PAGOS AL EXTERIOR

El lector extranjero estará interesado especialmente en conocer las expectativas que existan para que el país reanude el pago de sus créditos al extranjero y el servicio de la deuda pública.

Para poder apreciar debidamente este problema, es preciso tener presente lo que se ha expresado en los párrafos anteriores. Pero es necesario agregar otras consideraciones más.

La desvalorización del peso chileno no obedeció exclusivamente al desequilibrio de la balanza de pagos.

Hubo, además, después de la revolución de julio de 1931, una inflación monetaria, sin precedentes en el país. Ella se debe principalmente al desequilibrio de las finanzas públicas.

Las rentas del Estado subieron de 346 millones de pesos en 1921 a 1,234 millones en 1929, es decir, aumentaron casi cuatro veces, en el curso de nueve años. El sistema tributario nacional, estaba basado, hasta hace poco, principalmente en las rentas que se derivan del intercambio internacional (derechos sobre el salitre y yodo, derechos de importación, impuestos de las industrias exportadoras, etc.) En 1929, estas rentas representaban el 63% del total.

Ahora bien, como ya se explicó, la parte de nuestro sistema económico que más ha sido afectado por la actual crisis económica, fué el intercambio internacional, y, por consiguiente, aquella parte de las rentas fiscales que se derivaban de él. Sólo así se explica que el total de las rentas haya descendido en forma por demás violenta: de 1,234 millones en 1929, a 515 millones en 1932. El servicio de la deuda fiscal habría demandado en 1932, a seis peniques oro por peso, la cantidad de 223 millones de pesos, pero como el peso ha sido desvalorizado a la mitad, conforme al cambio oficial, los impuestos necesarios para atender el servicio de la deuda deben producir el doble que antes. Esta simple consideración demuestra que con una renta de 515 millones no se pueden destinar 446 millones de pesos al servicio de la deuda externa.

Los 515 millones de renta que el Fisco tuvo en 1932 no fueron suficientes para atender sus gastos más urgentes. El mercado nacional se encontraba profundamente abatido. El crédito extranjero se había retirado del país ya antes de la revolución de julio de 1931. Los agricultores se negaban en aquel tiempo a pagar las contribuciones, porque aseguraban que los precios de sus productos eran absolutamente ruinosos. La

contracción del circulante hasta mediados de 1931 había repercutido muy desfavorablemente sobre el mercado del crédito nacional, de manera que no era posible emitir empréstitos internos u obtener créditos bancarios. En estas circunstancias, el Fisco no pudo seguir otra política financiera que la emisión de billetes, realizada por intermedio del Banco Central. Así, la deuda interna subió de 483 millones, a fines de 1930, a 610 millones a fines de 1931 y 1,043 millones a fines de 1932. El aumento corresponde casi exclusivamente a emisiones efectuadas. Naturalmente, este aumento extraordinario del circulante tuvo que repercutir sobre los precios, como también lo hacía la baja del valor del peso respecto de las demás monedas.

Es evidente que con estas emisiones se puede destruir el sistema monetario, pero no se pueden hacer pagos al extranjero.

Para que se pueda restablecer el servicio de la deuda, es preciso que se cumplan previamente dos condiciones: primera, el restablecimiento del poder tributario del país, y segunda, el restablecimiento de una balanza de pagos que funcione normalmente. La primera de estas condiciones dotaría al Fisco de los fondos necesarios para poder servir su deuda, y la segunda permitiría transferir estos pagos al extranjero. El cumplimiento de una sola de estas condiciones no sería suficiente, por cuanto no es concebible que el Fisco pueda hacer un pago si no dispone de fondos para ello, como tampoco que se transfieran al extranjero, los fondos, cuando no hay letras disponibles para hacer el traspaso.

El cumplimiento de estas dos condiciones dependerá tanto de la política nacional, como de los acontecimientos en el mercado mundial.

En cuanto al mercado nacional, un observador imparcial no podrá dejar de reconocer los extraordinarios esfuerzos realizados por el actual Gobierno de la Repú-

blica, que está a cargo de don Arturo Alessandri, a fin de normalizar su situación. El Fisco ha seguido desde principios de 1933 una política de economías en todo sentido, evitando todo gasto que no sea absolutamente necesario. Al mismo tiempo, el Ministro de Hacienda, don Gustavo Ross, ha conseguido del Congreso el despacho de leyes financieras que no sólo han creado nuevos recursos al Fisco, sino que han venido a transformar completamente el sistema tributario del país. En efecto, se ha seguido la política de desarrollar el sistema de impuestos internos, que son en sus resultados mucho más estables que los que se derivan de intercambio internacional. Gracias a estas medidas, las rentas fiscales, que en el primer semestre de 1932 fueron de 255 millones, subieron en igual período de 1933 a 401 millones. De esta manera, el Fisco ha podido atender sus gastos, incluso el plan de obras públicas y la ayuda a la cesantía, sin tener que recurrir al crédito y sin realizar nuevas emisiones. Esto significa que se ha normalizado completamente la situación de las finanzas fiscales. Puede agregarse que una vez que reaccione el mercado exterior, los tributos que se derivan de él y que no han sido modificados, producirán lo suficiente para atender el pago del servicio de la deuda pública.

Además, es preciso agregar que en los presupuestos para 1934 se ha prescindido completamente de toda entrada que provenga del salitre. Como puede consultarse en el capítulo pertinente, el Proyecto del Gobierno sobre reorganización de la industria salitrera, consulta una participación de 25% que el Fisco tendrá en la utilidades de la Corporación de Ventas. Según declaraciones del Gobierno, esta participación será destinada exclusivamente al rescate y servicio de la deuda externa.

Puede afirmarse, pues, que se ha hecho cuanto está de parte de Chile, para poder normalizar los pagos al

extranjero. Lo que falta ahora, es que se cumpla la segunda condición, o sea, la reacción del mercado extranjero. Eso prácticamente significa que deben mejorar las expectativas para el salitre y cobre. Si no logramos vender cantidades apreciables de estos dos productos, es imposible que se restablezca, por ahora, el servicio de las deudas, pues la oferta de letras sobre el exterior será tan exigua, que no permitirá destinarla a otros fines que a atender las necesidades materiales más apremiantes del país. El cumplimiento de esta condición, es, sin embargo, absolutamente independiente de lo que ocurra dentro del mercado nacional.

V

LAS COMPENSACIONES INTERNACIONALES

Debo referirme, sí, antes de terminar, a la tentativa hecha por algunos países en el sentido de conseguir el pago de los créditos congelados por medio de las compensaciones. Chile ha celebrado tratados y convenios de compensaciones con Francia, Bélgica, España, Checoslovaquia, Dinamarca y Suecia y está en vías de celebrar otros más, especialmente con Alemania.

En estos tratados se estipula generalmente que el valor de las exportaciones chilenas y que provenga de productos genuinamente nacionales, como ser los agrícolas, se empleará totalmente para pagar las importaciones a Chile de los países con los cuales celebramos estos tratados. En cuanto al salitre, una parte de su precio se destina, al tipo del cambio oficial, para pagar créditos privados congelados existentes en Chile, mientras que otra parte, se reserva para el pago de importaciones provenientes del respectivo país; una tercera parte queda libre para atender el servicio de los créditos de la industria salitrera. En Francia, p. ej., un 20% se

destina a la primera finalidad, otro 20% a la segunda y el 60% queda a libre disposición de los bancos que han financiado la producción del salitre.

El sistema de las compensaciones tiene la ventaja de la reciprocidad de las relaciones comerciales. Si se realizan al 100%, cada país recibe mercaderías por un valor igual al que las vende al otro contratante. De esta manera, es imposible que se desequilibre la balanza de pagos. Si, ahora, un país acreedor, desea destinar una parte de los fondos que ingresan a las compensaciones, al pago de créditos o al servicio de deudas, venderá a la otra parte una cantidad proporcionalmente más pequeña de mercaderías, destinando, por ejemplo, un 50% del valor de las mercaderías adquiridas al pago de los créditos o servicio de deudas y el otro 50% a nuevas exportaciones de su parte. Teóricamente, un país podría emplear el 100% de las mercaderías adquiridas para el pago de créditos y servicio de deudas, pero en este caso no podría exportar absolutamente al del otro país, pues no habría fondos con qué pagar estas exportaciones.

La idea que envuelven las compensaciones es un tanto primitiva, pero absolutamente sana y lógica. Es primitiva, por cuanto no es concebible que la balanza de pagos tenga que encontrarse forzosamente equilibrada entre sólo dos países, pudiendo producirse a menudo el equilibrio mucho mejor con intervención de más naciones (compensaciones triangulares). Por lo general, son las naciones con un saldo comercial a su favor, las que tratan de sacar provecho de las compensaciones. Sin embargo, la idea es sana y lógica, por cuanto hace resaltar una verdad innegable, o sea, que los créditos internacionales sólo se pueden pagar con mercaderías.

Es esta también la razón por la cual los países iberoamericanos han aceptado con gran entusiasmo las compensaciones. Las cuantiosas inversiones de capita-

les extranjeros que existen en estos países, han sido efectuadas bajo la condición de que sea posible vender grandes cantidades de productos nacionales en el extranjero, a precios remunerativos. Se explicó ya que normalmente las exportaciones chilenas deben exceder a las importaciones en novecientos millones de pesos, para poder atender al servicio normal de los capitales invertidos en el país y el pago de los demás servicios prestados a Chile por el extranjero. Este exceso de 900 millones que deben señalar nuestras exportaciones, es la «conditio sine qua non» para que funcione normalmente nuestra balanza de pagos, y depende exclusivamente del extranjero, que ella se cumpla.

Evidentemente, el sistema de compensaciones, debidamente desarrollado permitiría producir un equilibrio permanente y casi absoluto de las balanzas de pagos, pues aseguraría que jamás saldrán mayores cantidades de oro de un país de las que provienen del natural intercambio de productos. Mediante el desarrollo de las compensaciones, la economía mundial adquiriría una estabilidad de que ha adolecido hasta la fecha.

Desde este punto de vista, las compensaciones, una vez hechas extensivas a todos los países—y todavía en forma triangular—, serían una garantía permanente para los inversionistas extranjeros y evitarían inversiones erróneas o excesivas, que sólo han conseguido anarquizar completamente el intercambio internacional.

Los resultados prácticos obtenidos con el tratado de compensaciones con Francia, han venido a demostrar la importancia de esta nueva institución. Dentro de medio año se logró pagar a Francia la tercera parte de los créditos congelados en Chile. Además, el intercambio con este país ha tomado un gran incremento, lo que se debe principalmente a la circunstancia de que el consumidor francés de productos chilenos y el chi-

leno de productos franceses, se dan cuenta que existe absoluta reciprocidad en las relaciones comerciales, recibiendo ambos países iguales beneficios de ellas.

Puede afirmarse que quizá en ningún otro continente exista mayor interés por el restablecimiento del intercambio comercial que en la América Latina. Pero se desea que este restablecimiento se realice a base de los principios que se acaban de exponer.

LADRON DE GALLINAS

YA lo ve Ud., Ruperto... Estoy viejo, no me respetan... ¿es que ya no las puedo afirmar? Quien quiere entra a mi casa y se lleva las gallinas que más le gustan... con las dos de anoche son doce las desaparecidas ¡si es para morirse!

—Debe ser alguien que no conoce sus manos...

—Eso es lo que me digo, porque ningún niño, por voltario que sea, me hace desconocidas.

—¿Ud. no sabe, don Patricio, que le están haciendo una correteada a los gallos? A Román, ese alto, de nariz chata, lo tomaron los pacos, lo llevaron hasta el puente Manuel Rodríguez, y le leyeron la cartilla: «Si quieres llegar a viejo, procura que no te veamos por este lado; ¡Tenemos orden de darle el bajo a todos los roncos!»

II

En ese tono se dialogaba en el despacho de don Patricio Maturana. Su puerta abríase ante el Callejón de las Hornillas, cerca del puente. Estaba instalado en una pieza anchísima, enladrillada, muy alta de techo. Contra la pared del fondo se apoyaba la estantería. En sus divisiones rectangulares había tarros de conservas, botellas de licor, artefactos de vidrio, telarañas, y humedad. Más afuera corría de un lado a otro, el mostrador enlatado, fresco, plúmbeo, con mo-

nedas falsas clavadas en su cubierta. Alzábase en el extremo izquierdo una alacena enrejillada. Dentro formaban pirámide los quesos de Tilttil y; desde un azafate de loza, excitaban la gula los bermejotes arrollados. Centrada en el mostrador la balanza dormía.

Más adelante, ubicadas en ambos rincones, dos mesas de lingüete, redondas, con sus bancos respectivos, le dan al despacho ambiente de taberna. Arriba en los muros laterales, sendas lámparas a carburo alumbran con sus lengüecillas de palpitante luz. Y en lugar visible vela las libaciones Balmaceda, que se muestra con la banda terciada de hombro a cadera. La noble faz empieza en la cabellera huidiza, baja con la grávida y pálida frente. Las cejas enmarañadas dan firmeza al rostro, pero luego la mirada bondadosa y pensante lo aligera. Sigue la nariz de buen dibujo hasta el castaño bigote que oculta la boca. El mentón es firme, irrompible, pleno de voluntad.

El bebedor suele fijarse en el retrato para repetir invariablemente:

—Ese sí que era hombre. Si lo tuviéramos de Presidente otro gallo nos cantaría.

Los parroquianos de don Patricio no son sacerdotes, ni burgueses, ni jóvenes anhelosas de convertirse en monjas... son de muy distinta laya. Unos han estado en la cárcel, y los demás, guapetones, cuchilleros y lachos más o menos ociosos, a fuerza de robar y apuñalear, tienen sobrados motivos para estarlo.

III

Durante el mes le habían sustraído doce gallinas; pero no vayan a creer que de una sola jornada. No. Por lo menos el ratero vino a la casa cinco veces. Entraba y salía como fantasma. No quedaba ningún indicio suyo, y ¡no deja de ser asombroso! las gallinas se le entregaban sin el más leve cacareo.

Confrontando estos hechos el viejo Patricio se exaltaba hasta la desesperación. De sus labios escapaban salvajes herejías y las más negras amenazas. La vehemencia de su pulso hacía andar por el negocio con los brazos cruzados tras la espalda, mordisqueándose el bigote y con los pies tensos.

Era Patricio Maturana un hombre ya maduro, muy católico, bajo, de ancho pecho, mentón saliente y mirada durísima. Sus ojos hundidos hacíanle el mirar más centelleante.

La gente decía: «dónde éste mira no vuelve a salir pasto» o «ya llegó Sharky».

Un hombre cualquiera habría terminado por olvidar el episodio de las gallinas. Es tan normal que las roben y es tan difícil luchar contra la singularidad del ladrón; pero el viejo Patricio, aparte de no ser hombre corriente, tenía razones personales para no tolerar ningún latrocinio. A él nadie podía pasárselo a llevar.

Y he aquí por qué. Durante veinticinco años estuvo en la policía de una provincia rica en campos de engorda. Allí era al abigeato mal de muy profundas raíces. En el primer tiempo detenía a los cuatreros y los entregaba a la justicia, pero no mermaban los hurtos y los hacendados clamaban, juraban y hasta amenazaban con dejar los campos a lo que viniera.

Junto con ser ascendido a sargento recibió Patricio cierta orden verbal. Desde entonces comenzaron los nuevos cuatreros a fugársele al menor descuido. No había manera de llegar con alguno hasta el portalón de la cárcel. El viejo sargento disparaba su infalible carabina e inútil empresa resultaba que el fugitivo hubiese traspuesto un muro o corriese curveando, la bala lo alcanzaba.

Al mismo tiempo que entraba en la madurez, los agricultores perdieron el poder político. Los nuevos gobernantes, empapados con la jarana del gobierno del

pueblo y para el pueblo, quisieron acabar con ese sistema de ajusticiamiento instantáneo.

Y ocurrió una nueva fuga y el viejo Maturana volvió a tener la suerte de meterle un tiro en plena cabeza. No hubo más remedio que enterrar al difunto; pero los de la capital dudaron de su excelente puntería, hubo mucho papeleo y se aseguró que no existió tal fuga, que el individuo marchaba, paso a paso, delante del viejo Maturana y que éste le había disparado en frío para matarlo y no para hacerlo detenerse. Con tanta habladuría y papeleo no se podía llegar a ningún fin bueno. El viejo Maturana quedó fuera del Cuerpo, echado, inutilizado y sin saber a dónde ir.

Se decidió por Santiago. Estaba decepcionado y amargado sin remedio. Había gastado su vida porque hubiese seguridad en los campos y después de veinticinco años, por la muerte de un sinvergüenza, de un mañablo que no movía la mano sino para daño de alguien, se le exoneraba con olvido absoluto de todos sus servicios. ¡Pago de Chile! ¡No, no era justo proceder así!

IV

Después de ir de un lado a otro abrió su negocio en plena calle Hornillas, calle que, además de su roja fama, tenía aspecto terroso y rural. Transitábanla arrieros, carreteros y huasos montados.

Allí iba pasando con su gorda mujer y su hijo único, un muchachón corpulento, formal, limpio de toda inteligencia y más silencioso que una pared.

V

Y porque nunca habíanlo echado al saco, su indignación era más grande. Robarle a él...

A la izquierda de su negocio había un convento de

barbadísimos hermanos que entretenían sus ocios en cultivar el jardín. A la derecha quedaba un conventillo, pero conocía a todos sus moradores. Eran individuos trabajadores que le dejaban buenos pesos en su mostrador.

El convento, aislado por altísimos y profundos muros, parecía desierto. Todo el día, en su órbita, gravitaba el silencio, ese tan apacible silencio clerical. Sólo en la mañana, y en la tarde, una ligera campana dibujaba sobre el tiempo yerto su vieja melodía. En cambio, el conventillo estaba hecho con barro sutil. Sus paredes eran casi transparentes. Y sus arrendatarios vivían las horas al son de

La viiida, la vidaaá

Todo era griterío, ropas rotas, voces ásperas, correr de chiquillos, agitación.

VI

Dieron las cinco de la tarde. Ningún cliente había en el negocio y el viejo Rigoberto como poseído, iba y venía tras el mostrador, pensando, contrariado, en su mala suerte que le impedía descubrir al miserable ladrón. Peor sería para éste porque al fin tendría que habárselas con él. Y él, como que se llamaba Patricio Maturana, y no de otra manera, sabría castigarlo para que nunca más volviera a ponérsele en el camino. Debía el ratero sinvergüenza sufrir una mano bien salada. Ya había convenido con su hijo el castigo que le aplicarían tan pronto como cayera en su poder. ¡Era gracioso robarle a él!

Cavilaba, mordisqueándose más y más su bigotazo, sobre el misterioso sujeto que le hurtaba sus gallinas. Repasaba bajo su frente, las fachas y maneras de cuan-

tos estaban acientados en su despacho. ¡No podía ser ninguno de ellos!

Decidió ir al conventillo a sondear el ambiente:

Gritó:

—¡Aurelia!!

Apareció una mujer sonrosada, muy gorda, de faz sin expresión ni voluntad. Miró temerosa a su encolezado Patricio.

—Quédate aquí porque voy al conventillo.—Y salió.

Aurelia apoyó sus codos en el mostrador y así estuvo. Pasaban frente a la puerta lentas carretas. Y los boyeros, con los pantalones arremangados, las pantorrillas cobrizas, los pies enhojotados y las picanas suspensas entre sus hombros y los yugos, las precedían.

La serpentina de la calle mostróle luego una manada de corderos temerosos, perros pastores y arrieros montados en viejas cabalgaduras, ocultos bajo las mantas de castilla. Y después un viejo y polvoriento faetón devorando la vera y ahito de huasos ensimismados.

Pero el movimiento no lograba borrarle su preocupación. Su marido la inquietaba. Cierto era que a menudo sobreveníanle ataques de ira, durante los cuales resultaba peligroso. Sin embargo, nunca estuvo tan en tensión como ahora. Daba miedo.

Entró Estefanía, mujer de la vecindad y amante de un viejo guardián, muy erguida, muy generosa de pechos y con una cara dulce y pegajosa.

—¿Cómo está misiá Aurelita? Y su esposo... ¿siempre de mal genio?

—Desgraciadamente está peor que nunca. Los robos de gallinas lo tienen malo de la cabeza. Y como no se sabe quién es... usted se figurará cómo puede estar. Lo peor es que no se detiene en pelos más o pelos menos. ¡No sé que va a ocurrir! ¿Se le ofrecía algo? ¡Diga nomás!

—Vengo misiá Aurelita, conociendo su bondad...

Siempre me digo, qué señora tan buena! Vengo a pedirle un favor... Como mi Juan no se ha pagado, y a las criaturas no se las puede hacer esperar, quisiera llevar algunas cosas... Usted sabe que soy buena pagadora...

—¡Vaya! Si no tiene más que pedir...

Y fué empaquetándole las menestras sin dejar de conversar sobre las incidencias del contorno.

Estefanía se fué.

VII

Maturana entró al conventillo vecino calmosamente, con la cabeza pegada al pecho y las manos hundidas en los rectos bolsillos de su pantalón. Su mirada era febriciente.

Algunas mujeres lavaban, otras cosían o cocinaban frente a sus cuartos. Tres o cuatro hombrones ociosos fumaban en grupo.

Una hembra torneadísima, envejecida ya, salió a recibirlo desde el fondo del patio. Se aproximó con aire zalamero. En su delantal de rayas grises venía enjugándose las trabajadoras manos.

—¿Qué viento lo trae por aquí, don Patricio? ¿Por qué viene con esa cara tan de pocos amigos? La mujer sonreía, melosa, tratando de inquirir una respuesta.

—¡Ah!... ña Tomasa. Quiero hacerles saber a los niños de aquí que las gallinas de mi casa son mías, mías solamente y no del Fisco (1). Tengo una buena carabina y soy ligero de sueño. Si pillo a cualquier maldito le meteré un tiro entre ceja y ceja, lo digo como que soy Patricio Maturana. A mí nadie me pasa a llevar, porque, a Dios gracias, todavía las afirmo un poco...

(1) El pueblo considera que los bienes fiscales puede apropiárselos quien quiera. Acaso porque los polítics indefectiblemente mueren ricos.

—Pero... ¿cómo puede pensar que sean de aquí los ladrones cuando no hay sino gente trabajadora y buena? ¡Yo no aguanto a ningún mañoso, ni me gusta ser palabreada por nadie!

—Así será, señora, pero, ¿dónde están mis doce gallinas? No puedo, ni nadie lo podría, suponer, que los robos los realicen desde el convento. ¡Eso sería el acabóse!

—Haga usted lo que se le antoje... No seré yo quien reciba los disparos.

Y la mayordoma, enojadísima, le volvió la espalda.

El viejo Maturana más aliviado, tornó a su almacén. Parecía más tranquilo, Aurelia se retiró sin cambiar palabras. Maturana tomó la carabina, que manejaba bajo el mostrador, y con parsimonia fué limpiándola pieza por pieza.

VIII

Cerraba el negocio a las once cuando no había algún bebedor. A esa hora desde que comenzaron a mermar las gallinas, se iba a dormir.

Su hijo, sentado en una silla, y con la carabina entrambas piernas, hacía guardia hasta las cinco de la mañana. En ese instante se levantaba don Patricio, y luego cantaban las diucas y los gallos lejanos, mugían las vacas del próximo establo, rodaban los carros que llevaban verduras a la vega y el alba se enseñoreaba del cielo.

La guardia nocturna, carecía de amenidad, porque era menester estarse quieto, mirando el alero de la muralla lindante con el conventillo y listo para echarse la carabina al pecho al menor ruido.

Transcurrido un par de horas, el sueño hacía invencible. Una quietud aplastante fatigaba la atención. Y el vástago se dormía hasta la aurora.

—¿Qué ha sucedido?—preguntaba Maturana al amanecer, cuando llegaba a relevarlo.

—No se ha movido ni una hoja—contestaba el vástago y se iba a su cuarto en donde, apresuradamente, proseguía durmiendo.

Tan reconfortante contestación no engranaba con la realidad. Si era presumible que no se movía hoja alguna, cierto también era que en medio de esa gran quietud, el gallinero seguía vaciándose. Don Patricio iba perdiendo la confianza en su mozalbete. A lo mejor se dormía en vez de vigilar.

A la noche siguiente despertó sobresaltado. Un ruido como de ramas violentadas acababa de producirse y por parte de su huaina no se oía ninguna reacción. Echóse un poncho en los hombros y salió... Alumbraba la luna, porque era novilunio, todo el largo patio. El ruido había cesado y, aunque examinó los rincones no logró descubrir ningún bulto sospechoso. Pero, su hijo ¿dónde estaba?

Presa de la mayor indignación viólo adosado contra la higuera. Allí dormía, sin abandonar el arma, profundamente. Acercósele y lo asió del cuello.

—¿Así cuidas la casa, pedazo de animal?—Y le agregó luego un par de mojicones.

El muchacho se estremeció, gritando al mismo tiempo:

—¡Cuidado, que disparo!

—¡A quién vas a disparar, basura! cuando no sirves para que amarren un perro de ti. ¡Toma para que despiertes bien!

Le propinó puñetazos y puntapiés y, como su huaina quiso escurrírsele asestóle algunos bravos golpes en el trasero. El vástago gimoteando se alejó hacia la casa.

Esa noche así terminó la guardia.

IX

Maturana quería con inquieta ternura a su mocetón. Podía darle un puntapié, un cachuchazo o tirarle algo a la cabeza. Mas, pasado el ímpetu, no volvía sobre el incidente. lo trataba bien, lo mejor que podía dentro de su pétreo carácter.

Si su hijo no se dejaba sentir, el viejo lo buscaba con la vista y preguntaba a su mujer:

—¿Dónde está mi huaina? Seguramente cazando moscas. En eso se te parece...

—¡Por ahí andará!—respondía su gorda y tímida mujer—Considera que es ya un joven y no puede estarse en casa el día entero...

—Sí, vieja consentidora... pero, que no me pille con el genio atravesado, porque...

Aurelia miraba el suelo entonces y la zozobra asíase de ella. Con disimulo avisaba a su chiquillo y éste, hábilmente, le quitaba el cuerpo a su progenitor.

X

Patricio tomó el primer turno en la siguiente noche.

—Tú tienes que salir tan pronto como me oigas gritar—advirtióle—traes la botella parafinera, una caja de fósforos y la soga. ¡Si nó te cargaré la mano!

—¡No tenga cuidado, padre!

—Sí, no tenga cuidado... ¡A ver si lo haces!

Sentóse en un sillón de paja y palo, lió luego un cigarrillo en hoja de maíz, y fumó durante un rato.

Más allá del conventillo subía el terreno y las copas de tres álamos solitarios animaban el cielo. Soplaba un vientecillo sutil. Lejanos y vagos rumores se arrastraban desde los barrios sitios en la otra ribera del Ma-

pocho. La noche adentrábase en los corazones y una paz profunda pesaba sobre las cosas...

Apagó Maturana su fuñingue y quedóse así, en absoluto sosiego, ajeno a todo propósito de venganza.

Sin quererlo, sintióse envuelto por una oleada de recuerdos. Vióse niño allá en su pueblo, evocó el rancho situado en pleno médano, sus correrías por las playas cercanas, los viajes en mula que emprendía con su padre para ir vendiendo las lisas, los pejesapos y las truchas que pescaban en la laguna. El iba en una mulita mampata. ¡Qué distancias recorrían al paso cansino de sus jumentos!

Después de subir y dejar atrás, cinco cerros, llegaban al rancherío de los Horcones, llamado así porque todas las casas estaban apuntaladas con gruesos troncos.

Seguían otra hora, trasponían otro cerro y comenzaban a distinguir manchas y más manchas blancas. Era el pueblecito de las Viudas. Todas se dedicaban al lavado, aprovechando un puquio que sólo allí existía. El término del viaje era la ciudad. ¡Cuántas cosas había y cómo le deslumbraban!

—¡Taitita! ¡Mire que hay hartas!—decíale alborozado a su padre.

—Si, hombre, para eso es ciudad...

XI

Pero el ruido de unos pasos que sonaron tras la muralla, puso fin a su ingenua remembranza.

Estaba sentado cabe el muro y cubríalo la sombra de la higuera. Aguardó con alegre impaciencia varios minutos. Ese alguien que permanecía más allá de la pared también debió hacerlo. Luego oyóse cierta palpación y un bulto creciente fué apareciendo en el alero. Aparecieron primero la cabeza y las manos. Y de nuevo la quietud. El hombre de esa cabeza y esas manos esperó, seguramente, cualquier movimiento, ya

para retroceder, ya para continuar. Y como su inmovilidad no causara reacción alguna, apoyóse en las manos, y sus piernas llegaron por el aire a la superficie del alero. Así se quedó todavía un momento. Después gateando avanzó hacia la higuera. Por su silente deslizamiento parecía un hombre de trapo.

El viejo Maturana veíalo avanzar, y sujetaba la respiración; pero sus manos, asidas a la carabina, temblaban. El hombrecillo, éralo a juzgar por el poco bulto que hacía en la muralla, llegó al árbol, descansó, volvió la cabeza a una y otra parte, recelando siempre. Resolvió por fin iniciar el descenso.

Maturana más lo adivinaba que lo veía, porque iba bajando por el lado opuesto al de su sitio. Los pies del individuo oscilaban pendularmente, a distancia del árbol, lo cual indicaba que para descender valíase sólo de sus manos. Y así llegó al suelo, donde estuvo agazapado algunos largos minutos. Maturana no respiraba, oyendo la respiración de su enemigo. Este, adosado al tronco de la higuera aspiraba de una manera larga y echaba al aire con lentitud.

Entre el árbol y el gallinero había una línea diagonal. El viejo Maturana estaba impaciente y no sabía qué, teniendo tan cerca al hombrecillo, le impelía asestarle el primer culatazo. Esperó. En ese mismo instante el ratero se enderezó y con pasos tensos, largos y lentos se fué acercando al gallinero. Maturana se levantó, echóse al arma al pecho y le gritó ronco:

—¡Párate ahí, mañoso del diablo!

—¡Ay patrón!—exclamó el hombrecillo, sorprendido, mirando hacia todas partes, sin saber de dónde había salido la orden.

Cuando vió la gruesa figura de Maturana y el cañón apuntado contra su pecho, le vino un tiritón tremendo.

—No me mate, patroncito lindo, me vienen persiguiendo, me voy altirito... déjeme ir... No hay tra-

bajo... Soy tan pobre y... patrón, compadézcase de mí, ¿qué le hago? Usted tiene de un todo...

—¡Juan, Juan, Juan, Juan, Juan!—gritó la gruesa voz del viejo Maturana.

Y ésta vez, como tirado con honda apareció el momento su hijo. Traía una lámpara a carburo. Miró y comprendió...

—¡Trae lo demás!

Lo demás... El ratero se echó al suelo, se hincó, imploró. Era un hombre delgaducho, pequeño, con ojos inquietos y grandes orejas desmesuradas, boca anchísima. Su actitud miserable, perruna, dolorida en grado máximo, era como para ablandar a una piedra.

—¡Señor, dígame... hágalo por Diosito!... ¿qué va a hacer conmigo? Tengo familia...—y lloraba como un niño pequeño.

—Dí, boñiga... ¿dónde están mis gallinas? ¡Y esa caña...! Ah! badulaque, en ella las llevabas ¡Ya verás!

—La caña—dice el ratero, sin dejar de llorar y mirando azorado, como un animalucho que pretende salvarse—sí, la caña. Uno es pobre; ¿me va a mandar preso? ¡Deje que me vaya... ¡Mi patroncito lindo!

Juan reaparece y deja varias cosas sobre la mesa del patio en que también está la luz.

—¡A ver! ¡Amárrale las manos por delante! ¡sin miedo! ¡Dale otra vuelta más! Y tú... si no quieres que te dé al bajo aquí mismo... ¡quédate quieto!

El hombrecillo está de pie, pero hacia arriba tiembla como un arbusto.

Juan, con cierta vacilación, echa un chorro de parafina en las manos del ratero. Este está despavorido y grita y chilla como un animal, como cualquier animal.

—¡Ahora abre el portón!

Y como el ratero ya quiere largarse, le golpea las costillas con el cañón.

El muchachote vuelve apresurado, vacilante, enton-

tecido, con paso de sonámbulo. Toma la lámpara y avanza hacia el grupo.

Mientras tanto un bullicio creciente estalla junto a la pared que divide la casa del conventillo. Gritan desde allí:

—¿Qué pasa, qué hay, vecino, vecino, vecino!!!

—¡Apúrate animal—grita de nuevo el pétreo Matu-rana.

Entonces Juan aproxima la lámpara a las manos amarradas del hombrecillo y una gran llamarada las incendia. El hombre en llamas corre hacia el portón, veloz, clamando:

—¡Auxilio, auxilio, socorro!

Pero a esa hora impera en el desierto callejón un profundo silencio.

Santiago, 23 de noviembre de 1933.

Alejandro Lipschütz.

¿POR QUE HACEMOS INVESTIGACION CIENTIFICA? (1)

ANTES de entrar en la discusión del problema de por qué nos ocupamos de investigación científica, tenemos que entendernos sobre *qué es investigación científica*.

No tengo deseo alguno de detenerme sobre las opiniones que varios sabios han emitido sobre esta cuestión. Creo que será más útil discutir como en un caso dado se hace una investigación científica para que Uds. se formen en seguida su propia opinión sobre el particular.

Tomemos un ejemplo. Debe ser un ejemplo de mi *propia* realidad investigadora—quiero hablar a Uds. hoy día sólo de cosas tales que he vivido y manejado, junto con muchos otros contemporáneos en el mismo campo de la investigación fisiológica. Será, además, un ejemplo que muchos de Uds. ya conocerán por haberlo yo discutido en ocasiones anteriores, en esta misma sala.

Hombre y mujer, macho y hembra, son física y psíquicamente distintos; tienen lo que se llama caracteres sexuales que, poco a poco, se acentúan con el desarrollo del individuo, para llegar a cierta edad a su auge.

(1) Conferencia dictada en la Universidad de Chile (Santiago) y repetida en la Universidad de Concepción, en el año 1933.

En este desenvolvimiento cada especie sigue su propio ritmo: infancia, pubertad, madurez, vejez—son también tantas etapas en el desarrollo de los caracteres sexuales. Pero además, en el individuo en pleno desarrollo la sexualidad obedece a cierto ritmo, como lo sucede en la mujer, en los animales no domesticados también en el macho. ¿Por qué tal desenvolvimiento por qué tal ritmo, este va y ven, por decirlo así, en la exteriorización de los caracteres sexuales? Una observación oportuna ya milenaria nos lo enseña: al hacer la castración, no llegará la sexualidad a su desarrollo completo. La observación hecha *ad hoc*, es decir el experimento la confirma: hasta el *ritmo* sexual en la hembra desaparece por completo después de la ablación de las gonadas. Las gonadas se revelan así como el factor determinante de los caracteres sexuales. ¿Cómo, por qué mecanismo especial la gonada determina el desenvolvimiento del aparato sexual, el crecimiento de pelos y plumas, la viabilidad de ciertos reflejos, fundamento de todo el comportamiento psico-sexual? Un sinnúmero de intervenciones o experimentos en el animal nos enseña que las gonadas actúan sobre los órganos y tejidos, por intermedio de sustancias específicas u hormonas sexuales que se entregan a la sangre para que actúen en la periferia. Otros experimentos nos enseñan que las hormonas sexuales, son distintas en el macho y en la hembra. Pero en el curso de la experimentación se revela que tal función determinante hormonal de las gonadas, de su lado depende cuantitativa y cronológicamente de factores extragonadales. ¿De dónde emanan estos nuevos factores determinantes de la función hormonal de las gonadas? Una larga experimentación nos enseña de que el lóbulo anterior de la hipófisis, elabora y lanza a la sangre sustancias específicas que profundamente influyen al desenvolvimiento y ritmo de las gonadas y de la sexualidad en general. ¿Hemos resuelto el problema de

la sexualidad? No, del todo. No sabemos todavía como las sustancias de la hipófisis llegan a establecer la ritmicidad en la función de las gonadas. ¿Son elaboradas o lanzadas rítmicamente las sustancias hipofisarias determinantes, o son las gonadas las que rítmicamente reaccionan? La experimentación nos enseña que las gonadas cebadas por la hipófisis ya frenan a ésta. La experimentación nos enseña también que la hipófisis elabora *varias* sustancias determinantes, teniendo cada una su función específica gonadótropa y que el lanzamiento de las sustancias determinantes está bajo el dominio del sistema nervioso central. ¿Cómo se interrelacionan todos estos factores determinantes gonadales, hipofisarios, cerebrales?

Por cierto, algunos de Uds. si no muchos, sienten ya un malestar intelectual: esperan Uds que muy pronto llegarán al punto fijo, al factor determinante de la sexualidad, y en vez de ver cumplida tal esperanza, estamos frente a un sinnúmero de factores determinantes entrelazados, engendrando cada factor determinante que acabamos a coger, a un nuevo factor determinante—y así sin fin. Un movimiento continuo, sin punto de reposo, movimiento desconcertante y alarmante, para el espectador de cuyas manos ya tiempo ha, tumbaron los hilos. Si quieren Uds. como la batalla en el fútbol: en pocos minutos después de comenzar la partida, el espectador ha perdido toda la orientación: corren los que determinarán el resultado de la partida, de un lado y otro, dan puntapiés a la pelota, caen, se levantan, corren y se entrechocan. Gran alivio para el espectador profano cuando de repente se declara por gritos de júbilo que un lado ha vencido—no se sabe por qué; y así me ha sucedido una vez, como soy realmente un profano en el fútbol, de felicitar en el campo de la batalla misma, a los estudiantes de dentística cuando en la realidad habían vencido los de medicina. Y no sería excluso, que Uds.

me dirán que no saben a qué factores determinantes del ritmo sexual atenderse al haberles yo puesto a Uds. frente al movimiento continuo, agitado, desconcertante y alarmante de esos factores, de modo tal, que uno finalmente no sabe si el problema del ritmo sexual está resuelto o no.

Siento decirles que fué mi propia malicia la que me ha insinuado alarmarles a Uds. para que Uds. se den cuenta de qué es la investigación científica. Observación de un fenómeno—los caracteres sexuales y su vaivén rítmico—, su descripción exacta, siguiendo las reglas de una cataloguización razonada, que nos facilita la orientación, el reconocimiento de las similitudes y las diferencias—la gran obra *estática* en la investigación. Pero sigue la *dinámica*, la búsqueda de los factores determinantes de los fenómenos, hechos o cosas descritas, búsqueda por todos los medios que se nos presentan: observación con ojo desnudo, con microscopio, telescopio, y toda la maquinaria posible; observación en condiciones arbitrarias, por el investigador mismo ideadas—toda la experimentación tan variable, con el fin de conocer los factores determinantes.

La dinámica científica es analítica. Al buscar los factores determinantes, hemos *deshecho* las cosas. Nuevo malestar—por la disarmonía. Tenemos que completar la obra dinámica analítica, con la obra dinámica *sintética*, reuniendo los conocimientos sobre los factores determinantes en una imagen intelectual armoniosa de la realidad como un todo, que sea la última palabra de la ciencia—por algún tiempo, es decir hasta que nuevos conocimientos adquiridos por la obra estática y dinámica-analítica no hayan introducido una nota disarmónica en la imagen.

No hay fin en la búsqueda de los factores determinantes, no hay fin en la obra científica. Nunca se llega a «resolver» un problema. Pero Uds. que son gente

práctica, exigirán que yo les diga, si vale ocuparse de la investigación científica que no tiene fin, que nunca resuelve los problemas y cuyas imágenes intelectuales sintéticas tienen vida corta, cediendo a veces al primer nuevo golpe que emana de la obra analítica sin fin. Lo que a Uds. más interesa que la imagen armoniosa de un pequeño retazo de la realidad, son sus *dolencias*, sexuales u otras. Pues bien, los resultados de la investigación científica, a pesar de su valor *relativo*, sirven para aliviar estas dolencias porque ayudan al médico entenderlas y combatirlas. Al fin y al cabo, son las aplicaciones *prácticas* de los conocimientos conseguidos por investigación científica, las que hacen a la humanidad servirse de este instrumento intelectual. El investigador es desde los tiempos primitivos—en que hubo investigadores como los hay hoy en día—, un *funcionario público*. Como hay sacerdotes, maestros, médicos, militares y jueces, hay del mismo modo investigadores científicos; se encarga a ellos hacer investigación científica para el bien de los demás.

Tal vez algunos de Uds. encontrarán que hemos llegado al fin de nuestra charla, habiéndose dilucidado en líneas generales la cuestión de qué es la investigación científica y de por qué la colectividad humana, desde sus principios lejanos, hace investigar las cosas del macro y microcosmo de modo científico. Pero, en realidad, lo que he dicho hasta aquí, fué solo la *introducción*.

La cuestión de por qué se hace la investigación científica la hemos tratado hasta hora sólo de un punto de vista *colectivo*. Con mucha razón, como a mí me parece, porque la investigación científica y el investigador mismo, igual a los otros hechos engendrados en el seno de la humanidad, es siempre un fenómeno *colectivo*. Para tratar científicamente el fenómeno Platon, Sócrates, Descartes, Spinoza, Newton, Faraday, Pasteur, Freud, Einstein y otros como tantos proble-

mas científicos, siempre tendremos que buscar sus raíces también en la colectividad en que se engendraban no menos que César, Atila, Tamerlan, Napoleón, Lenin, respectivamente. Pero es evidente que los hechos colectivos no son suficientes para contestar la cuestión por qué la colectividad se sirve de Platon y Sócrates, de Pasteur y Einstein y no de otros, para los fines de investigación científica. Mas del factor colectividad—la que como se entienden es ya todo un vasto complejo de factores—, existen evidentemente *factores individuales*, los que fijan la atención o la voluntad del Destino en tal o cual hombre. Son justamente esos factores individuales que quiero discutir con Uds. Al tratar los factores colectivos de la investigación científica, uno hace abstracción de los factores individuales; y al tratar estos, necesariamente se hace abstracción de los factores colectivos.

Tengo que decirles de antemano que los factores individuales de la investigación científica varían enormemente. Varios autores han tratado esta cuestión; menciono sólo a WILHELM OSTWALD, y su libro «Los grandes hombres», a KRETSCHMAR y su libro «Constitución física y carácter»; quienes con gran erudición y profundidad delimitaron los distintos tipos de hombres de ciencia. No puedo competir con estos eruditos en cuestiones psicológicas. Tengo que limitarme a hablar sobre algunos puntos los que se refieren a los factores individuales de la investigación científica, más generales.

En cada uno de los hombres reside el *deseo de armonía*. No necesito decirles lo qué es; todos Uds. lo saben. Ya lo sabe el hombre primitivo que exterioriza ese deseo en las figuras geométricas de sus adornos. Buscamos la armonía en todas las cosas que nos rodean. Desde los tiempos primitivos, encargamos a los dioses de crearla. Pues bien, la obra científica que hemos llamado *estática*, la descripción y cataloguiza-

ción la *creación del sistema*, la obra clásica de LINNÉ, la de LOTHAR MEYER y MENDELEJEV,—siempre tiende a la armonía, tiende a reunir cosas. Estas obras disparatadas, sirviéndose de unos caracteres comunes a todas éstas y abstrayendo de los demás, tiende a *armonizar*. Hacer tal obra de armonización, tal obra *divina* es gozar. Ya *conocer* el sistema representa un goce como oír una melodía ¡y cuánto más *hacerlo!* A nosotros, a los hombres, siempre nos gusta robar a los dioses e imitarles. LINNÉ, el joven sueco perdido en un rincón del país y cuyo padre pastor protestante, vacila a quien destinar el hijo poco inclinado a los estudios, para el prendizaje al sastre o al zapatero de la aldea, este hombre sobrepasa los estrechos límites de su existencia material con su obra divina—el sistema de las plantas. MENDELEJEV, uno de los 17 hijos del vecino de Tolbolsk, ciudad perdida en Siberia, crea sesenta años ha, el sistema periódico de los elementos—obra divina no menos y punto de partida no sólo de la química de hoy día, sino también de la física moderna de la materia. Qué saltos formidables: se les robaron sus sistemas a los dioses, o se les imitaron. Hoy y ayer, como antaño, ya el curandero primitivo, investigador «in nuce» está encargado expresamente a *competir* con los dioses.

Y aun más se nos revela la obra divina cuando asistimos a la obra *dinámica*, analítica y sintética, en la investigación científica. Al buscar y encontrar finalmente factores determinantes y al dejar constancia que tal o cual fenómeno siempre *resulta* de los factores determinantes respectivos, establecemos una *ley científica*. Esta no es otra cosa que la sentencia que resume el hecho de que al realizarse ciertos factores determinantes o ciertos hechos, se realizará otro hecho. Es como si el investigador *decretara* una ley para los fenómenos de la naturaleza—cosa en que compite con los dioses. O, si no se va tan lejos en la herejía,

es el conocimiento de la ley científica en todo caso como el *desvelo de un secreto de los dioses*, desvelo que da fuerza *profética*. Nos permiten las leyes científicas, prever los fenómenos que tendrán lugar en el curso del tiempo. Y hasta en el poder profético de la hipótesis de la teoría o de la ley que todos se distinguen sólo por el grado de seguridad profética. La ley fisio o patológica nos permite prever hasta cierto punto, el curso de la enfermedad y con esto combatirla, adaptándonos con nuestras acciones y las cosas que van a suceder. Esto vale para todas las leyes demás, hasta las que rigen en el campo de la sociología, o en el de la psicología moderna freudiana.

Y lo profético es siempre muy cercano a lo divino.

Grandioso... o grotesco. Es útil, para entender estas cosas, fijarse en los defectos de los investigadores. Se creen frecuentemente omnipotentes porque decretan las leyes, y les encuentro a veces demasiado sonrientes. Luchan tranquilamente, y con mucho afecto, según el carácter, por las hipótesis, teorías o leyes que ellos establecieron con gran tenacidad, como se lucha por el dogma religioso. Cada investigador profetiza—y se siente ofendido por las profecías de los demás. Y ofendido todavía más, cuando se cumple la profecía del ajeno, y no la suya. Por esto, son a veces peligrosos los investigadores científicos, al tener demasiado poder en cualquier campo lo sea—en la medicina, en la técnica, en la vida social. «Pereat mundus, fiat lex», que perezca el mundo, pero que se cumpla la ley. Lema siempre un poco peligroso, al tratarse de cosas humanas.

Aunque no es mi propósito grabar mi charla con citas, no puedo resistir a detenerme en este lugar en una página de C. G. JUNG, que ofrece mucha analogía con lo que aquí expongo.

Cada uno de los hombres tiene según JUNG, cierta *inflación*, es *hinchado*, tiende a *sobrepasar* los lími-

tes de su personalidad; dice JUNG, «inflado» o «hinchado» porque le «parece casi grotesco, llamar tal estado «propiedad divina». En su inflación psíquica los hombres hacen suyas, propiedades sociales o colectivas, identificándose con el puesto que ocupan, con el título que llevan; y se comportan, como si estuvieran ellos mismos no ocupantes del puesto, sino el verdadero factor colectivo, en realidad tan complejo, que se exterioriza, en ese puesto. Se dilatan, se inflan usurpando propiedad ajena, colectiva. Más sutil, dice JUNG, es la inflación con *conocimientos* con grandes fantasías. Y cuenta JUNG aquí de un enfermo que nos muestra en escala mayor y en líneas más gruesas lo que en el hombre normal sucede. Era un pobre aprendiz de cerrajero, aprendiz fracasado, paranoico incurable, desde los 19 años. Había descubierto una idea grandiosa: el mundo es su libro de estampas en que le es dado hojear según su propio gusto. Y dice JUNG— ¡y con cuánta razón, nos parece!: «El mundo de SHOPENHAUER como Voluntad e Imagen, contemplado pura y primitivamente».

Grotesco, peligroso y emocionante—el caso del aprendiz de cerrajero, fracasado y paranoico incurable. Les ruego, tengan indulgencia también con nosotros, los investigadores... Hay accidentes de trabajo también en nuestra profesión.

Camino peligroso, el de la ciencia, no hay duda alguna. Débense tomar precauciones desde un principio, para no chocarse con obstáculos psicológicos tan potentes, para no caer y estropearse en cuanto a su alma. ¿Cómo hacerlo? Se nos presentan aquí, me parece, sólo dos posibilidades, dos medios o instrumentos psicológicos para evitar la inflación. La primera es analítica-intelectual, la otra sintética-religiosa. JUNG nos indica la primera. El aprendiz de cerrajero fracasado, paranoico incurable no es un filósofo genial aunque en su visión primitiva, «que nació en lejanía

del mundo y en soledad, las mayores posibles», se funda esencialmente también la visión genial del mundo de SCHOPENHAUER. Pero el enfermo no la ha desarrollado, no la *domina*, no es él que piensa, sino algo piensa en él, y es por esto que oye voces. «La diferencia entre él y SCHOPENHAUER reside así, dice JUNG, en el hecho de que la imagen se paró en él en el estado de desarrollo espontáneo, mientras que SCHOPENHAUER supo tomar la imagen en su sentido abstracto y expresarla en forma universal. La lleva de sus principios subterráneos a la luz del día de la conciencia colectiva... Sólo él es un filósofo genial quien llega a llevar la visión primitiva, espontánea y natural a la altura de una idea abstracta y de un valor consciente colectivo». Y podemos agregar que el *grado* de la *dominación* de las visiones, el grado de la inversión de la personalidad en la obra de la abstracción y expresión en leyes válidas para la colectividad, es lo que caracteriza al investigador y puede servir de «*medida*» del científico. Al conocer tal medida, al imponerse de ella, el investigador mismo mejor conocerá los límites de su supuesta semejanza a los dioses.

La idea de JUNG de que la obra del filósofo consiste en llevar la visión primitiva y espontánea a la altura de la abstracción, transformándola por expresión apropiada en un valor colectivo,—esta idea es muy apropiada para hacer comprender un rasgo muy interesante en el trabajo de la investigación científica de cada día. No hay ningún nuevo concepto científico que no hubiera tenido sus precursores, en forma de visión. Esto es verídico, para las novedades científicas tanto grandes cuanto las más pequeñas. Lo que cambia con el tiempo es el *grado de conversión* de la visión primitiva en valores científicos colectivos. Bastaría estudiar la historia de la microbiología, de la endocrinología o la historia de la física moderna del átomo, para verificar esta tesis.

Creo que tal análisis intelectual de la obra científica es muy propicio para llamar al investigador a la modestia—, no a detenerlo en su camino peligroso al robo a los dioses, que es su profesión, sino a protegerle contra la inflación, el identificarse con el puesto que él ocupa por la voluntad suprema de la colectividad.

He dicho que a más del camino analítico-intelectual, hay también otra posibilidad de protegerse, posibilidad que es sintética-religiosa. Las leyes de la naturaleza resumidas por el hombre de la ciencia moderna, nos revelan una *sabiduría* no sospechada por ninguno de los hombres en los tiempos pasados. Las leyes científicas en su conjunto, nos cantan una *armonía* no igualizada por ninguna visión humana espontánea. Y el cerebro humano mismo, y su capacidad de abstracción y expresión científica. ¿no son éstos exteriorización de la misma sabiduría y armonía inmanente del Mundo, del Todo, de la Naturaleza, del Divino? No es el hombre, que se acerca del Divino, sino lo Divino se exterioriza en él. Con paso titubeante busca él el Divino y después—se identifica con el puesto que le había sido adjudicado. Feliz el hombre que, a pesar de lo grande que ha creado, sabe evitar tal equivocación.

Por los dos caminos, el analítico-intelectual, y el sintético-religioso, llegamos igualmente al mismo fin—de no estropear el alma por demasiado orgullo, a pesar de lo grande que el espíritu humano haya creado. Pues bien, que cada uno eche a andar por el camino que más le conviene.

Ahora, quiero hablar de cosas más alegres. Al discutir la cuestión de los factores individuales de la obra del investigador, mencionamos el deseo de armonía, el goce de la creación al establecer la ley científica, y al fin el goce de la profecía al aplicar la ley establecida. Pero sería un gran error pensar que el investigador esté consciente desde un principio de estos factores individuales que determinan su trabajo de investiga-

ción. Estas cosas llegan a ser conscientes sólo mucho más tarde, al dedicarse a la retrospectiva, en el declive de la vida. Por cierto los factores mencionados están obrando desde un principio; pero en el inconsciente. Lo que es consciente al investigador, en su juventud es *el goce por el dinamismo, en la forma que le es propia*. La investigación científica es un *deporte* como los demás. Es deporte intelectual, como la dialéctica de los antiguos griegos. Ya mencionamos una vez el deporte, en relación con la investigación científica: he comparado el aspecto del campo de la batalla científica con el de una partida de fútbol de consideración, y diciendo que el desconcierto por observar la vida verdadera de la ciencia, en su taller, es igual al del profano frente a tal partida. Pues bien, este desconcierto, yo siento sólo frente al fútbol, no frente a las partidas científicas en mi dominio: el movimiento continuo alarmante sin punto de reposo, la corrida, los puntapiés, los jugadores, que caen, se levantan y se entrechocan— ¡qué hermoso deporte!—cuando no se trata de pelotas de fútbol, sino de las de tal o cual dominio científico. Uno que supo gozar tal deporte intelectual una vez, sabrá apreciarlo para siempre. Y no poder continuar en este deporte, le quitará su felicidad para siempre. Pero este goce es sólo posible si hay la visión del juego como un todo y si se domina intelectualmente la visión primitiva. El mal jugador en la partida de fútbol no gozará del movimiento; le falta la visión y si la tiene, le faltará la capacidad de dominarla con su acción. De modo igual, no es más goce el deporte científico, si se debe quedar en el rol del aprendiz fracasado paranoico incurable que tiene la visión y no la domina. Gozamos de nuestro deporte intelectual sólo al poder emprender el camino a SCHOPENHAUER.

Hay un punto de importancia y de gran seriedad en este deporte intelectual. La pelota de fútbol o de tennis no tiene su lógica propia: tomará el camino pre-

destinado por el golpe que ha recibido. Lo es distinto en cuanto a los hechos científicos: las hipótesis y teorías con que se juega en nuestro deporte intelectual: tienen los hechos y teorías científicas su propia individualidad y su propia vida. Les parecerá esto, a Uds., un poco misterioso. Trataré de explicarlo por un ejemplo. Tal vez algunos de Uds. han leído la comedia de PIRANDELLO «Seis personajes en busca de un autor». Desconcertantes a la primera vista, estos seis personajes que aparecen en medio de cómicos, en la escena, en busca de un autor como declaran, que les escriba el drama para el cual se les había creado. Y en realidad, se ponen inmediatamente a vivir su drama profundo, delante de los cómicos y los espectadores; al terminarlo, desaparecen. A la primera vista no es fácil entender el mecanismo y el sentido de la obra de PIRANDELLO; ¿por qué se encierra el drama en un marco tan extraño? En una conferencia que publicó en el año pasado RICARDO BAEZA, sobre la obra de PIRANDELLO se da la llave para la comprensión de esa. Dice BAEZA que «en la comedia de Pirandello, estas larvas nacidas del cerebro del autor... estos seis personajes que vienen a interrumpir el ensayo de aquellos cómicos son perfectamente reales»; sólo que de una «*realidad fantástica*» según las palabras de PIRANDELLO mismo. Pero, anota BAEZA «realidad superior también a la de los hombres en perennidad, ya que el hombre es mortal y el «personaje» eterno».

PIRANDELLO nos descubre en su obra la psicología y la dinámica de la creación dramática. Uno de los seis personajes pronuncia las palabras siguientes: «Cuando los personajes están vivos, vivos realmente ante su autor, éste no hace otra cosa que seguirlos en la acción, en las palabras, en los gestos que ellos le proponen; y él no tiene otro remedio que admitirlos tales como ellos se muestran; y ¡ay de él si no lo hace! Cuando un personaje ha nacido, adquiere súbitamente tal independencia, aun de su mismo autor, que puede

ser imaginado por los demás aun en otras muchas situaciones de aquellas en que el autor pensó en colocarlo, y adquirir también por sí propio un significado que el autor ni siquiera soñó en darle».

Pues bien, igual a los personajes de PIRANDELLO se comportan las creaciones científicas—los hechos descubiertos por la experimentación científica, las hipótesis y teorías emitidas. Podríamos caracterizar a las creaciones científicas hasta con las mismas palabras que usa PIRANDELLO para sus personajes: y diré más: no podría imaginarme palabras más apropiadas para explicar toda la psicología y dinámica de la creación científica, que las con que PIRANDELLO resume la «realidad fantástica» de sus personajes. Están vivas ante el científico sus creaciones y tiene él que admitirlas y seguirlas. Yo no hablo aquí «ex cathedra» sino les digo sólo lo que experimento yo mismo en mi propio pequeño dominio de investigación. Al haber emitido, aun sin publicidad alguna, tal o cual hipótesis fundada en observaciones, esa ya tiene su voz—insinúa la acción investigadora, insiste y exige, con fuerza tal a veces que el investigador *sucumbe* por decirlo así, ya no pudiendo más evitar los experimentos de verificación. Los hechos experimentales—nuestros personajes científicos—engendrados en el trabajo de investigación, a veces son contrarios los unos a los otros, lo que causa gran malestar espiritual para el investigador. Y se engendra de repente en tal o cual condición, en una conferencia, por ejemplo ante un público, al parecer automática y espontáneamente, un concepto que tiende a eliminar el desacuerdo de los hechos, pero encontrándose el investigador como espectador u oyente de un verdadero diálogo entre los hechos respectivos en contrariedad, diálogo a veces muy animado, y realizándose toda la seguida de las cosas con una rapidez casi alarmante. Los hechos experimentales, las creaciones científicas, están *soplando*—y el buen sentido científico consiste en parte justamente en la capacidad

del investigador de poder seguir alerta el desenvolvimiento del diálogo, de la vida, del drama de los hechos o teorías por él creados.

Es verdad, puede suceder también otra cosa. Las creaciones científicas—una observación experimental, una hipótesis, una teoría—nace y *no* tiene vida. Ha nacido *muerta*. Tal suceso da poca satisfacción al investigador, mas, —es su gran desilusión. Invirtió sus energías para crearse su armonía y expresarla en forma tal que se comuniqué a los demás; y al fin y al cabo, tiene que convencerse que repercute en éstos como una nota disarmónica. Y cuantas veces sucede que el investigador continúa en la ilusión que su creación nacida muerta está viviendo: tal creación científica nacida muerta se transforma también en una realidad, pero de otra índole—realidad ya no simplemente fantástica, sino *doblemente* fantástica.

¿Por qué tanto interés para los factores individuales de la investigación o creación científica? Hemos en verdad ya contestado a esta cuestión al hablar del aprendiz de cerrajero fracasado de JUNC, al lado de SCHOPENHAUER. en el camino entre estos dos extremos nos encontramos *todos* nosotros, todos los hombres, desde los primitivos de antaño hasta los más refinados pensadores de hoy.

Es aquí, donde necesariamente tenemos que volver a lo que hemos ya discutido al comienzo de nuestra charla: la investigación científica dijimos, es cosa humana, *colectiva*. Y aun más: la visión del colectivo llegó a ser la visión principal en el pensamiento de todos los hombres, en el mundo entero. Hoy más que nunca, estamos buscando una expresión científica universal que lleve a la luz de la conciencia la visión de *la humanidad como una colectividad*, obra científica colectiva para realizar la colectividad, es decir, para dominar espiritualmente la visión de la colectividad, y al dominar la visión científicamente, convertida en *Ley Suprema*.

Rafael Coronel

EL FAROL

(Del libro «Colibrí», próximo a publicarse)

I

*El farol, perla oblonga,
callampa,
cigüeña,
trompo violáceo en la mano convexa de las tinieblas,
boina dorada
sobre los mechones retintos del buho—la noche—;
el farol,
cuchillada,
yema,
Polifemo al fondo del túnel oscuro...*

El farol

*¿lo tiré yo
a la orilla de las negruras,
de esta caverna de estrellas y de nieve
que—caja de milagros —
llevo bajo el árbol de maravillas
de mis pestañas?*

*A todo correr, el farol
derrumba su coche enloquecido
por las pestañas disyuntivas
de su luz.*

El farol,
gallo en el tapial de la noche,
monóculo de la tortuga
de la montaña,
dedo menudo y redondo,
del leopardo del mar iridiscente.

El farol
alza su gota de cristal y tinta.
A su pie, un camino delgado, delgadísimo e invisible
levanta la aguja curva de su lengua
hacia la ostra de ácida llamarada.

El farol, ojo guiñeante,
moneda tirada
al baúl de la angustia.
El farol,
bandido parado en acecho,
con el largo y mortal trabuco de su poste.

Farol,
galán encendido de carnal deseo
que atisba la ventana
que aun no se abre
aunque la madrugada ya va llegando.
¡Cómo tirita la ansiedad!
¡Cómo le castañetean los dientes
y sus finísimos dedos
anticipan sus uñas golpeantes
a todas las vidrieras...
—¿Duermes? ¿Te olvidaste?
Yo, el farol, helado de espera,
en vano combo, la capa cómplice
tras mi espalda,
¿Me oyes?
Trenes galopantes
—láminas negras, espejos acerados en quebrazón—
se precipitan hacia mi cráneo elástico.

Los vagones crujen, chocan, se destrozan
dentro de este barril transparente de cerveza
de mi cabeza:

mi cabeza,
acordeón de las más extrañas charangas...

II

Farol, ojo de la noche tuerta,
arco de triunfo,
ciprés colgante
sobre un enano y un gigante.

Farol, bote de locura
con bateles amarillos
que salpican de chispas
el mar hecho de agua oleaginosa.

Farol, jaula de un canario
que de un picotazo,
dejó su corazón sangrante.

Farol, perro aullante,
de orejas verdosas
y de ojos amarillos,
Tus fauces desdentadas
dejan pasar la lengua lastimera
sobre la que, saltimbanquis,
como murciélagos,
hacen equitaciones
las mariposas, tréboles pulposos, párpados de muertos.

Farol,
violoncelo ronco
tocado
por la cola enarcada
de un gato al que estrangula
una serpiente.

Farol, cueva de raso
con lampadarios y una fontana morada.

Farol, oreja de elefante
moviéndose ante las gibas
de la noche cautelosa
que ambula paso a paso...

Farol, paracaídas, sudífono,
para una comunicación con los muertos.

Farol, corazón asaeteado,
balcón de Verona,
faro, sueño de Cenicienta
en la cocina de las escobas oscuras y toscas.
Farol, tecla redonda y única
de un piano que llena el universo.

Farol, mono de gitano,
casi degollado por una correa que lo sujeta.

Farol, almohada, pañuelo de señas,
nicho, nicho, nicho.
Escala de buque
lleva hacia el mástil
que remata en el jardín de las sorpresas:
el nicho.

¡Farol, farol, farol....
Todo el mundo pasa
por el pestañeo
de kaleidoscopio
de tu luz... (¿de alcohol?)

Farol, ya solemne,
un Buda, una cruz;
ya efímero, alegre, trompo bailarín,
flautín.

*Farol, cintura sedosa
de un cuerpo incompleto,*

*Farol, orquídea superviviente...
de un universo muerto hace millares de siglos.*

*Farol, cascada,
tecleo, anillado, inacabable
de sugerencias...*

*Farol, sexo
que las yemas tocan
bajo las crespas vellosidades
de las tinieblas.*

*Farol, barba rojiza
en la quijada africana del cielo.*

*Farol, estuche de esmeraldas,
campanilla de bronce
que da campanillazos sin sonido.*

*Farol, mordisco bajo el brazo,
en la axila.*

*Farol, trasatlántico
de noche en soledad,
paracaídas y globo aerostático.*

*El farol, birabarquín de oro
agujerea la tierra
hasta las antípodas.*

POESIAS

TARDE

*DEJÓ un enervamiento en el collado
el bochorno del sol. Quedóse el viento
con las alas abiertas sofocado.
Dios en sí mismo prolongó el momento.*

*En el silencio, un desvanecimiento
tuvo la eternidad...*

NOCHE

*Transfigurado
se desangró en la sombra el firmamento.
Dios se hizo noche y arrojó un puñado*

*de trémulos zafiros... Desde el suelo
se alzó la Luna en sigiloso vuelo,
y ante un picacho hostil que amenazara*

*cogerla herida o apagar su brillo,
el río apareció como un cuchillo
que al tajar la montaña se mellara.*

LUCES DE LA NOCHE

*Huyó el ocaso. Entre celestes tules
asoman las estrellas sensitivas.
Son colegialas vírgenes y esquivas
surgiendo de sus sábanas azules.*

*ávidas de emociones, pero mudas,
por la senda ideal de sus reflejos
bajan buscando líquidos espejos
donde mirarse palpar desnudas.*

*Rueda una nube en el cenit, ligera,
y al pasar junto a la Luna, el broche
de su cendal desata... En la pradera*

*llueve la luz, que finge en su derroche,
un polen misterioso que cayera,
en el vientre fecundo de la noche.*

ARBOL, HERMANO

*De la luz ha caído nuestra humilde semilla
y es vano el empinarnos desde la obscuridad;
del corazón al peso se curva nuestra arcilla.
Esponja henchida es nuestra sentimentalidad.*

*Prejuicios e inquietudes lindan mis pensamientos;
tú floreces el alma y la dejas fluir.
Juntos vamos sufriendo los divinos tormentos
de amar. Los dos sentimos la inquietud de morir.*

*Sediento de infinito tu ramaje se espacia
y mis brazos se alargan soñando florecer.
En tus cálices rubios y en mis pupilas vacía*

*sus lágrimas azules la noche. Y nuestro ser,
que viene del Enigma tocado con la gracia,
bajo la tierra yerma se volverá a encender.*

ROSAL

*Bajo mis brazos tu emoción quisiera
arrodillarse y sollozar... Florece
mi adusta soledad. La noche, afuera,
al ver tu amante, padecer, padece;*

*y hacia la alcoba en que arde mi quimera,
cuando apago la luz, se acerca y crece
para cubrir tu plenitud primera.
Como luna en las cumbres, amanece*

*sobre mi corazón la eucaristía
de tu virginidad,*

*Cese mi errancia...
Cubra la tierra mi melancolía,*

*que bajo el nimbo inmaterial del ansia
late el rosal que brotará algún día
con mis espinas y con tu fragancia.*

LA VORAGINE

*En mí alienta el impulso de algún germen caído
en el pozo en que el vino sentimental bebí:
los latidos de muchas ansias he recogido
y hay congojas profundas apretadas en mí.*

*Alerce solitario, trepado en la montaña,
ví al hombre y a la estrella, ciegos, omnivagar.
Ni la luz ni la sombra penetrarán la entraña
de los destinos. Sólo la piedra sabe hablar.*

*Vana ilusión la muerte, vano anhelo el olvido.
Desdeña las ficciones de utópico «no ser».
Yo interoqué a la Esfinge y ella me ha respondido:*

*La Vida es implacable vorágine. El ayer
y el mañana te acechan fieros y sin ruido:
¡que de la Vida, nadie se ha podido esconder!*

INSTANTE

*La casa, sola. Vagamente piensa
el crepúsculo tibio. Se marchita
la luz sobre mi espíritu. Gravita
sobre el paisaje exánime una inmensa*

*ternura dolorida. Se condensa
cada rumor flotante en inaudita
fuerza de evocación. El viento evita
moverse. Queda en derredor suspensa*

*la vida. Pero en mí, en la enredadera
del corredor desierto, en los manzanos,
honda inquietud ferviente! Se creyera*

*en la resurrección de otros lejanos
crepúsculos... Mas ved... luna agorera
vuelca sólo ceniza entre mis manos!*

EL PROBLEMA DE LA CULTURA EN LATINO AMERICA

EL problema de la cultura de un pueblo ha sido siempre la razón de su propia existencia y el símbolo de su destino. A través de la historia las fuerzas económicas que hacen posible la conquista material se desenvuelven, solamente, como medios. Como fin, en cambio, no puede admitirse sino el juego y desarrollo de las fuerzas espirituales que se patentizan y realizan en la Civilización o cultura. No corresponde, sin duda, en esta oportunidad entrar a discutir la diferencia entre civilización y cultura, preconizada por Spengler. Preferimos en este orden de ideas, postular que, la una, la cultura, considerada como comienzo y plenitud del proceso, y, la otra, la civilización, como fase de ocaso, decadencia o agotamiento... corresponden a una diferencia un tanto sutil y algo indeterminada que no resuelve el problema en esencia, ya que, las culturas en cuanto fenómenos que se suceden o coexisten se entrelazan o refuerzan mucho más de aquello que se excluyen o interfieren, constituyendo en síntesis, un solo proceso misterioso y complejo, que viene a ser la línea sinuosa u ondulante de la historia de la humanidad. Particularmente hoy, que las vías de comunicación y medios de contacto han llegado a un grado absurdo de posibilidades, no es casi sostenible una interferencia u originalidad diferencial entre una manera de vida y otra; entre una raza y las que coexisten nacidas con anterioridad o posterioridad, entre un pueblo joven y los restantes de vigorosa y profunda tradición.

La América Latina en este sentido,—esto es, en cuanto cultura—no puede de ninguna manera y lógicamente, reconocerse ajena o discrepante al proceso histórico que ha dado y da

acento a Europa desde los albores de la civilización hasta nuestros días, ininterrumpidamente. Cabe preguntarse entonces, a renglón seguido: cual debe ser la posición de las veinte naciones de habla hispana, con más de 100 millones de habitantes, desparramados en todas las latitudes, climas y posibilidades materiales.

Hay, incuestionablemente, en este problema, es decir, el problema de la cultura en Latino América, un doble aspecto: por una parte, la realidad cultural, la materia que esa cultura supone—religión, arte, filosofía, ciencia, política, economía, ética, etc.—y, por otra, el medio de transformarla en substancia vital para estos cien millones de hombres que confían o esperan entrar al concierto de las grandes potencias civilizadas y resolver sus propios problemas materiales o espirituales...

El primer aspecto, es decir, ¿qué envuelve esa cultura? no constituye en sí mismo un problema. Nuestra ascendencia latina, nuestra raza, nuestra lengua, nuestra religión, nuestra moral, nuestra función vital, no pueden contrariar el contenido que supone esa ascendencia.

La latinidad, como luz que brilla y tiene la más honda significación desde hace más de 25 siglos—en los grandes descubrimientos de los siglos XV y XVI ha dado el Hombre, la masa humana y el dinero para la conquista material de extensos territorios. Y, también, en el campo genuino de la cultura ha dado y puede continuar dando la idea y la fe para la conquista espiritual...

En este sentido, Latino América no es un vocablo vacío de contenido histórico actualista, una reminiscencia de la tradición, un verbo evocativo de heroicas aventuras o sacrificios... Es, en esencia, un contenido vital cuyo signo corresponde a una de las manifestaciones más hondas, más creadoras y permanentes de la civilización a través de los milenios y los siglos.

La América, desde California al Cabo de Hornos, al ser conquistada materialmente, por aventureros y héroes italianos, portugueses o españoles, recibía, al mismo tiempo, el bautismo espiritual de toda una civilización triunfante y vigorosa... que hacía inútil y, acaso peligrosa la tentativa de crear diferidamente o propiciar de inmediato alguna otra cultura.

Se ha dicho enfáticamente, por historiadores y grandes americanistas que la conquista de América Latina constituye, en parte, una página sombría de aniquilamiento e imposición

brutal por parte de aventureros inescrupulosos, feroces e ignorantes... Particularmente, Spengler sostiene en su famosa obra—más conocida que leída y más leída que comprendida—que “bastó un puñado de audaces, ambiciosos o fieros aventureros dispuestos a todo para destruir una civilización esplendorosa y llena de contenido vital en cuanto valores materiales y culturales”.

No es posible, en esta oportunidad, entrar crítica o seriamente a tratar el asunto. Pero no podemos por menos, que llamar la atención—dejando de lado el insignificante valor intrínseco o contenido de la cultura incaica en relación con la mediterránea de los conquistadores—sobre la situación política que acababa de producirse en los momentos mismos en que Pizarro, analfabeto, ambicioso y feroz entró al Imperio Inca, gobernado por Atahualpa, que terminó por eliminar a su hermano a la usanza Borgia, temeroso de que le arrebatase el trono.

Con respecto al Imperio de Moctezuma, no es posible, indudablemente, negar el valor de cierta cultura o civilización. Pero de todos modos, queda en pie el hecho irrefutable del automático derrumbamiento y desaparición del flamante Imperio azteca, conseguido con una estratagema que casi hace sonreír por su puerilidad y que trajo por consecuencia el sometimiento del Augusto César junto a uno de sus herederos más heroicos y temerarios.

Exactamente bastó eso que Spengler llama “puñado de aventureros”. ¿Qué puede decirse de una cultura o civilización de esa índole?... La capacidad de resistencia, sin duda, es un índice de fuerza biológica a la vez que de fuerza moral. Y si la fuerza bruta subyuga y destroza en un primer momento, a la larga, emergen y se imponen las fuerzas espirituales y los más altos valores de la cultura cuando éstos son auténticos y tienen poderoso coeficiente vital. No otra cosa enseña la historia. Los germanos y los bárbaros avanzaron triunfantes por Europa hasta poseerla o dominarla territorialmente en casi toda su extensión, pero casi inmediatamente, los conquistados impusieron su tradición, sus formas de vida, sus instituciones sociales, llegando a refinar y dar contenido civilizador a los temerarios y brutales invasores... Atenas, Alejandría, la Roma Imperial no fueron destruidas...

Hasta el Cristianismo revolucionario y esencialmente anti-pagano, el movimiento social-religioso más grande de la Historia, el símbolo mismo que define y representa el destino de

la humanidad de todos los tiempos y como tal, la antítesis de la descomposición pagana, respetó en parte, esa milenaria cultura mantenida como fuego sagrado por unas cuantas vestales de la ciencia, la filosofía y la política, a través de monumentos e instituciones imperecederas... Hubo consorcio, los más altos valores de éste y las virtudes que propagaba la nueva doctrina como evangelio de perfeccionamiento ético y vida más espiritual... No puede decirse en este aspecto, que bastó un puñado de pescadores, ignorantes e ilusos para destruir el mundo de la cultura antigua... Estos le dieron solamente, un nuevo elemento, un nuevo sentido, un nuevo impulso: la esencia ética del destino humano sin aventar el resto de la cultura. El Renacimiento, en efecto, prueba a través de un Miguel Ángel, de un De Vinci, un Giordano Bruno, un Galileo que la cultura pagana se conservó en algunos aspectos intacta, particularmente en la admirable plástica que dió al Cristianismo la fuerza viva necesaria para penetrar total y medularmente en la naturaleza humana.

Inspirándonos en estas páginas de la historia y volviendo al tema cultural de Latino América, podemos decir, pues, que el secreto de la grandeza de las veinte repúblicas que comprende no está en crear una cultura... Esa cultura ya existe: es milenaria, secularmente probada y rejuvenecida, vigorosa, inmensa en posibilidades, guardadora de los más elevados valores en el campo material y espiritual... pero como toda obra humana, incompleta, limitada en el tiempo y en el espacio. Necesita nuevos elementos, nuevas posibilidades o realidades para continuar en un desenvolvimiento indefinido. Necesita de un nuevo sentido, de un nuevo impulso, de una vitalización.

Asistimos, en efecto, junto a los demás pueblos que viven a expensas de la cultura occidental, a una tremenda crisis. Todo cuanto se ha creado por fuerza y contenido de esa cultura, en Europa, comienza a resultar instrumento peligroso. Máquina de guerra y exterminio. Poder diabólico que amenaza destruir las más admirables obras del arte, la ciencia, la política... y, en una palabra, que amenaza al hombre mismo como realidad máxima de la historia en cuanto forma y contenido de la vida. Las fuerzas económicas desencadenadas, sin control ético ninguno, entregadas a la naturaleza humana, al juego loco de sus ambiciones, por la conquista material de la vida, ha sacado a flote la bestia que representa al individuo en su primitiva infancia y que lo constituye y lo constituirá.

siempre en los pliegues más íntimos u ocultos de su estructura subconsciente... Se impone, pues, como imperativo de la época, como nuevo evangelio una dominación de tales fuerzas en su sujeción a un nuevo orden social y moral. Entramos así al segundo aspecto de nuestro problema, esto es, al medio de transformar la cultura europea en substancia vital para las repúblicas de habla hispana.

América ha recogido la tradición luminosa del mundo occidental donde campea en sitio de honor la cultura latina. Es simbólico que, justamente hoy, como nunca, comience a despertar esa patria soñada por Bolívar, después de un sueño casi ininterrumpido de cien años... precisamente ahora que Europa se siente desconfiada o temerosa ante Roma y Moscú, pero con ansias de lanzarse en brazos de un Dictador, porque está cansada de una vida de privaciones, sobresaltos y amenazas...

América Latina debe crear un nuevo ambiente para el hombre que cae víctima de su propio progreso. No es, pues, solución inteligente al problema nuestro, el indoamericanismo en sentido de exclusión de la cultura occidental. No tenemos casi nada como contenido cultural, realizado en ciencia, filosofía, religión, política, economía, que oponer al mundo civilizado de occidente del cual queramos o no, formamos parte desde que abrimos los ojos a la luz—Chile y Argentina más que el Perú y Perú más que México. Debemos vitalizar esa cultura, apropiárnosla interior y substancialmente. Somos quizá los bárbaros germanos del siglo XX... Cien millones de hombres ligados por una poderosa fe en el porvenir, con una fuerza biológica suficiente y recursos materiales naturales capaces de dar nuevo sentido, nuevo impulso a una cultura o civilización que—debido a la fermentación bélica interna,—parece amenazada de caos y de muerte.

*

* *

Abandonando el terreno filosófico o teórico y entrando en el aspecto inmediato o práctico del problema de la cultura, ese nuevo elemento, ese nuevo impulso, ese sentido aparece de índole esencialmente, ética y reviste dos aspectos: Por una parte constituye el problema de la paz; por otra, el problema de la organización de las fuerzas económicas, a fin de estructurarlas racionalmente y utilizarlas a favor del mayor número.

El problema de la paz depende especialmente de la educación. El problema de la organización de las fuerzas económicas, en cambio, corresponde casi exclusivamente a la política. Prescindiendo de este último aspecto, el problema queda reducido a preguntar, entonces: ¿Cómo debemos orientar nuestro sistema educacional para despertar en la juventud el amor a la paz y solidaridad continental? Es ésta la interrogación que envuelve el problema máximo del destino de nuestra América y su papel frente a la cultura de occidente.

En armonía con cuanto se dijo en las consideraciones filosóficas y generales del problema de la cultura, conviene distinguir dos cuestiones: En primer lugar, y como cuestión previa, el significado de la cultura occidental en cuanto materia de estudio en nuestras instituciones educacionales, cualesquiera que sean su orientación, su grado, su naturaleza y sus fines. En segundo lugar, los medios prácticos necesarios para poner esa cultura al servicio de la paz o solidaridad continental.

La cuestión previa supone un análisis crítico de la cultura, tal como se ha entendido entre nosotros. La segunda, en cambio, aborda el detalle mismo de los problemas que comprende la cultura como temas de estudio y programas.

*

* *

Con relación a la cuestión previa, puede decirse, en términos generales, que la enseñanza impartida por nuestros colegios, ya sean ellos primarios, secundarios o superiores, atiende más al saber que a la comprensión. En este respecto, es indudable, que nuestro país como los demás que pueblan la América, identifican la cultura con la suma de conocimientos. Imitan a los pueblos extranjeros, en especial a los pueblos europeos, de los cuales son herederos beneficiarios, en la adquisición formal de la cultura, pero no toman la esencia, el quid de la idea. Ortega y Gasset dijo en cierta oportunidad que, "muchos individuos, queriendo coger el animal entero se quedan únicamente con las plumas".

Nuestra juventud universitaria especialmente, aprende muchas cosas: ciencia, arte, filosofía, etc. Habla y divaga sobre muchas otras: política, economía, historia. Realiza, todavía, concretamente en el campo de las actividades manuales, cuanto constituye el capital acumulado pacientemente en los países de la más vieja cultura. En esta forma, se gestan o incuban

nuestros escritores o ensayistas, nuestros políticos, economistas, historiadores, educadores y artistas; nuestros comerciantes, industriales y hombres de acción, nuestros profesionales y artesanos... Se imita, rigurosamente, toda la fauna productora en el terreno material e ideológico, y, lo más inquietante y sugestivo, no se crea nada, no se investiga, no se avanza. Por eso se vive siempre, parasitariamente del gran emporio Europeo. Si utilizáramos una metáfora del terreno matemático, podríamos decir que nuestros profesionales u hombres de acción, como nuestros escritores y hombres de negocio, viven, solamente, la segunda dimensión; mientras que el europeo vive y realiza la tercera dimensión. Por eso aprende y siente; produce y crea; conoce y critica.

Incuestionablemente esta deficiencia nuestra o primitivismo que nos deja en el umbral de la cultura, sin que logremos incorporarla a nuestra íntima vivencia, tiene su explicación. En nosotros no ha nacido esa cultura. Es un fenómeno adquirido, como una riqueza heredada. De ahí que, el pueblo no sienta lo que se le enseña como algo propio y no reconoce en él su propia realidad interior. Podría decirse, con bastante exactitud que, nuestra juventud que afluye a las escuelas en sus diversos grados, tolera cuanto se le enseña sin asumir la actitud de honda vibración que sólo se experimenta frente a lo que es propio, o responde a la más íntima naturaleza. La cultura constituye por ello, en sentido filosófico, un lenguaje incomprensible para mucha gente y, en especial, para muchos educadores. La función de la enseñanza en tierras americanas queda circunscrita a la difusión de conocimientos y la adquisición de habilidades, mientras que, el sentido íntimo de cuanto se aprende o realiza queda, por tanto, virgen en los más. Y, en esta forma, se vive en segunda mano, en continua ignorancia o rebelión, violentándose en el esfuerzo estéril como niño ambicioso, u oscilando de la mediocridad a la anarquía, entre la actitud iconoclasta, la insidia envidiosa y la belicosidad latente.

Pero aun, hay más. Al grave defecto de superficialidad, hay que agregar la impaciencia como otro factor que caracteriza la psicología indoamericana y nos coloca en situación de cierta inferioridad respecto a los pueblos europeos. En efecto, ningún esfuerzo se perpetúa, se prolonga en el tiempo, se hace profundo y medular... La semilla queda así desparramada en la superficie para ser aventada por el viento de otros intereses o actividades. Así, se desflora todo, sin lograr penetrar ni

influenciar nada. Así, se malgastan las mejores energías y saludables o vigorosos esfuerzos. Así se malogra la investigación y la ciencia; la reflexión seria en el terreno filosófico o moral. Así se esteriliza, en fin, toda acción en el campo de la política y de la vida económica... preparando la rebelión intestina en un primer momento y la guerra fratricida intercontinental, más adelante.

Parece, sin embargo, como si Latino América, en estos últimos tiempos, comenzase a despertar. Algo así como una aurora comienza a brillar en las tinieblas de una noche polar interminable. Sacudimientos extraños de agitadores de todo rango, parecen anunciar una nueva actitud frente a los valores culturales que constituyen la vida espiritual y elevada de los diversos países del Nuevo Mundo. Algo así como un descubrimiento, operado esta vez no gracias a la idea fija del aventurero genial, atenaceado por la obsesión y favorecido por la ayuda material de otros igualmente ilusos como él, sino gracias a la crisis de aguda repercusión que ha lanzado a la indignancia a muchos y amenaza días aun más sombríos para todas las capas sociales, sin distinción de origen y condiciones de cultura.

Y, en rigor, es verdaderamente, un redescubrimiento lo que hace falta en el terreno ideológico o cultural, junto a una nueva independencia en el terreno económico, tratando esta vez, de sacudir el yugo de imperialismos extranjeros. Un redescubrimiento a favor de la adquisición de una cultura auténtica profunda, que, en cuanto proceso interior, mueva a la iniciativa creadora tanto en el campo de la vida económica como en las actividades o manifestaciones más elevadas de la vida del espíritu; y en cuanto proceso exterior, mueva hacia la política del arbitraje y de la paz. La privación o la amenaza de una existencia sórdida y mezquina en los pueblos, como en los individuos singularmente considerados, impulsan al análisis retrospectivo, a la búsqueda de sí mismo, al balance crítico de cuanto se es, frente a lo que se debe ser... Es precisamente, la actitud que, por las complejas razones expuestas, parece adoptar la América Latina en el minuto difícil en que vivimos, pero pleno de sentido y honda resonancia para el futuro y destino como naciones civilizadas libres e independientes de toda influencia deformadora o mal encubierta.



La segunda cuestión, se refiere, como se ha dicho más atrás, a los medios prácticos necesarios para poner esa cultura al servicio de la paz o la solidaridad continental.

Por rara coincidencia, en estos últimos días, la prensa se ha preocupado intensamente del asunto. . . En el ambiente latinoamericano domina algo así como la necesidad imperiosa de entablar relaciones de armonía e inteligencia entre los diversos países, tendientes a resolver las grandes cuestiones que dan forma y contenido a la enseñanza en el Continente. El problema abarca, en general, una política de armonía o congruencia entre los diversos planes, programas y fines de los estudios que se imparten en los pueblos de habla española.

En particular, se pide insistentemente, que, los textos de estudio se sometan a una seria revisión ya que ellos contienen, muy a menudo, el germen de enseñanzas mal intencionadas o venenosas interpretaciones que por desgracia, no tardan mucho en producir los efectos previstos, en la juventud inexperta y pronta a toda influencia.

Especialmente, tratándose de pueblos jóvenes como los americanos, semejantes influencias no fallan casi nunca, llegando a producir verdaderos estragos entre los estudiantes.

Los textos de historia, particularmente, y aún los de Castellano, bajo este aspecto, llevan la más grande responsabilidad.

No obstante, el programa actualmente en vigencia, para la escuela primaria realiza en parte—o por lo menos pretende realizar—el desiderátum de solidaridad continental latinoamericana. En el último curso efectivamente, se contemplan entre otros, los siguientes tópicos:

América actual. — Estudio comparativo: población, densidad, inmigración, emigración. — Afinidades y diferencias en los recursos económicos. — Intercambios o posibilidades de éstos. — Influencias y vinculaciones en el orden cultural.— Política internacional. — Relaciones diplomáticas y créditos. — América en épocas pasadas. Asociación en el tiempo.— Aborígenes: principales razas. — Sud-América y sus colonizadores. — Caracteres comunes de la colonización. — La revolución de la Independencia y sus grandes próceres.— América del porvenir. — Hacia la solidaridad sudamericana. — Síntesis de

hechos y actuación de sus hombres. — La Escuela, elemento de paz y de acercamiento entre los pueblos.

¡Ojalá el Liceo recogiese esta feliz iniciativa, dando un mayor realce e importancia a todo cuanto concierne al desenvolvimiento histórico de la raza latina y a los grandes hombres de la América joven! Hasta el momento nuestros estudiantes han conocido en sus más mínimos detalles cuanto acontece a razas o pueblos que sólo muy indirectamente, tienen relación con nosotros. En cambio, en torno a los pueblos hermanos se ha hecho el más completo silencio o vacío... ¿Qué de extraño tiene, pues, que vivamos como parásitos o mendigos de las grandes potencias económicas del siglo?

¿Qué podemos esperar de una juventud que sólo valoriza las virtudes ajenas y trata de incorporarse violentamente, una cultura que no comprende y sólo acepta como medio gana vida o camouflage de superioridad espiritual?

En los últimos 20 años—desde el año 18 al 30 especialmente—esta tendencia a imitar simiescamente cuanto constituye en Europa la cultura mediterránea en lugar de procurar el despliegue de las potencias naturales que dan la línea profunda y auténtica de esa cultura, ha degenerado todavía un tanto... La influencia directa de Europa, se ha reemplazado por la inspiración de la gran patria norteamericana. Y así tenemos el error doblemente absurdo de rehuir una auténtica influencia y de primera mano por una luz empalidecida o desfigurada. Efectivamente, con la sola excepción de Argentina, las naciones latinoamericanas, han pretendido incorporarse las costumbres y procedimientos que hicieron hasta hace poco el gran prestigio del gran coloso del norte. En sociología, en educación, en psicología, en política económica, la imitación ha llegado hasta el grado más absurdo. Particularmente en educación.

Los hechos recientes, la crisis espantosa que tiene hoy día al pueblo norteamericano al borde de la catástrofe y que se ha hecho más patente aun a través de las tentativas de pactos o convenios con el Soviet o la dictadura fascista—afortunadamente, comienza a debilitar esa obsesión fetichista de las repúblicas latinoamericanas, especialmente de la nuestra, hacia el pueblo yanqui.

Lo que se ha dado en llamar civilización norteamericana, no es, en el fondo, sino un exagerado desarrollo de la técnica, hija directa y legítima de la ciencia aplicada europea. Efectivamente, pueblos como Francia, Italia, Alemania, Inglaterra,

ya habían, en el siglo pasado, gracias a la electricidad y adelantos en general en el campo de la Física, desarrollado la vida tecnificada, típica de nuestros días. El tercio de siglo que va corrido, desde el 1900, no ha hecho sino continuar por incremento gigante y perfectibilidad cada vez mayor, llevando esa técnica hacia un grado absurdo de amplitud y difusión por todo el mundo. Es más, el siglo XX rigurosamente, ha aumentado el poder y eficacia de esa conquista técnica materialista o mecánica de la vida, sin agregar nada o casi nada de nuevos y auténticos valores. ¿Qué son la radiotelefonía, la radiotelegrafía, la aeronavegación, el fantástico y absurdo instrumental de la ciencia contemporánea, sino aplicaciones más finas, más sutiles, más precisas de fenómenos y leyes ya estudiados y comprendidos en esencia?

En algunos aspectos concretos de este problema puede llegar a decirse que el aumento de diámetro de un telescopio, la medición de una longitud de onda más pequeña, el cálculo más preciso del rendimiento de una máquina, el estudio ultramicroscópico de una sustancia o proceso bioquímico, la propagación nítida y clara de ondas sonoras o luminosas a través de todo el planeta, constituyen el progreso efectivo de la ciencia y de la civilización. Pero nada más. Y en este sentido, es indiscutible que Spengler está en la razón cuando niega a este formídate mundo tecnificado de nuestros días un verdadero avance a favor de la conquista de valores espirituales tendientes a resolver los graves problemas del destino del hombre con originalidad y nuevas posibilidades. Usando su lenguaje, podría decirse que se complica interiormente el círculo; se afinan y describinan sus estructuras nucleares; pero no se sale de él como si se estuviese condenado a sentir la estrangulación del círculo de acero regulado por una diabólica maquinaria... Sombrío y sórdido cuadro sin duda... pero más que sombrío y sórdido, real e inapelable... Y es este cuadro el que trazado en sus contornos superficiales y esquemáticos por Europa, ha sido complementado, enriquecido y complicado por Yanquilandia... ¿Es esto, en rigor, un proceso? ¿Significa resolver la tragedia humana agregar una ruedecilla a un engranaje que fabrica productos con la celeridad del rayo; aumentar el diámetro de un refractor para estudiar espectralmente las estrellas y las nebulosas situadas a cientos de miles de años de luz; determinar oscilaciones que superan el trillón y medir subsidiariamente ondas de longitud con aproximaciones que llegan al décimo de millonésimo de milímetro?...

Entre tanto, el cable nos anuncia que Argentina, a través de sus potentados de la tierra, vacila entre cosechar o no cosechar este año, miles de kilómetros cuadrados de su territorio, a sabienda, que la muerte por el hambre en Europa y Asia comienza a sentirse como epidemia devastadora e inatacable.

Estados Unidos ha recogido la civilización de Occidente como un mensaje de progreso material, de responsabilidad humana y juramento a favor de una sociedad mejor... Se comprometió quizá demasiado. Escribió en el mensaje la palabra redención, mientras manos diabólicas describían en forma ininteligible los caracteres bíblicos de la amenaza babilónica y que hoy comienzan a hacerse patentes e inaplazables...

Estados Unidos no ha creado una civilización... Quizá la ha desenvuelto, agregando un elemento nuevo, un impulso que pretendió conducir—prometiendo más de lo que podía cumplir—a la conquista de la felicidad humana a base de la tecnificación de la vida, del desarrollo hiperbólico de los medios de producción y bienes materiales en general... Creó una nueva deidad: el Dinero. Y no como medio de vida superior en el terreno moral, sino como fin en el campo de la realidad materialista de la vida... Volvió a hacerse carne y símbolo, la ingenua aspiración del rey Midas... y como él, la potencia más gigante que registra la historia, hoy muere de miseria en un océano de riquezas... El hombre norteamericano de la masa, es, en la actualidad, tan indigente en el terreno material y espiritual, como el asiático, el africano o el europeo de equivalente rango social; y como pueblo, semejante a un fantástico transatlántico contra el que embisten furiosamente, témpanos de hielo, está amenazado de ser arrastrado a la deriva y a la destrucción.

Latino América parece a su lado un niño dormido... Inconsciente de sus poderosos e inmensos recursos, de sus reservas materiales, de su destino cultural, apenas comienza a despertar. Hasta el momento no ha hecho sino imitar a su compañero adulto y gigante.

Tiempo es ya, sin embargo, de adquirir plena conciencia. No en balde ha precedido en riqueza y en cultura, Estados Unidos a América Latina... Es necesario no escuchar el canto de la sirena y abrir los ojos ante el cuadro sombrío de un imperio que se debate entre la amenaza de la miseria o rebelión de la masa y la quiebra catastrófica de las más fuertes instituciones económicas.

Conviene dejar de ser niño que se arroba y se deslumbra

ante la magnificencia ajena que oculta quizás, la enfermedad incurable y lleva como signo ineluctable la muerte en el alma. Tenemos otra tradición, otro destino, y aun no entramos en escena. Latino América tiene y no puede dejar de tenerlo gracias a la sangre racial que corre por las venas de su pueblo, un destino, destino que ha sido siempre una esperanza, un milagro y una realidad.

Latino América se convulsiona, fermenta, se manifiesta. Y es el momento más difícil, más significativo, más interrogante el que corresponde a su aparición como organismo cultural con vida biológica y destino preciso o propio dentro de la civilización...

Latino América no puede no recoger la cultura que le ofrecen su raza, su tradición y su origen... Latino América no puede desoír la voz del pasado glorioso que llevó luz y vida a pueblos bárbaros o semibárbaros, impulsados tan solo por el coeficiente de vida biológica o animal. Latino América debe probar también esta vez, que el milagro racial: la latinidad es fuerza viva de inmensos recursos y promesa de nobles y elevados designios. Además y por encima de todo, debe probar que en medio del caos y fermentación bélica que hoy amenaza de muerte a Europa, esa vieja Europa que lleva casi 30 siglos de vida civilizada, tiene acaso la extraña misión de recoger la maravillosa tradición y la cultura de Occidente. Y recoger una cultura para apropiársela como fuerza viva e instrumento de conquista o de progreso no significa perpetuar todo cuanto en ella existe. Significa—la historia lo corrobora a cada paso—agregar un elemento nuevo, darle un nuevo y vigoroso impulso, infiltrarle una nueva y profunda significación... Llegamos así al punto de partida: "El problema de la cultura de un pueblo ha sido siempre la razón de su propia existencia y el símbolo de su destino. A través de la historia, las fuerzas económicas que hacen posible la conquista material se desenvuelven solamente, como medio. Como fin, en cambio, no puede admitirse sino el juego y desarrollo de las fuerzas espirituales que se patentizan o realizan en la cultura o civilización".

América Latina debe por ello formar una nueva juventud, una juventud forjada en la escuela de la paz y de la organización de las fuerzas materiales con instituciones racionalmente estructuradas en sentido económico. Debe resolver un problema material y un problema propiamente de cultura. A lo primero, no puede responder sino con la unión política y econó-

mica de las 20 naciones o repúblicas semi independientes que constituyen hoy, además de México, toda la América central y meridional.

A lo segundo no puede responder sino con una nueva educación, con una nueva escuela. . . Y esta educación o escuela, rompiendo con la tradición que envenenó desde el primer instante a la juventud, fomentando en ella la lucha por la vida en sentido estrecho y personal, la fermentación de odios y luchas de clase, a través de torpes y mal intencionadas interpretaciones históricas, con glorificaciones de guerras fratricidas y feroces, debe aquietar la bestia humana para dar pábulo y alimento sano a la naturaleza ética y superior del individuo. América Latina debe educar, en una palabra, a sus generaciones jóvenes a base de las líneas generales y eternas de la civilización que parece quebrarse, justamente, porque desencadenadas las fuerzas económicas o materiales, no se pensó que ellas debían subordinarse al cultivo de un eticismo superior. Es este el problema del momento toda vez que se desee salvar la cultura de Occidente.

Incluso Europa, clama hoy desesperada y acaso tardíamente, por esta realidad formidable que no ha querido o podido comprender. El colectivismo corporativo fascista, el comunismo soviético, la inquietud un tanto político sentimental de la Alemania de nuestros días y la política colectivista de control estatal en el terreno económico de Estados Unidos son sin duda, remedios quizá demasiado tardíos de una enfermedad que ya ha comprometido los tejidos más profundos. Y nuestra actitud como pueblos jóvenes no puede ser la política de ausencia en la cual se halla empeñada Europa y Norte América. Nuestra actitud, nuestro gesto debe ser la educación sana y vigorosa de las generaciones juveniles. Educación para la paz, no para la guerra; educación para el hombre como hombre, no para el hombre como lobo del hombre.

HACIA UN NUEVO ROMANTICIS- MO (1)

QUISIERA, antes de entrar en la materia propia de esta disertación, explicar brevemente las palabras que forman su título. Este título, elegido entre otros dos o tres que pudieron haber rotulado el anuncio de este acto, y elegido al azar, es quizá el que más convenía. Pero como las palabras la mayoría de las veces, responden a un contenido variable, hay que fijar de antemano su alcance. Hay palabras que encierran en su límite un contenido que tiende a huir y despararrarse de ella, como el gas por una rendija; y en estos casos se necesita cerrar hasta los más leves resquicios para que todo quede dentro, para que no expandan en inútiles interpretaciones los que escuchan. He titulado a esta conferencia, «Hacia un nuevo romanticismo», porque esta frase guarda exactamente, explicándola, lo que quiero decir. Analicémosla: Primero: Hacia, es decir, que no es que estemos ya en él, en el nuevo romanticismo, sino que, a mi juicio, vamos caminando en su dirección. Un nuevo: Vale tanto como decir, otra cosa diferente en absoluto de lo que fué. Un nuevo romanticismo no quiere decir aquí algo que se ha compuesto y arreglado, y que puede tener un uso casi

(1) Conferencia leída en la Universidad de Concepción, el jueves 16 de noviembre de 1933

igual al que se le destinó al principio. Usando de una comparación bien usual y que para fácil comprensión es algo que suele estar a ras de tierra, diré que si se tratara de unos zapatos, no los llamaríais nuevos si no fueran recién adquiridos e inusados. Por mucho que se componga un zapato, quedará a lo más *como nuevo*, pero nunca nuevo en el exacto sentido de la palabra. Pues bien, eso mismo quiero decir yo. No que vayamos a reformar, echándole tapas y media suela, al romanticismo decimonónico, sino que vamos a algo nuevo, distinto, inusitado, desconocido, y que lo hemos llamado romanticismo... Pero aquí está la explicación peliaguda de la tercera palabra. Romanticismo, lo consideraremos no en su sentido primordial y original, sino como un espíritu una situación de las cosas, un conjunto de hechos y de obras que sin ser igual al romanticismo que pasó, tenga sin embargo como mejor que ninguno este nombre, por responder a un estado de ánimo rebelde contra lo inmediatamente anterior, alejado de casi toda técnica gastada (aunque capaz de crear una técnica nueva a su gusto) apasionado, esto sobre todo, apasionado, fuerte, radical, intenso, y ardoroso.

No voy a extenderme en una distinción esencial entre romanticismo y clasicismo como términos opuestos. Claro está que difícilmente se podrá introducir una palabra distinta para expresar estos dos conceptos a los que ya se le ha dado tal categoría fija y determinada, que no son susceptibles de una nueva interpretación profunda, sino a lo más, de unos juegos nuevos alrededor de sus significados. Yo nunca he opuesto lo romántico a lo clásico, en primer lugar, porque creo que hay en lo que se ha llamado clásico tanto o más de romanticismo que en muchas obras que se han venido considerando como invariablemente románticas. Si ustedes analizan el llamado teatro clásico español por ejemplo, veréis que en el fondo nada puede ser más

romántico, mas apasionado, más alejado de todo lo que sea frialdad. Sin pretender citar a este teatro como el mejor de todos los de su época, hay que reconocer su inmenso y extraordinario valor magistral, su permanencia. Y en esta permanencia es donde yo cifro el clásico. Clásico es lo que permanece. El concepto no es exactamente mío, pues yo lo he husmeado en más de un autor. Lo que permanece, lo que vale siempre, lo que resiste los embates del tiempo. Lo que siempre gusta. Mejor dicho, lo que siempre tiene la capacidad de gustar. Tan clásico, pues, un cuadro de Velázquez, como un estatua griega, como una pieza musical de Bach. Y en menos tiempo de prueba, tan clásicos un poema de Lord Byron, como un cuadro de Manet, como una música de Debussy. Y al mismo tiempo nada tan romántico como estos tres últimos ejemplares.

La prueba más palpable del romanticismo del teatro clásico español, está en que precisamente los actos que dieron origen al nacimiento del romanticismo del siglo diez y nueve, fueron casi reproducción del teatro español del siglo diez y siete. Los dramas de Víctor Hugo, el renacimiento de don Juan, todo lo que era buscar leyenda, misterio histórico, era una consecuencia del teatro español de entonces. De la obra actual no podemos juzgar sobre si es clásica o no lo es, más que por aproximación o semejanza. Triste cosa ésta para el arte, pues nunca sabemos la calidad de permanencia humana que va a tener algo que acabamos de conocer, por mucho que nos haya gustado, por mucho valor que encontremos en ello. La música de Schoenberg, pongo por caso, que un día suscita en París una revuelta en que las butacas del teatro salen volando al escenario, y que otro día, como el estreno de la ópera «Curre-Lieder» arrebatada en aplausos a la multitud, no podemos decir si ha de ser clásica o no. Lo más que podemos decir es que es buena; como de los cuadros

de Picasso. Todo lo que levante hondas tempestades, bueno es. Tempestades que duren, no que se desvanezcan al poco tiempo. Una escuela literaria que de repente surge, extraña, desorienta y luego cae en el olvido más profundo no puede valer nada. Pero un conjunto de obras como las de Picasso, que sigue manteniendo en auge la discusión, que un día se dice que está loco el autor, que otro se dice que es un genio, y así se discute por diez o veinte años, no tiene más remedio que valer la pena. La pena de discutir, que es una de las penas más soportables, por lo visto, al género humano.

Por otra parte, no hay que fiarse del gran público, de la gran opinión, de lo que gusta a todos desde el primer momento para decir si vale o no. Estoy íntimamente convencido, de que lo bueno siempre es recibido por la gente en conjunto, con un gesto de extrañeza y casi siempre, de desagrado.

Teniendo, pues, de la palabra ROMANTICISMO, un sentido que nada lo oponga a lo clásico, sino solamente, la idea de que es algo nuevo, apasionado, destructor de técnicas manoseadas, íntimamente humano, y un poco dolorido, veremos que el arte actual, a mi modo de ver, camina hacia un romanticismo nuevo, distinto, por supuesto, de aquel que pasó. Y uso la expresión un poco dolorido, para distinguir este dolor nuestro del dolor antiguo ya para nosotros. Nuestro dolor no va a ser el de un claro de luna triste después de un fracaso amoroso, oyendo un piano desde una ventana perdida. Ni el dolor de una tarde nublada en la que se pierden las notas de un violín desconocido. Nada de eso. Nuestro dolor es el dolor que todo el mundo tiene que sentir al crear, mejor, dicho, al dar a luz una obra. Desconfiemos de lo que se da a luz sin dolor. Las grandes obras, los grandes hechos, hay que echarlos al

mundo como las madres echan a sus hijos. Con dolor. Pero en vez de quedarse en casa, de oír el piano lánguido y el violín sentimentaloides, salgamos al campo, corramos, hagamos gimnasia; y en vez de emborrizarnos en el dolor, pongámonos frente a él, sepamos que nos ha de herir. Pero que cada una de esas heridas será una cicatriz que atirante nuestros músculos y nos prepare a salir de nuevo a tomar el sol.

No es necesario, tampoco, que un romanticismo, venga detrás, de un clasicismo. Mejor dicho, detrás de algo clásico. Precisamente, lo espontáneo del romanticismo viene detrás de la perversión fría del clasicista, que es absolutamente distinto del clásico. Un clásico español es Garcilaso. Un romántico español, Bécquer. Un clasicista, intermedio entre ambas cosas, degeneración de lo primero y pase franco para lo segundo, Quintana. Y ahora, en los años que han pasado, sin haber visto directamente una degeneración de lo clásico, hemos encontrado dos extremos igualmente separados del centro que podíamos apetecer. Uno de ellos, el clasicismo de principio de siglo, el verso largo y vacío, el sentimiento dulzón, el decir siempre «de la musique avant toute chose», cuando nada tiene que ver la música con lo que no lo es. Es lo mismo que se ocurre decir: «De la architecture avant toute chose»... o «De la mathématique avant toute chose»... No hay nada antes ni después en poesía, hay solamente siempre, es decir valores permanentes, o nada. Pero para encontrar estos valores permanentes se necesita barrer toda la broza que los rodea y los tapa, quitar la cizaña que cubre la flor, arrancar la maleza que ciega y constriñe. Y esto no se puede hacer más que trayendo un nuevo romanticismo. Y no hay que traerlo, porque vendrá, para bien del arte. Un romanti-

cismo que será un tránsito a otra cosa, o que servirá de puente a un río revuelto. Y de ahí saldrán clásicos, como del romanticismo francés salió quizá el más grande poeta de Francia, Víctor Hugo. Como del romanticismo español, salió uno de los mejores dramas de nuestro teatro, el «Don Juan Tenorio» de Zorrilla. Como del romanticismo inglés han salido los mejores líricos de Inglaterra: Keats, Byron, Shelley y un poco más tarde, Browning.

Lo que hay que quitar es lo que huele a cadaverina. Lo que hay que hacer es resucitar el sentimiento, salir de la máquina, abandonar el hielo y aunque no se haya servido, como escuela y método, del álgebra, utilizarla para que nos produzca una emoción o nos haga vibrar de una manera humana nunca deshumanizada.

El otro extremo que hemos estado manteniendo, es el maquinismo, la pretendida originalidad, el querer crear cada uno una escuela y el llamado vanguardismo, que Dios confunda. Ustedes quizá se extrañen, si han leído algún juicio sobre mi obra anterior, cosa que no supongo mucho, de que un poeta de mi generación, deteste el vanguardismo literario como detesto las academias y los poetas de los juegos florales. Detesto al niño que porque no sabe hacer versos hace unos renglones idiotas y se cree creador, como detesto al viejo barbudo que se levanta en las fiestas patrias a leer un soneto a los caudillos muertos, a los soldados antiguos o las carabelas de Colón. Tan malo me parece un poema que quiere ser de vanguardia y rebelde y brutal, como unas octavas reales declamadas con chaqué y tongo, al pie de una estatua con bandera y sable. Contra estas dos cosas ha de ir, si viene como creo, el nuevo romanticismo.

Y huyendo de estos dos extremos, que casi ocupan todo el centro de la literatura y la pintura, y de cualquier arte, creyendo que no hay que darle gusto al gran

público, mantengo que el arte es algo tan mal trajeado generalmente, que es necesario verlo desnudo y a pleno sol para saber lo que es. Ya ven ustedes lo que se suele llamar un artista. Un hombre que no vive como hombre, que no se lava ni se peina, que se compra un sombrero extraordinariamente grande y se cree seductor de las pobres mujeres que lo miran. Y ya ven a lo que se llama un poeta: A un ser que hace renglones que pegan bien, que le pone en los abanicos a las niñas unas majaderías rimadas y usa el mismo traje en verano y el invierno. No es eso. Y para que no sea eso, vamos, amigos míos, a un nuevo romanticismo.

Alguien dijo, me parece que fué Pío Baroja, que toda generación literaria era infecciosa para la que le seguía y desinfectante para la que le precedió. Es una gran verdad. La infección de una generación literaria anterior no se quita más que con los fuertes desinfectantes de la generación que le sigue. Ahora, en estos días, oímos hablar mucho, no sólo en arte, sino en política, de que algo hay que muere en el mundo, algo que toca su fin, algo que está pudriéndose. Imaginaos qué clase, qué tamaño de infección ha de producir ese algo que está pudriéndose en lo que está naciendo a su vera! Pero ahora, vamos a ver que es lo que está pudriéndose, cayéndose de viejo y caduco. Nadie lo sabe; por lo menos, nadie parece saberlo. Se hacen planes nuevos, y resulta que son más viejos que los anteriores. Se suprime el parlamentarismo, que sin duda es algo viejo y entramos en la dictadura que es más vieja todavía. Se quiere echar afuera el liberalismo económico y nos encontramos con el proteccionismo a lo siglo diez y siete. Y resulta que lo que se aclama al subir se condena al pasar un año de acción. ¿En qué quedamos? Algo por el estilo pasa en la poesía, en la música y en la pintu-

ra, salvando las distancias que tiene que haber entre cosas tan diferentes. Y todo esto proviene de la falta de valor humano en las acciones y en los hechos. De no intentar profundizar hasta buscar las raíces del asunto y hallar entonces el verdadero mal o el verdadero bien, dentro de lo relativo que son estos dos conceptos. Y como en vez de buscar la raíz, nos andamos por las ramas, las ramas, caducas y podridas, se parten y nos damos el costalazo más fenomenal de la historia. Una prueba palpable de este andar por las ramas, la constituye la cuestión de la decadencia de occidente, desde los puntos de vista de que ha sido enfocada. Por una parte, Spengler, dice que sí. Por otra parte, Henri Massis, dice que no. Para mí tanto monta Spengler como Massis. Los dos se me importan un pitoche. No se asusten ustedes, ni crean que yo vengo a dárme las de niño prodigio ni a intentar dar coces contra el aguijón. Repito que Massis me importa poco y muchísimo menos Spengler. Es decir, me importan como gente de talento, que merece en ese sentido mi respeto, pero al francés aun viéndole más de cerca, lo veo solo como eso: como un francés. Y al alemán, más de lejos, sólo como eso también: como un alemán. Lo importante para mi hubiera sido que ambos hubieran sido antes que nada *hombres*, es decir, totales, pertenecientes antes que a un concepto nacional, a un concepto humano. Y después de eso, ya definidos, guarecerse en el concepto nacional que tanto importa y que tan buenos frutos puede producir. Spengler, en sus últimos libros o trabajos, está diciendo las mismas cosas que dice Hitler. Desprecia a los hombres de color, es decir, a los franceses, a los italianos, a los españoles y a los americanos del sur. Esta gente no ha hecho nada en el mundo. Todo lo han hecho los rubios. Ellos, los rubios, antijudaicos, antimeridionales, y con el cráneo bomba. El exceso de magisterio es perjudicial. Sería ridículo que un hombre de color

se ofendiera ante estas afirmaciones. No hay de qué. Pero mucho más ridículo sería descubrirse, humildemente, ante el genio. No. Si él es la estatua de la Libertad en el puerto de Nueva York, yo soy el pájaro marino que llega allí, deposita su recuerdo y sale volando de nuevo a esparcirse sobre las olas. ¿Qué hay peligro de que el faro ciegue y mate? ¿Qué es mucha la potencia luminosa para una avecilla sin importancia? Para eso sabe uno como acercarse, buscándole las vueltas a la luz, esquivando las aspas, cerrando los ojos y teniendo las alas avizoras. Y estas alas nos la dará solamente un renacimiento de lo profundamente humano, sea alemán o francés. De lo humano vibrando, buscando raíces y después de sanadas éstas, tenderse en la rama más gruesa a dormir la siesta de la buena ventura.

Y como lo humano es mezcla, dolor y alegría, en el nuevo programa habrá que entrelazar los dos elementos estrechamente, según los ímpetus de cada cual. Aunque sería preferible que el optimismo, sin matar el dolor que esto es imposible, gritara más fuerte que él y se confundieran las dos voces, en caso de no poder ahogar la voz del optimismo la otra voz cantante.

Una de las causas más extrañas de la situación mediocre y liviana del ambiente artístico del mundo, es, a mi juicio, el descenso de entusiasmo que, imprevisiblemente, vino después de la post-guerra, es decir, un poco más difícilmente, en la *post-post-guerra*. La crisis del romanticismo que trajo la guerra europea o universal, tuvo un resucitar maravilloso cuando la guerra terminó. Pero luego, por esa causa extraña que no podríamos precisar sino por limitaciones, este resurgir se amedrentó, decayó y se tendió a la larga, como teniendo sueño, o tal vez, como teniendo miedo de ofrecer buen blanco a las balas de la crisis económica, del revolucionarismo candente o del exceso de preocupación política. Que la guerra fuera un fracaso de

cualquier idea o sentimiento de cierta altura, se explica fácilmente. No hay que acudir sólo a esa literatura guerrera, por otra parte meritoria, que nos han dejado Remarque, Barbusse, Glaeser, Dorgeles y otros. Más bien debiéramos ir, si tenemos los medios, a los documentos vivos del principio de la guerra y a los mismos documentos en su mitad y terminación. Al periódico diario de aquellos días de agosto de 1914, a la revista ilustrada de entonces, a la carta del soldado que partía, a la manifestación que se celebraba en las calles de París o Berlín. Todo era entusiasmo. Parecía que la humanidad, mortecina, se agitaba como un fénix en sus propias cenizas y comenzaba a sentirse más humana. El conscripto iba contento, la madre lo despedía feliz; en los vagones del tren que partía de París se había escrito, anonimamente con tiza, *A Berlín*. Y en los vagones que salían de Berlín se había escrito con mano semejante, con un yeso semejante *Nacht París*. Y todos soñaban banderas tremolantes al aire, combates repetidos en avances gloriosos, una herida oportuna y la vuelta al hogar, retorno de las regiones irredentas. Y se cantaba la Marsellesa atronadoramente en la Plaza de la Concordia y a unos ochocientos kilómetros de distancia, en el Paseo de los Tilos, el Deutschland uber alles. Pero entró la guerra, y fué más que combatir bajo banderas tremolantes, pudrirse en el cieno de las trincheras. En vez de cantar himnos heroicos, gritar matando ratas en el fondo de los reductos. En lugar de salir a campo raso a progresar por la patria, buscarse los piojos de la guerrera y el capote bajo los cohetes del campo contrario. En vez de correr sobre campos verdes hacia adelante, correr entre fango hacia atrás. Y todo se redujo, en cuanto a heroísmo, a algún ataque a la bayoneta en el que la gente caía ciegamente con los ojos sin ver a donde iban, aturdidos por tronares tremebundos. Y no fueron dos meses ni tres ni once, sino cuatro años

de piojos, de ratas, de gases asfixiantes, de fango, de fiebres, de calcetines eternamente inmutables, para un par de días de posibilidad y de avance de acción heroica. Se hablaba demasiado de la gloria, de la patria y de la civilización, para endulzar, si era posible endulzar tanto amargor, los aspectos externos de la lucha. Y no hubo vencedores ni vencidos. Ya lo estáis viendo. Porque la nación que más avanzaba en los campos de batalla, era la que más esquilmada se veía en los hogares. Y a cada noticia de un triunfo, era un pan de menos en la casa, porque la cola para la repartición se había hecho numerosa. Hechos así tienen que matar todo impulso. Cuando se oye hablar de guerra, nuevamente, yo soy escéptico, o por lo menos no me cabe en la cabeza que mientras vivan las generaciones que combatieron, mientras haya una madre que pueda contar a sus hijos la ausencia del padre, mientras un hijo pueda recordar la tragedias que le contaron, haya guerra. No lo creo. Por eso yo recetaría a todos los que salen a la calle con una banderita, los días que preceden a una guerra, la selección de ellos solos para las filas, a ver si volvían a salir. A ver si no guardaban la banderita en el bolsillo más profundo junto a los residuos de tabaco, las monedas sucias y las pelusillas que se forman en las costuras con el tiempo.

Pero vino la paz. Y fué un deseo tan alimentado y de tanta extensión, que la gente sintió renacer en ella un nuevo entusiasmo vital. Y se produjo en la postguerra inmediata un movimiento artístico de un valor inestimable más que por sus frutos, que fueron escasos, por sus arrestos y posibilidades. Sin embargo, como antes dije, estos entusiasmos decayeron inexplicablemente y todo o casi todo el ambiente intelectual y sentimental de la humanidad ha pasado, en los cinco años, que contamos hacia atrás partiendo de

1930, por un período de desorientación espantosa. Se volvió a la anteguerra inmediata, a los futurismos, a los dadás, se desterraron los impulsos recién nacidos. Por un Apollinaire hubo veinte mentecatos sin trascendencia. Y sólo ahora, ante el desengaño total de lo que ha habido, partiendo de una fecha no muy atrasada, poco más de un año, es cuando los hombres, en cualquier aspecto, y en el artístico, por tanto, que es el que nos interesa, sienten la necesidad de buscarse, de ir hacia ese movimiento general que he llamado, por azar, romanticismo.

Como dice con gran acierto Joseph Delteil, se ha sustituido demasiado el artículo «*el*» por el adjetivo posesivo «*mi*». Se habla demasiado de el progreso, en vez de mi progreso; de la humanidad, en lugar de mi humanidad; de la dicha, en vez de mi dicha. En este individualismo está la salvación de una mitad de lo que parece definitivamente perdido. Porque cuidándose más de mi progreso, de mi dicha, de mi trabajo, haremos más reales y efectivos, el progreso, la dicha, el trabajo y todas las demás generalizaciones. Sería inútil no darse cuenta de que atravesamos un momento de intensa generalidad. Pero no vayamos demasiado lejos en esta anulación de lo propio, pues el peligro será mayor. En cada realización social absoluta, hay que poner un cartel que diga: «No exagerar. Peligro de Muerte». Y no es que vayamos a desechar lo que se nos haya dado hecho si es conveniente, y está bien basado. Este es otro de los errores, capitales del tiempo que nos ha precedido inmediatamente, error que ahora adolece de los síntomas fortísimos de un final de ópera, cuando se acumulan todos los instrumentos en una orgía de sonidos estentóreos. Es el error de creer que lo que ha ido laborando el hombre con un

largo tiempo de trabajo y sudor, en el sentido espiritual de las palabras hay que echarlo abajo porque se ha notado un aspecto menos conveniente del mismo. Está de moda negar muchos de los principios de la Revolución Francesa, pongo por caso. Pocos se dan cuenta de que la hondísima evolución que se ha operado después de ella, aun en aquellos aspectos que han devenido absolutamente contrarios a la misma, provienen de la iniciación de aquel movimiento. Y así, por negar sistemáticamente un conjunto de principios o de hechos, negamos las bases de los mismos hechos que estamos queriendo construir. Las modas, o mejor dicho, la moda, porque difícilmente admite plural lo que en sus variaciones está demostrando una constancia sin límites, la moda, de la que yo soy un ferviente admirador, es precisamente un caso de significado verbal admirable. Cuando decimos *las modas* incurrimos en el peligro de lo transitorio, de lo pasajero, de lo que aun en el mismo momento de nacer, ya no tiene un valor estimable. Huyamos de las modas en plural, que nos hacen olvidar demasiado. Pero la moda, en singular y con mayúscula, es otra cosa. La Moda es el tono con el momento, la renovación intensa, el buen gusto, predominando sobre lo cursi, sobre lo siútico, como se dice por acá. Fijaos bien. La persona que es cursi es generalmente que va con unos cuantos años de atraso a la moda. No a las modas. El vestido cursi, es el vestido 1931 llevado en 1933. El decorado cursi de una casa, es el comprar en 1933 muebles que se iniciaron en 1920. Otra cosa es el prestigio que adquieren los muebles, por ser clásicos en una mansión o por ser ya hechos a ella. De ahí que lo permanente no haya que echarlo afuera. Pero si ahora alguien que se preocupara de amueblar su casa lo hiciera al estilo 1915, sería inmediatamente indicio de cursilería. Exactamente lo mismo pasa en arte. Lo que era bueno en 1910, bueno será ahora. Si ha valido, seguirá valiendo. Pero

esto es algo excepcional. Bueno en arte hay muy poco. Habrá muchas cosas que en 1910 se llamaban buenas y que ahora nos traen sin cuidado. Pues bien, sobre todo esto, si ahora un hombre empieza a escribir como se escribía en 1900 o a componer la música que se componía en aquel año, indudablemente es un retrasado mental o un cursi. Porque el genio, el que supera las cosas y el tiempo, ése, para crear lo clásico, lo ha hecho exactamente a la manera de su tiempo. Sófocles escribió a la manera de su tiempo, no se volvió atrás para hacerlo. Reynolds pintó a la manera de su tiempo, sin necesidad de imitar a los primitivos flamencos tan maravillosos, porque también, sin querer, o queriendo, pintaban a la moda de su tiempo. He aquí, por qué creo a ojos cerrados en la Moda en arte y porque no creo en las modas, plural, artísticas. Por eso el artista, el poeta que desea superarse, hallarse, si no llega a detestar su obra anterior, por lo menos la mira con cierto recelo y no se atreve a resucitarla del todo. En su reciente libro titulado «Maeterlinck y yo» Georgette Leblanc nos cuenta su fastidio al leer páginas de un diario suyo, en un día de remembranzas, páginas de diez o veinte años atrás, y encontrarse que eran páginas escritas por ella sobre su amor a Maeterlinck, pero emborriizadas en el simbolismo de la época. Ella tuvo la culpa y se merece el fastidio, porque cuando se escriben páginas de un diario íntimo, lo mismo que siempre que se escriba sinceramente, (es decir, siempre debía ser), no hay que dejarse influir por las modas, sino por la moda, por lo permanente, por lo que lleva uno dentro, variando. Por aquello que Juan Ramón Jiménez, en una dedicatoria de un libro decía de José Ortega y Gasset. «A Jose Ortega y Gasset, Voluble en lo permanente». No he hallado todavía mejor definición del arte, es decir, de la moda, es decir de la vida.

Quizá se pregunten ustedes, ya que no pueden ahora mismo preguntármelo a mí, a que viene tanto hablar

de la Moda. Viene por dos razones. La primera, mi convencimiento de la identidad de la Moda (no de las modas) con la vida. Y la segunda, el ser esta identidad un motivo fácil de exposición en lo que he dado en llamar la proximidad de un nuevo romanticismo. Porque eso que los historiadores alemanes llaman pomposamente «el espíritu de los tiempos», es, como dice Emmanuel Berl, la Moda. Y si examinamos la Moda, en cualquiera de sus aspectos, en el vestido, en la decoración, nos será facilísimo pasar al sentido artístico y literario del asunto y aproximarnos al paisaje romántico que va a nacer ante nuestros ojos. Se dice que hay un retorno a los años anteriores de la guerra en la manera de vestir, la mujer. Elegiremos la mujer como tipo ya que el hombre, menos sintomático para la moda, es al mismo tiempo un ser menos agradable de analizar en este sentido. Cojamos una fotografía de los días anteriores a la guerra, de 1910 a 1914, por ejemplo. El vestido largo, pero sin la gracia del de ahora. El gran sombrero guardando un difícil equilibrio sobre el peinado ampuloso, lleno de plumas y encajes, como una mesa de baratillero. O bien, sobre la cabeza, una pantalla de lámpara de petróleo con puntillas de chantilly. Nada tiene que ver con lo de ahora. Y, sin embargo, cuánto gustaban esas señoras de 1910 a los señores de 1910. Estaban de acuerdo con el tiempo. Pero cojamos otra imagen, no ya una fotografía si no está a mano, un grabado de 1870, de 1888, el año que Pabst ha elegido para hacer su película «L'Opera a cat'sous». Nos resulta algo menos lejano de nosotros. El sombrero de la mujer de entonces se llevaba con una sans-façon por el estilo de la de ahora, como si fuera un poco alejado de la cabeza. Pero una prueba es poco: Cojamos unos versos de D'Annunzio o de Rostand. Nos dicen tanto como los sombreros de las señoras de 1910, casi siempre. Veamos otros versos un poco más atrasados, los de Verlaine o los de Rimbaud. Nos dicen algo más.

Si encontramos en una casa una silla 1870, nos resulta más agradable a la vista que otra de 1911, con curvas inverosímiles y flores de mal gusto. Me dirán ustedes: Nada de esa época de 1870 a 1888 era precisamente romántico. En eso estamos. Como vamos a un nuevo romanticismo, como no hemos llegado a él, lo que ahora nos gusta es lo que, yendo hacia atrás se va acercando al romanticismo. Cuando entremos de lleno en el nuevo, nuestras semejanzas serán más cercanas a los años del álgido romanticismo decimonónico. De nuevo advierto que esta semejanza no quiere decir identidad, sino sólo analogía de ambientes y que ni la literatura, ni la ropa, ni los coches de los románticos nuevos se parecerán a los de los románticos antiguos, más que en una proximidad de escenario y en una situación de decorado, que hará que las nuevas voces, tengan el mismo son apasionado, suave, humano, y antitécnico exterior. Volver a lo que se dejó sería ridículo. Pero darse cuenta de que ciertos tonos del ambiente serán parecidos en cuanto a sensibilidad, no está de más para tener una idea de lo que pueda ser la era que se acerca.

Y así como la mujer, que en la post-guerra, llevaba sombreros de gorra de aviador, vestidos cortísimos como para saltar bien las trincheras, abrigos sin gracia para que hicieran arrugas, y se cortaba el pelo como un muchacho y gustaba de que su pecho fuera plano y sin declive, ahora recobra la gracia en el sombrero, se ciñe el abrigo o deja que se vea que es una mujer bajo las líneas que acusa, se peina más largo o más complicado, y deja que los trajes hagan adivinar que el pecho tiene cierta curva graciosa, como hemos visto en las mujeres del Renacimiento que pintó Pissanello, en las de Gainsbourough o en las de Manet, y nunca, seguramente, en las de Van-Dongen o Jean Gabriel Doumergue, esos dos lamentables avisadores de perfumería.

Alguien nos recomendó encarecidamente que no

confundiéramos Hafiz, Saadi y Firdusi, con Houbi-fant, Worth y Coty, que son sus imitaciones. Al golpe de tam-tam corrompido que nos daba el jazz hace unos años, sucede una melodía vienesa. A Josephine Baker lanzando gritos, Marlene Dietrich cantando cosas suaves y desvergonzadas, pero humanas. Al *Halleluiya*, y al *Constantinopla*, aquellos discos disecados, han venido a sustituirlos *Oui, tout est pour moi* y *Ins't it romantic*. *Cavalcade* se proyecta con un éxito extraordinario y vuelve el amor constante, viril y apasionado a vivir entre marchas animosas y tristezas vitales. Todo esto encierra, aparte de los síntomas francos de una renovación en el gusto, una perversión del mismo. Voy a explicarme: El fenómeno general del retorno al sentimiento, a la emoción, puede traernos el exceso de éstos, y feminizar y hacer débil un conjunto de actos que debieran producir un avance. Así, en medio de este retorno, vemos que nos dan a gustar películas como el *Danubio Azul* y *Buenas noches Viena*, donde la estupidez llega al colmo. Películas para muchachas dulzonas como caramelos de rosa y para pisaverdes que cifran su vida en el color de la corbata. Ese *Danubio azul* que nos han entregado a más y mejor los cines, es la banderola que nos indica el cruce de los caminos y el peligro de choque. El romanticismo que tenga que venir, no será el del Danubio Azul, con ese majadero que se deja pegar un billete en la frente después de cantar unas cosas para hacer llorar a los histéricos tironos de todo el mundo. Ese es el sentido malo y desprestigiado, pervertido y maltrecho del romanticismo decimonónico. La debilidad. Quitando de en medio esta debilidad, aclarando lo que aparezca turbio en los sentimientos lánguidos, es como hemos de hallar el sustrato de lo que conviene a la renovación sentimental del mundo. Lo mismo que antes decía que había que huir del vanguardista y del poeta oficial de actos patrios, hay que huir del Danubio Azul, y sus gitanos

de repostería, y del otro lado: Del maquinismo cinematográfico que nos dieron a gustar los alemanes con aquella *Metrópolis*, de cuyo nombre no quisiera acordarme. Parece aque ahora, dándose más cuenta del ambiente, han acertado los tudescos en el cine y nos dan obras tan hechas como *El Angel Azul*, que si bien no llega al cine francés de última hora, a René Clair, y a Pabst, alemán francófilo, tiene aciertos maravillosos.

Cine, vestidos, música, decoración, todo nos lleva de la mano hacia ese renacimiento de lo humano, de lo antimaquinista, de lo que es sentir y transmitir. Y pasemos, para terminar, esta exposición de motivos, y deslizar al final una comparación de términos, pasemos al Amor.

Ya, ya os oigo pensar: Pero qué hombre tan absurdo, venir en una conferencia a hablarnos del amor. No voy a hablaros del amor, en el sentido de hacer una disertación sobre él, aunque bien podía hacerlo si me diera la gana. No voy a decir: «el amor es tal o tal cosa», y a ponerme langoroso y profundo. Ni a responder mentalmente a esa primera pregunta, o segunda pregunta que se suelen hacer los de distinto sexo después de ser presentados, inmediatamente después de decir: «Qué buen tiempo hace, ¿no?» diciendo: «¿Qué opina usted del amor?» o como suelen hacer los ingleses al comenzar una conversación y no saber de que hablar: «Do you like music?»... No voy a generalizar. Solamente a tratar de ver qué manifestaciones o cambios ha presentado en su aspecto primario exterior y sencillamente apreciable, la actividad amorosa de nuestro tiempo, relacionándola con las de otros ciclos no muy lejanos.

Por mucho que se diga que las costumbres han llegado a un punto difícil de superar en desaprensión y falta de actitud cordial, creo que la sexualidad absoluta y deslavazada está en crisis. A pesar del triunfo de «El amante de Lady Chatterley» de Lawrence, pien-

so que lo erótico radical y total está alejándose de nosotros.

Temperamentos distintos siempre los habrá, en toda época, y frente al intelectual estará el sensitivo, frente al lírico el prosaico, junto al impresionable el frígido. Pero en el conjunto de manifestaciones que el amor empieza a adquirir se nota un camino diferente al que le han querido dar, con el propósito de buscarle una superioridad, o una divinización aquellos que lo han puesto más al desnudo. Lawrence, al creer que en nuestra sangre hay algo esencialmente fuerte y sobrehumano que lleva a sublimizar el sexo, no ha hecho sino desorientarnos más en la barahunda de confusiones que el problema ya presentaba. En la «Defensa de Lady Chatterley» que es muy superior en varios pasajes a toda la propia lady Chatterley, novelada, queriendo presentarnos desde un punto de vista alto, inmarcesible, glorioso, el amor carnal, no ha hecho más que sublimizar ese amor, y hacerle recobrar el aspecto apasionadamente interior y sublime que debe tener. No hay por qué echar en cara a Lawrence que nos haya intentado sublimizar el amor a su aspecto aparentemente más bajo y a flor de tierra. Pues sin querer, aun haciendo una novela nada más que regular, con repeticiones cansadas en la descripción de lo que pocos se han atrevido a describir, nos ha convencido de que hay junto a eso, algo que eleva y sobrepuja. Y de esta manera, respondiendo a un propósito determinado, nos ha conseguido algo que él a lo mejor no pretendía conseguirnos: La seguridad de que en el amor se necesitan dos elementos combinados, realidad y ensueño, apariencia e imaginación, carne y espíritu, para que sea perfecto. ¿Qué este espíritu está en nuestra sangre, según él? Lo mismo nos da. Y así tenéis que en una novela que parece a primera vista destrozar muchas cosas, lo que nos hace, por lo menos a los que podemos mirarla de cierta manera, es darnos

bases para reconstruir o para construir algo completamente distinto. Por otra parte, «El amante de Lady Chatterley» es una novela para ingleses. El mismo Lawrence lo confiesa, cuando nos habla con elogio del amor en los países meridionales de Europa. El, por lo visto, no sabía que allí eran otros los problemas. El libro de Lawrence, para los que lo tomen en un sentido unilateral y no sepan ver sus consecuencias, me parece el último paso de un género literario que está por desaparecer, por cansado, por monótono. Lo que vale en la obra de este escritor inglés, no es el repetido acto de Lady Chatterley, sino esa atracción de los seres, flotante en el aire, no se sabe en dónde, que reluce más aun en sus otras novelas, en «Canguro», por ejemplo.

Y esta atracción, necesita de algo que la haga más grande que lo que pueda ser con sólo un hecho natural, normalísimo, que ni no lo recreamos, nosotros (*recrear*, es decir, volver a crear, y al mismo tiempo, *recrear*, animar, alegrar, hacer agradable algo) no puede ser más que una cosa invariable. Y esta personalidad en el amor, éste hacer que cada uno ame de una manera propia y distinta, que *recree* en el amor al que ama y al que es amado, requiere la presencia de un elemento que pudiéramos llamar *elegante*. Yo creo que he usado la palabra *elegante* un par de veces en mi vida. Elegante es algo que se emplea con una frecuencia que atufa. Y, sin embargo, pocas, poquísimas veces en la vida podemos ver algo elegante. Hacer al amor elegante, he aquí lo que pretende aquel que quiere que el amor, sin dejar de ser nada humano, sea al mismo tiempo algo suyo propio. Y para hacer al amor elegante, en el sentido de la palabra, que como os digo, que he empleado tres veces con ésta en lo que llevo de vida, nada más necesario que sacarlo de la vulgaridad astrosa en que lo han sumido y lo están sumiendo los que se

creen que amar es algo que existe únicamente para contarlo después a los amigos.

En el camino que nos lleva a ese concepto del amor, distinto del que sucedió a las grandes convulsiones de la guerra, amor sin personalidad, ni valentía, creo que hay que encontrar un aspecto esencial, diferente del amor que practicaron en su vida los románticos del diez y nueve. Amor inconstante, de mariposeo y ligereza sin ninguna virilidad vital en su práctica. El amor del nuevo romanticismo, todavía apenas dibujado en la lejanía, tendrá que ser, para merecer este nombre, grande y amplio como el pensamiento y la fuerza y no transitorio y pasajero como una *piuma al vento* que decía el imbécil del libretista de Rigoletto.

El producto amoroso de la post-guerra es el siguiente: Un hombre (si puede llamarse así) que dice: Ah, yo nunca me detengo, yo paso por todo, no amo intensamente, de flor en flor (porque son capaces hasta de decir estas majaderías) pasar, pasar e ir aspirando lo que dejan esas flores a nuestro paso... Y en la mujer, la oración, por pasiva. Estos desgraciados no saben lo que es dar el amor total, recibirlo totalmente y unir la carne y el espíritu en un abrazo absolutamente estrecho. Y al que no crea en esto, que no crea en nada. Y que se ahorque de un pino, será lo mejor, como decía Rubén Darío.

Porque, eso sí, nuestro romanticismo no adolecerá como el otro, que no tenía experiencia, y era hasta cierto punto, infantil de la incapacidad amorosa. Precisamente por haber visto, desde los principios del siglo pasado a los comienzos de éste, todo lo que hemos visto, tendremos un campo más fácil, y más abierto para no ser como Aloysius Bertrand, *aguiluchos abortados*, No; porque hemos nacido a tiempo, y porque sabremos colocar cada cosa en su sitio, sin buscar nieve en las hogueras ni pedirle peras al olmo. Pedirle peras al olmo es estarse a la sombra del árbol sin hacer

otra cosa que esperar lo imposible. Vayamos al peral, y allí no necesitaremos pedir nada, porque el fruto se nos dará a manos llenas, jugoso, fresco y confortante.

No quiere decir limitación esto de ir a un punto determinado para obtener lo que se desea y no acudir a otros donde por muchos gritos que demos en demanda de algo, nunca lo conseguiremos. La naturaleza es la maestra del amor y de la naturaleza sale al arte. Y si concedemos aún a Oscar Wilde que no es así, sino que la naturaleza imita al arte, no tenemos por qué variar de rumbo. Porque si imita, como decía Wilde, no será su obra más que eso: imitación. Y para imitación ya tenemos bastante con ciertas especies de monos.

He pretendido dar un paseo, no muy largo, para que viérais el panorama de la situación sentimental del mundo, en uno de sus aspectos. El aspecto vital, corriente y primario. Vestido, mueble, canción, cine, amor, paisaje. Ahora, para completar en lo posible y llegar al término de nuestro paseo quisiera llevaros al otro aspecto, menos usual y no por ello menos importante. Al aspecto intelectual, literario y visto al través de obra y trabajos de esta clase, que presenta la posibilidad, mejor, la probabilidad, del cambio que ha querido esbozar en estas líneas.

Hay un sentido esencial, tal vez único por absorbente y ansioso, en la obra intelectual de los días que nos han precedido de cerca. Clarísimamente demostrado en la ciencia y en la filosofía, no es necesario hacer hincapié sobre él sino en su aspecto literario, porque aun siendo manifiesta su existencia, requiere la demostración del cansancio que produce. Es la mezcla insostenible de la ciencia biológica, de la ciencia psíquica y, de toda rama de ciencia en el arte, absorbiendo la autoridad de ésta, metiéndose donde no la llaman,

o donde no la debían llamar, absorbiendo la primacía de las obras y dejando al margen, como si no tuviera importancia, el sentido efectivamente artístico de la cuestión. Proviene esto, me parece, de un agotamiento de temas humanos aparentemente aterrador. Agotados los temas, repetidos hasta la saciedad los argumentos, el deseo de ser original y el de manifestar cultura al día, hace que el escritor contemporáneo descienda hasta la realidad científica desde la superrealidad artística y andándose vanamente presumido, por los linderos de la ciencia, se cree que ha creado algo nuevo. Dijo hace poco Thornton Wilder, el autor de esa magnífica novela titulada «El Puente de San Luis Rey», que no hay en todas las literaturas del mundo más que siete u ocho grandes asuntos, que los trágicos griegos ya los habían usado todos, y que desde entonces, los escritores no han podido más que volverlos a utilizar en forma nueva, propia de su tiempo. Por otra parte, George Polti, ha querido demostrar que hay treinta y cinco situaciones dramáticas posibles. Puede ser que hayan cuarenta o cuarenta y uno. Thornton y Polti, no han hecho más que decir una de esas grandes cosas que todos sabemos y que, de repente, por oirlas, nos impresionan y se nos ocurre pensar: Pero, por qué diablos no habré dicho yo esto, tantas veces como se me ha ocurrido. Claro está que esto también lo vemos en cualquier invento sensacional, que nos parece muy fácil después de que lo ha hecho el otro, partiéndose los cascos de la cabeza durante veinte años. Pero sobre esas dos verdades de Thornton Wilder y de George Polti, que son casi, casi verdades de Pero Grullo, que «a la mano cerrada llamaba puño» o de Monsieur de la Palice, que «un quart d'heure avant d'être mort-letait encore en vie»... sobre esas dos verdades, hay una realidad de falta de ejecución de ellas. André Maurois decía recientemente, a propósito de esta repetición de las grandes situacio-

nes humanas, que no sólo eran las únicas interesantes sino que se repetían en la vida que desfila ante nosotros. Hace unos años, antes de la guerra, veíamos de nuevo a Andromaca enseñar a Héctor al niño Astyanax, divirtiéndose y jugueteando con el casco guerrero de su padre, mientras ella tenía los ojos arrasados en lágrimas.

Sin embargo, el escritor ha querido hallar un motivo nuevo. Y no pudiendo ir directamente como el poeta (que es completamente distinto un poeta de un escritor, aunque a veces se reúnan ambos en una misma persona) no pudiendo ir directamente a la sensación espiritual, ha tenido que ponerse a buscar algo que le dé nuevos motivos. Y han sido Bergson en una corta época, luego, Freud, quienes han hecho la mayoría de la literatura de los últimos años. Freud, sobre todo, está rellorando con sus hipótesis los libros que andan por ahí para pasto de los rebaños intelectuales. Psicoanálisis, complejos, sexualidad, subconsciente, inconsciente, tabú, totem, todo hecho una ensalada rusa, es decir, vienesa, sirve de alimento a los escritores. Y si bien está que el progreso científico dado a conocer, sea usado incidental o accidentalmente por el escritor, mal está que el escritor se hunda de cabeza en el mar, de las hipótesis y se dedique a cepillar los ternos de filósofo y a pedirle un poco de sazón para su obra. No es ese el camino y ya lo estamos viendo en el cansancio que eso deja. Por que las situaciones humanas profundas son eternas. Y a veces, profundamente desagradables. Yo tengo la teoría particular de que lo desagradable es peor que lo agradable. En eso estoy en desacuerdo con muchos grandes hombres que podrían despreciarme, como a una mosca que le zumbara en los oídos. Pero prescindiendo de ello, ¿para qué buscar más allá de lo sencillamente humano, de lo que llega sin tergiversaciones ni enredos? ¿para qué comenzar a hacer difícil lo que es fácil y a complicar

la vida más de lo que ya está complicada? El romántico que venga no tendrá necesidad de nada de esto, le bastará con un documento sencillísimo y complicado a un mismo tiempo: El hombre y su paisaje. Y en las pasiones del hombre, no tendrá por qué sublimizar las torcidas, ni por qué presentar las obscuras. Si es genial el que lo haga, quedará por encima de todo. A mí tan geniales me parecen el complicado Esquilo como el sencillo Aristófanes. Más genial el sencillo Moliere que el complicado Racine. Y viniendo a nuestros días, prefiero las sencillas y lejanas de pretensión páginas de Hemingway, de Virginia Woolf, de Catalina Mansfield, de Zamiatin, de Delteil y Morand, a las complicadas de Gide, de Manb, de Hardy, de Pirandello. Los primeros son más jóvenes que los segundos. Están más cerca del nuevo romanticismo. Y tened en cuenta que no he citado, ningún poeta entre estos nombres, porque en poesía tengo ideas que extenderían mi explicación notablemente. Y porque en poesía no hay más que una verdad, una belleza y una realidad. Lo sencillo, lo antiliterario, lo que no pretende ser literatura, sino lo que es, sin pretender nada, poesía, sencillamente.

Caminemos a ese romanticismo nuevo, distinto, claro y sin ambages, a ese ánimo diáfano y sin tergiversación. Sin creer en que vamos a una perfección absoluta, ni a ese futuro conandoyliano y juliovernesco. sin imperfecciones, que son las que hacen bella la vida. Encubrid vuestros dolores, haced bella y fuerte la vida, decía no sé quién. No sentir necesidad del suicidio, en ningún orden de cosas. Ni el suicidio, ni esa postura que le hacía decir a Mauricio Barrés: «Tengo miedo de la vida, de las catástrofes físicas, de los horribles sufrimientos. No teniendo ni revólver ni cloroformo, me siento desarmado contra las maldades del destino». Algo protegió a Barrés contra ese suicidio que pensa-

ba, cuando no lo realizó. Ese algo que llama Edmond Jaloux «La facultad misteriosa que está en uno y a la que todo se sacrifica». Esa facultad misteriosa, para nosotros, no debe estar encerrada en un cuarto oscuro, sin aire ni ventilación, con cortinajes tétricos y olor a polillas y naftalina. No. Nietzsche nos dijo que la vida había que vivirla incluso dos veces, a pesar de que se volvieran a repetir los males de la primera. Y, de este modo, ilusionados, (alcanzad el valor de la palabra ilusión), ilusionados, que es el único remedio, tengamos de la vida un concepto tan grande como la vista del mar.

Un mar que a veces está quieto y a veces alborotado en ese mar, amigos, seamos nadadores. Pecho al agua y adelante. Que viene una ola grande; chapuzón, ojos cerrados, y se pasa. Que hay resaca: braceo fuerte en sentido contrario. Que hay calma; alegría y gozo del día con sol. Mirando desde el mar, y llenándonos los ojos con esa vista, el paisaje de la tierra, satisfecho de que las olas se detengan al encontrarla, llena de los árboles verdes, de rocas duras, de pájaros ligeros y de muchachas en flor. Nadadores, llegaremos con los hombros brillantes a las románticas playas de la época que se avecina.

Hasta luego.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

BARROS ARANA Y EL METODO ANALITICO EN LA HISTORIA

UN ENSAYO DE INTERPRETACIÓN (1)

NADA más opuesto a la concepción de la síntesis en la labor historiográfica, que el espíritu de Barros Arana. Siempre que puede, parece como esquivar sus directrices. La enérgica voluntad de su pensamiento le inclinaba, por naturaleza, a la aplicación del método analítico. Está como enclavado en el fondo de su criterio observador, frío, emancipado, amante de la investigación en cualquier orden del conocimiento, así considere las grandes cuestiones del humanismo, o bien penetre en el estudio de las ciencias. Mas, el historiador chileno no es un elemento aislado en el proceso de la evolución de nuestra cultura. Toda la generación del siglo XIX, educada en la enseñanza laica del Estado, fué formada desde las aulas, en el análisis amplio de los problemas de las ciencias, de la filosofía, del derecho y de las cuestiones literarias. A ello se debe, indudablemente, que el carácter esencial de la investigación científica en Chile, en cualquiera de sus manifestaciones, sea la actitud crítica. A ello también se debe la solidez y vigor de la literatura nacional en algunas de sus ramas mejor cultivadas, tales como la Historia, el Derecho y las Ciencias Naturales. Y así se comprende por qué en América logró el pensamiento chileno fama de respetabilidad y consideración tan altas.

Bello disciplinó la juventud de su tiempo en las ventajas del método analítico. "En su espíritu recto y bien equilibrado—dice Menéndez y Pelayo—se juntaban dichosamente la audacia especulativa, que abre nuevos rumbos, y el sentido de

(1) Conferencia leída en la Universidad de Concepción el 25 de noviembre de 1933.

la realidad, que convierte y traduce la especulación en obra útil. De los resultados de su vasta y rica cultura personal, adaptó a la cultura chilena los que en su tiempo eran adaptables; y por eso, más que en filosofía pura, insistió en sus aplicaciones; más que en el Derecho natural, en el Derecho positivo; más que en la filología propiamente dicha, en la alta crítica, en la Gramática. Los tiempos lo pedían así, y él se acomodó sabiamente a los tiempos, comenzando el edificio por los cimientos y no por la cúpula. Poco le importó ser tachado de pedagogo tímido, de intolerante purista, de enemigo de la emancipación intelectual. Sin imponer cierto género de disciplina, es imposible enseñar a hablar, a pensar, a un pueblo que acababa de salir de la menor edad". El ilustre caraqueño, por otra parte, al implantar entre nosotros su severo magisterio, no violentaba tampoco su temperamento. El sentido de la realidad estaba en él antes que nada. Era indudablemente un espíritu frío, ponderado, circunspecto. Los arranques de la imaginación, sus desbordes, podían contenerse por el férreo método con que había disciplinado su inteligencia. El poeta rara vez se elevó a esos arranques de lirismo que fueron tan comunes y que parecieron de tan buen gusto en su tiempo. Siempre en la poesía de Bello hay algo contenido, virtualmente ahogado, que teme aparecer. Es que nada hay tan apartado de su espíritu como la tendencia a construir sistemas especulativos. Nunca abarca todas las perspectivas del pensamiento para elaborar una doctrina completa. Funda todas las concepciones, así en literatura como en filología, en derecho como en filosofía, en matemáticas como en gramática, en la experimentación de los hechos, en el análisis menudo de un método científico rigurosamente exacto que elude la síntesis, para dar paso al más recio y vigoroso procedimiento crítico.

Pero si en Bello existía un corazón desapasionado y una imaginación contenida en las limitaciones de un sano realismo, fuerza es convenir que su poderoso entendimiento se nutrió de un ambiente por demás apto a su formación intelectual. Largo tiempo residió en Inglaterra. Los diez y nueve años de su estancia en Londres hubieron de serle de un provecho exorbitante. Y aun cuando ellos corresponden a los más angustiados de su vida, a los de más tristes miserias que hombre alguno americano de su fuste sufriera en tierra extraña, son los que marcan en su vida de estudioso ejemplar, los más provechosos para su espíritu anhelante en captar la verdad. Al lado de los ingleses, vinculado su hogar a una británica primero, y después

a otra, en contacto con una sociedad culta que le dió cierta cabida como individuo no nada vulgar, se impregnó de la manera de ser del carácter inglés, y de ahí el sentido realista de sus concepciones, que no excluyen, por cierto, el idealismo en determinadas cosas. En política era liberal, pero conservador a la manera inglesa. Creía en la libertad antes que en nada, siempre que ella fuera significado de orden y respeto. Era, sin duda, individualista acérrimo, cual convenía a un inglés de la primera época del siglo XIX, y como tal no podía comprender las limitaciones del Estado en las actividades de los hombres, siempre que éstas no fueran a herir ni a terceros ni a los dogmas de la moral social. Entendía las sanciones y las penas concedidas por la institución del jurado. Veía en el parlamentarismo la forma de resguardar la dignidad humana y la de la ley. Poco esperaba de la escrita. En su concepto, ninguna mejor que la ley de la tradición, o sea, el derecho consuetudinario.

La abstracción de las ideas, las *quimeras ontológicas*—como él mismo las llamó—llegaron a ser en Bello formas despreciables y primarias del conocimiento. Así como en materias de alta filología se debe por entero a Condillac, y no reconoce formación inglesa ninguna, en filosofía y en psicología pertenece en cuerpo y alma a los maestros de la escuela escocesa. Y a veces se aleja de ella y planta su tienda en la de Edimburgo. La concreción de su pensamiento hay que buscarla en los grandes guías que su espíritu sagaz supo encontrar durante su formación intelectual en Londres, formación que fué, por lo demás, definitiva. Se debe, en efecto, a Lord Holland. Extrajo de Bentham—cuyos manuscritos descifró—parte principalísima de las que fueron sus ideas políticas. Hamilton, Berkeley y Stuart Mill, le orientaron en psicología y filosofía. Hasta en pedagogía deriva su enseñanza de la manera inglesa. Todos esos pensadores, que tan alta irradiación ejercieron en Europa y en América en el siglo XIX, contribuyeron a despertar en el caraqueño la afición por las ciencias experimentales. En Bello había la pasta de un filósofo, y ciertamente que lo fué, dejándonos en sus escritos la huella de sus doctrinas que no tienen por qué analizarse aquí.

La enseñanza de Bello hizo escuela en Chile y en América. Perduró su tradición en todas las formas que abarcó su magisterio. Los juristas buscaron la fuente del derecho en el derecho tradicional romano, tal como él lo había proclamado. Los filósofos preocupáronse más de las aplicaciones de la

filosofía, como él lo deseaba. Los filólogos no se contentaron con hacer críticas de los sistemas, sino que atendieron a la gramática. Los escritores abandonaron las novedades del momento y las temerarias sugerencias de espíritus exaltados, para dedicarse a fijar la lengua en su correcta majestad y en su proporcionada sintaxis. Los poetas excluyeron las exaltaciones febriles de la imaginación para convertir la poesía, como la suya, en una expresión reflexiva, docta, profunda, bella hasta en su mismo artificio. Los historiadores no hicieron de la historia obra de arte, porque Bello no quiso que se hiciera, ni permitió tampoco que se filosofase en su nombre. Prefirió la crónica, y los que él educó fueron cronistas, que formaron una legión poderosa de sabios eruditos, amigos de los papeles, anotadores incansables de datos, cifras y hechos. Quería que la crítica depurase la Historia de más tarde. El tipo de universidad creado por él, que sentía en sus venas el sentido académico de la ciencia y de la alta cultura, fué el francés, al estilo napoleónico: práctico, positivo. Su realismo le hizo comprender que Chile, antes que sublimes doctores, necesitaba profesionales: abogados, médicos, ingenieros, etc. Después veremos el mal que con ello nos hizo.

Sus continuadores en la enseñanza no hicieron más que seguir desenvolviendo en las aulas su venerable orientación intelectual. El método de Bello quedó impreso por largos años en todos los hombres de su generación, y en la que siguió al Maestro. Y continuó hasta que vino a derribarlo la implantación del sistema alemán, nivelador por excelencia, generalísimo y superficial, de primer orden para hacer hombres sin ciencia y espíritus simplistas y vulgares, tal como convenía a una insulsa democracia, que quería el sufragio universal.

Al igual que Bello, Barros Arana ejerció en la juventud chilena un magisterio incontrastable. Pero entre ambos hay fundamentales diferencias. El autor de la *Historia General* no tuvo la facultad creadora del que escribió la *Filosofía del Entendimiento*. Ni llegó tan lejos tampoco su versación en las humanidades, aun cuando fuera humanista y hombre de la más variada cultura científica. Se parece a Bello en el amor a la enseñanza. Redactó textos sabios para su tiempo, y en esto la semejanza con el caraqueño es palpable. En cambio, en otras modalidades espirituales, se alejan hasta tocar los extremos. La pasión, en todas sus formas, dominaba a Barros Arana. Tenía pasión política recargada de la más poderosa energía. Sublimaba el odio en el sectarismo religioso. Bello era la pon-

deración misma. Los amargos contratiempos de su vida, sus grandes dolores morales, no hicieron más que acrecentar su religiosidad. Sin embargo, tanto en Bello como en Barros Arana, la honradez en los ideales, buscados por caminos tan diferentes, llegaban al mismo fin. Si es cierto que Barros Arana no fué discípulo del emocionado poeta de la *Oración por Todos*, ni oyó en los claustros fríos y solemnes del Instituto Nacional, ni en los de la Universidad, su sabia palabra, es forzoso considerarlo como tal. Intelectualmente era su discípulo, y él parecía orgulloso reconocerlo así. Le era deudor del método. Le guió en sus lecturas. Estuvo cerca de él. Historiador sobre todo, bibliógrafo, erudito, Barros Arana llevó a la perfección la doctrina historiográfica levantada por Bello, en contraposición a la sostenida por Lastarria. Impuso a su obra el sello profundo de su genio en la aplicación del método analítico en la historia, tal como lo quería y deesaba el sabio Rector de la Universidad de Chile. "Los concursos anuales daban ocasión para que la Facultad de Filosofía y Humanidades—escribe un hijo de Lastarria—a la que más especialmente correspondía esta materia, fomentara el estudio de la historia, con tal éxito que las memorias de entonces presentadas, con los discursos de las sesiones solemnes de la Universidad, forman casi principalmente nuestra biblioteca histórica. Bello, en la primera época, fué e. alma en la dirección de aquellos ensayos. Amonestaba y aconsejaba; procuraba inspirar en la forma de los trabajos las ideas y el fondo de los escritos. No creía que el escritor chileno debiera dedicarse a buscar el espíritu o la filosofía de los acontecimientos, sosteniendo que debía limitarse a su simple exposición. Aquella doctrina del Maestro era de una trascendencia asombrosa. Enseñando la forma que debía emplearse, limitaba la acción del pensador. En la época en que enunciaba tales principios, germinaba en el país esa revolución en las ideas que hemos visto desenvolverse y crecer hasta hacerse en nuestros días el credo de la nación; y Bello, limitando los horizontes de la historia, reducía la influencia que podía ejercer su enseñanza en provecho de las nuevas teorías, y anulaba el apoyo que daban sus lecciones a los que señalaban nuevas miras para la aspiración política y económica del país.

"Por eso es de notar que su idea tuvo ardientes sostenedores entre los más conspicuos adalides del partido conservador. Así don Miguel de la Barra, cuya memoria ha sido relegada a un olvido indigno de sus servicios, y don Antonio García Reyes, cuya memoria ha sido por fortuna realzada, decían que hu-

bieran celebrado encontrar, en la *Reconquista Española* de los hermanos Amunátegui, "una relación más casera, abundante de pormenores y sazónada con aquellos incidentes familiares que sirven tanto para ilustrar la mente del historiador futuro, y que algunas veces caracterizan los personajes y las épocas"... y esto, cuando los señores Amunátegui creían conformarse en la composición de esa memoria con las ideas sobre el modo de escribir la historia nacional, emitidas por el señor Rector y algunos otros miembros de la Universidad. Ciertamente es que el ilustre maestro no quería reducir el papel del escritor al de mero cronista; pero sus adeptos llegaban a considerar un defecto que una memoria "estuviera escrita como podía estarlo la historia misma"... "Sin embargo, como lo hemos dicho, don Andrés Bello, árbitro de la dirección de las letras de Chile, creía que la obra del historiador debiera reducirse a ser la obra del erudito".

Fué lo que hizo Barros Arana. Y aun cuando no hubiese seguido la doctrina de Bello, siempre habría llegado a fundar en la historiografía chilena el sistema que le debe a aquél, porque se conformaba admirablemente con su psicología personal, con su manera de ser intelectual. Asombra, en efecto, que un hombre como Barros Arana, de tan vasta y completa cultura científica y literaria, careciera en absoluto de espíritu filosófico, o se decidiera, ya que no era filósofo, por un sistema cualquiera. Aborrecía la especulación. Obraba y pensaba sobre hechos. La abstracción le era insoportable.

A las veces, la continuidad férrea del método expositivo parece un sistema de ordenación de doctrinas en la *Historia General de Chile*. En las notas de esa obra magna, escrita en un estilo de difícil sencillez, suelen encontrarse las ideas generales que forman, por así decirlo, el pensamiento filosófico del autor. Luego uno se desencanta, sin embargo. Cuando nos explica, por ejemplo, con una soberbia erudición, la transcendencia moral que significó para la humanidad el descubrimiento de América, no es él el que habla. Es un pensador europeo, cuyo nombre, con toda honradez, nos lo da a conocer. Si nos expone, en páginas severísimas por su elocuencia, los progresos de la geografía en el siglo XVI, y nos hace ver las consecuencias que de allí se derivaron para el comercio, la industria y el orden social, el desencanto también se apodera de nosotros. No es Barros Arana el que piensa: es un gran autor que nos cita. La pertinacia de su anticlericalismo, esa es suya. Pero tampoco es original. Todo es reflejo en este hombre. La

cultura no adquirió en él formas creadoras. No interpretó jamás. Los hechos y los hechos, hechos y más hechos. De ahí no salía. Tanto mejor para nosotros. Merced a ese esfuerzo casi sobrehumano de compulsas documental y bibliográfica, hoy nos encontramos en posesión del más valioso caudal de información para concluir interpretando nuestro pasado.

No puede negársele a Barros Arana, con todo, su título de historiador. Es el historiador nacional por antonomasia. En las páginas del prólogo y de la conclusión de la *Historia General de Chile*, ha discutido, apoyado en las mejores autoridades de los tiempos pretéritos y de su época, como luego veremos, las razones del pro y del contra del sistema *ad-narrandum* y del de *ad-probandum*, aplicado a las ciencias históricas. Ha hecho gala allí de una versación sorprendente. Pero concluye decidiéndose por el primero de esos sistemas. Por lo demás, era el que Bello había proclamado, y que él, como discípulo, se sentía obligado a sostener. También a su condición de erudito convenía el método narrativo. Se avenía mejor con la naturaleza de su espíritu. Al aplicarlo, probó hasta la evidencia la fuerza del sentido analítico de que estaba dotado. Como investigador, como bibliógrafo, sólo Medina—su discípulo—le va en zaga. El campo de Medina fué también más vasto, más universal, pero su obra toda no alcanza el sentido tan maravillosamente orgánico, como forma, fondo y factura, que nos muestra la labor del historiador chileno. Después intentó en la *Historia General* una solución para combinar los dos sistemas históricos, con el resultado que luego veremos.

Nada hay comparable como la penetración crítica de Barros Arana. Acostumbrado al cotejo de los documentos, a extraer de ellos el *sumun* de los hechos, reconstituye los momentos históricos a fuerza de deducciones e inducciones, y rara vez se equivoca. Los que hemos pasado la vida entera entregados al estudio de la historia de América, y especialmente de Chile, trabajando en la cantera de la documentación o en la veta inmensa de la bibliografía, sabemos por experiencia propia que en los diez y seis apretadísimos volúmenes de la *Historia General*, el cuadro, la visión de nuestro pasado, está intacto. sin que nada ni nadie haya logrado alterarlo. Hemos agregado un nombre, corregido una fecha. Nada más. Podemos estar en desacuerdo con las apreciaciones del historiador, sobre todo, cuando éstas se refieren a sucesos políticos; pero el fondo, ése siempre queda tal como lo pintó Barros Arana.

Uno de los defectos más señalados de este libro único es

su falta de relieve. Semejan sus páginas como el correr silencioso de las aguas de un arroyuelo, cuyo murmullo es siempre sordo, igual y acompasado. No se ven las olillas que se empujan las unas a las otras. ¡Qué obra más sin emoción! Los grandes hombres y los hombres chicos, los grandes hechos sociales y los más menudos, tienen la misma expresión. Los adjetivos no existen. Las admiraciones se hielan en la punta de la pluma de este escritor incoloro, que pasa de la colonia pasiva, encantadora y feroz, a la independencia épica, llena de sacrificios incruentos, o a la república convulsa e histérica, sin que en su alma estalle un arranque, o en su rostro cansado, de viejo maestro, se contraiga el ceño en un gesto de condenación o aplauso. ¡Curiosa escuela de historiador la suya, en que el sacerdote debía ser un personaje hierático! No podía esperarse de Barros Arana un artificio mayor para ocultar bajo las formas de una templanza serena, los rasgos de fuego de su alma impetuosa. Y toda la historia respira una aparente desapasión, una sinceridad tan levantada de ideas, un espíritu de justicia tan superior a las cosas terrenas, que el lector inexperto y poco avezado en achaques de erudición y de historia, queda al punto convencido, y luego persuadido, de que el autor que arroja en el texto y en las notas de su obra, todos los antecedentes del proceso que relata y los discute, los pesa y los contrapesa, no puede imaginarse haya podido ser un juez interesado. Ahí están, para probar lo contrario, sus opiniones sobre la colonización española; sus prejuicios contra el régimen colonial; sus diatribas contra la Iglesia Católica, que lo ha llevado a negar la obra cultural de la Compañía de Jesús — lo dice esto un hombre emancipado e increyente — su desdén por la cultura de España en América, y su odio, encubierto a veces, franco en otras, contra el iniciador de la independencia nacional, el General Carrera. ¡Pero todo está dicho y escrito tan sabiamente! Barros Arana sabe colocarse en una situación estratégica para hacer prevalecer sus simpatías o antipatías. Y es difícil encontrar otro historiador que le supere en el arte de saber componer los papeles que le conviene adoptar desde el punto de sus afecciones personales. Allega tantas pruebas, abunda en tantas referencias, son tantas las citas en que se apoya, que su opinión queda como inamovible. Nos aturde con antecedentes. Esta forma de pasión disimulada es, como ya lo hemos dicho, única en él. Cuando Lastarria, Amunátegui, Vicuña Mackenna y Sotomayor Valdés escriben con anhelos de justicia, rebosa en ellos la calidez del entusiasmo por un personaje o

por una época. No saben ser imparciales, y a pesar de los esfuerzos que hacen para mantenerse en una línea de la más pura independencia, es indudable que dejan entrever sus afecciones.

Barros Arana concluyó imponiéndose como maestro de una escuela historiográfica, y también como conductor de la enseñanza nacional. Era ya entre los hombres de su tiempo una personalidad con relieve propio. Vivió más que todos los compañeros de su generación. Sepultó casi a todas las grandes figuras del magisterio. Sobrevivió a todos los historiadores de su tiempo, así en Chile como en América. Vió derrumbarse a todos los políticos que le combatieron, y él quedó, como sobrenadando en el naufragio de esas existencias, admirado, respetado, considerado por las generaciones que le sucedieron como una figura nacional por excelencia. Merecía esas distinciones el hombre que había hecho de la cátedra el más puro apostolado, cuya vida intelectual puede mostrarse como un alto ejemplo de probidad moral. Se le sabía patriota y desinteresado. Se le reconocía como individuo de purísimas convicciones. Calcúlese cuál sería, con estos antecedentes, la influencia de Barros Arana en las orientaciones de la enseñanza, y cómo sus admiradores impondrían los métodos de éste. Fiel, por lo demás, a la tradición de Bello, el historiador impuso hasta con exceso el método analítico. Formó críticos, si bien poco había que hacer para obtenerlos cuando la raza de suyo los producía. Sin embargo, él supo dirigir esa conformación de nuestra mentalidad en un sentido determinado, no por la cultura, que ella nunca ha tenido un alto sentido en Chile, sino por la ilustración, que es cosa diferente de aquélla.

La posición crítica ha sido la constante característica nacional. Y no sólo en el cultivo de las ciencias, sino en cualquiera manifestación espiritual del chileno. Desmenuzamos las ideas, los conceptos y las afirmaciones. El prurito de la censura nos viene de esa condición, que en ciertas ocasiones parece virtud y en otras un gravísimo defecto. El afán de las sutilezas verbalistas, la tendencia de las opiniones rígidas sobre los hombres, de las cuales parece desprenderse casi siempre un sentimiento amargo de envidia, arranca, acaso, de esta manera de ser nuestra. Pertenece a nuestra psicología. Es el producto de un individualismo torpe, del espíritu bárbaramente selvático e independiente que nos domina. Juzgamos los hombres y las cosas a través de nuestra indómita pasión, con nuestros propios sentimientos, sin saber elevarnos por sobre los intereses personales o de círculo. Por eso chocamos. Y nuestras ansias de ver-

dad se manifiestan en las formas primitivas del dicterio o de una amargura desenfrenada que ruge. Aguzamos el ingenio para ver todas las posibilidades; menos, precisamente, lo que nos interesa resolver. Por eso también nuestros historiadores, al restablecer la verdad, hicieron crítica de fuentes documentales, y desentrañaron, con benedictina paciencia, todos los papeles de la historia nacional, arrancándolos a las bibliotecas y a los archivos de todo el mundo. Escribieron sin tasa ni medida, y con un desconocimiento del objeto de la historia que se nos antoja monstruoso. Cada uno tiró para su lado. ¿Qué sentido humano tiene ésta, nuestra historia, hecha por historiadores tan sabios? ¿Cómo han visto, en un cuadro de síntesis, nuestra misérrima evolución?

Nos faltan las grandes síntesis. En el plano de la historia de Chile se percibe, mejor que en ningún otro, la ausencia de una construcción orgánica y substantiva, sintética y esquemática, de lo que fuimos y ahora somos. Lo saben los eruditos a grandes trazos. El término medio de las gentes cultas, conforme a la escuela en que se han educado, está atiborrada de datos, fechas, nombres. Ignora la trama sociológica que ha ido anudando nuestros problemas, y nos ha hecho, al fin, un pueblo de tales y cuales características. Está en nuestros hábitos intelectuales, porque así nos formaron, odiar las síntesis, las grandes explicaciones que descubren la interpretación de nuestro fenómeno político-social. Siempre creemos que reducir a términos de síntesis histórica y sociológica nuestro pasado, es señal de un espíritu tropical y exaltado.

¿Hasta dónde debemos agradecer a Bello su enseñanza? ¿Hasta dónde a Barros Arana? He aquí una interrogación audaz. En cierto sentido nos hicieron más mal que bien. Al hacernos despreciar la filosofía, nos apartaron del movimiento cultural del mundo. Quedamos a ciegas para competir con las ideas de los pueblos y de los hombres más organizados intelectualmente que nosotros. Por eso, la anarquía de ideas en que hoy nos debatimos. Al extremarnos en el método analítico, al cerrarnos el camino de la especulación y de la abstracción, nos llevaron a despreciar la base filosófica de toda cultura. Siempre se confunde la ilustración con la cultura. La ilustración no es nada si no se tiene una formación fuerte, sólida, poderosa, en lo que el Renacimiento llamó el humanismo. El sentido práctico de la enseñanza de esos dos grandes maestros; ha sido nuestra ruina moral a la larga. El profesionalismo nos

inundó de viles apetitos. La Universidad se convirtió en fábrica espúrea de ideales, y allí se trizaron las grandes directivas de toda aspiración suprema, de toda idealidad superior. Y fuimos de tumbo en tumbo... A la carencia de una escuela intelectual con base filosófica, hay que añadir en la generación de ayer, de hoy y de mañana, una total ignorancia de la evolución de nuestra nacionalidad. Sabe poco de sus grandes hombres. Nada de sus virtudes. Desconoce las etapas porque ha cruzado el país, y si las grandes divisiones de su historia no tiene la menor noción de lo fundamental en cada uno de esos períodos clásicos y artificiosos. He aquí por qué, en el sentimiento de rebelión de la juventud, atiborrada del pensamiento social contemporáneo, se puede escuchar la renegación de la patria, que desconoce; y por qué ha roto con el pasado, que ignora y no comprende. Así se ha lanzado, sin solución de continuidad, en el hallazgo de una fórmula nueva de cultura, como si ésta pudiera encontrarse de un momento a otro, tal cual el químico que descubre, después de una combinación de sales, un novísimo producto.

Uno quisiera proclamar el fracaso rotundo de los historiadores chilenos como maestros y orientadores de cultura. Fueron incapaces de desenvolver el sentido de la vida del pasado, por más que ese pasado esté encerrado en limitaciones bien estrechas. Arrastrados en la carrera loca de la investigación puramente erudita, que vino a convertirse, al fin, en una especie de manía por desentrañar papeles inéditos, no nos dejaron conocer lo que éramos para explicarnos nuestra formación de pueblo, nuestra condición de raza. Y en pocos países de América se ha escrito más historia que en Chile, y se ha exaltado más el patriotismo. Se ha exagerado nuestra grandeza. Nos han hecho creer que somos un pueblo superior. Nuestras virtudes aparecen dominando, avasalladoras, sobre las lacras de nuestros vicios. No nos dejaron ver nuestros defectos; y el orgullo, el heroísmo, el desprecio, han adquirido las proporciones de una elefantiasis. Pero la historia escrita por nuestros mejores historiadores, sólo sirvió siempre para fortalecer las pretensiones de una casta y asegurar su posición. No rozó la epidermis del gran pueblo. La misma oligarquía chilena, de la cual salieron los más aventajados maestros de la composición histórica, no puede decirse que los leyera con ánimo de buscar en ellos, en sus páginas, una enseñanza. Se complacía en encontrar reflejada

en esos libros las altas glorias de sus antepasados. El espíritu de clase de nuestra sociabilidad todavía discute apasionada el carrerismo y el o'hingginismo, el montt-varismo y el balmacedismo. No polemiza por los ideales políticos o sociales que esos caudillos sostuvieron. Les interesa más saber que se les recuerda como hombres que cubren de gloria una familia o una dinastía de familias. . . . Y el orgullo de la tribu se hincha.

La historia nacional no desprendió enseñanzas, ni el chileno fué capaz de arrancarlas de sus copiosos anales. Hecha por sabios, fué escrita para sabios, para individuos especializados. Trabajada por eruditos, los volúmenes fueron amontonándose en las bibliotecas para solaz de ratones de bibliotecas. No se pensó en el grueso del pueblo. Se ignoró la existencia de una clase intermedia, a la cual, mejor que a ninguna otra, convenía conocer nuestra evolución en todos sus aspectos.

A Barros Arana le alcanzan estos reparos. El, como discípulo de Bello y continuador de su tradición en el arte de escribir la historia, formó escuela y mejoró el sistema. No parecen sino escritas para el maestro chileno estas palabras de Edmundo González Blanco cuando dice, hablando de la labor histórica de Voltaire, estas palabras: "No se puede negar, sin contradecir las enseñanzas más netas de la erudición, que los hombres del siglo XVIII fueron investigadores de iniciativa inmensa, cultivadores celosos del saber analítico, y grandes obreros en la composición de la historia. Su mentalidad crítica, o más bien, la forma o manera de manifestarse, ha dado lugar a censuras o desdenes; pero en la realidad de su entusiasmo por las empresas históricas y en la novedad del rumbo que a tales empresas imprimieron, no cabe la menor duda; y en ello están contestes todos, así los amigos como los enemigos del siglo XVIII. Y esta opinión viene, además, afirmada y acreditada por el hecho de que la afición desmedida a los estudios históricos, y el cambio más radical de orientación de dichos estudios, coincidían con la época en que Europa perdía por completo la conciencia de lo sobrenatural y miraba como fanática y supersticiosa la religión reinante. El dogmatismo que esta religión había impuesto al género humano no había permitido a la historia hacerse filosófica más que en una forma teológica, forma que fué, dentro de la cultura cristiana, el equivalente de las arengas y de los grandes cuadros de composición de los historiadores gentiles, y que, con sus abusos oratorios y sus síntesis providencialistas o monomarcólotras, dejaba en el más absoluto olvido todas las actividades humanas distintas de

la política y de la guerra. En el siglo XVIII, la política y la guerra descendieron desde el puesto más elevado hasta el más bajo entre los objetos que ocupan la atención del historiador, y se dió de mano al método detallista de los *cronistas* medioevales, de los *gaceteros* posteriores y de los hombres de estado que escribían los *Anales* de sus naciones respectivas, sin crítica, sin espíritu filosófico, sin noción de orden, sin pensamiento que les dirigiese, mezclando lo sagrado con lo profano, lo edificante con lo verdadero, lo real con lo fabuloso. Por primera vez se intentó escribir una historia que hablase a la inteligencia, no a la curiosidad ni a la fantasía. Por primera vez comenzó a tratarse en las historias, no de reinados y de batallas, sino de comercio, de industrias, de artes, de literatura y hasta de usos familiares o domésticos. Por primera vez se dieron pinturas de las costumbres, de las leyes y de las ideas, e informaciones sobre el origen y los cambios de las instituciones sociales”.

Exacto. Es eso lo que hizo Barros Arana al mejorar el sistema recomendado por Bello para escribir la historia. Su actitud oscila entre la tendencia erudita, que la domina casi por completo, y la que podríamos llamar, si se nos permite, la expresión, cultural. “Cuando Voltaire requería una *Filosofía de la Historia*—escribe Schneider— una consideración filosófica de la Historia, su oposición a la ciencia de la Historia de los eruditos especialistas de su tiempo, se proponía poner unidad y coherencia en el material histórico todo (*Historia del mundo y del hombre*), abrir nuevos campos a la investigación (*Historia de la cultura. Psicología de los pueblos*), poner el saber histórico al servicio de la ilustración de la Humanidad (*propagar conocimientos cívicamente útiles y conducentes a la obtención de un Estado racional*), y, además de todo esto, deleitar el espíritu. La historia erudita se le aparecía como un caos incoherente de hombres y números, o como una fragmentaria visión enfocada dinásticamente, y como mero ornato para políticos de antigua escuela dilettantis, labor bárbara y fastidiosa. Por eso los historiadores eruditos de su tiempo objetaron a su nueva ciencia de la Historia, que ésta se salía del terreno en el cual pudiera adquirirse un conocimiento seguro, que despreciaba resultados comprobados y necesarios de la ciencia, sin los cuales no podía sostenerse ni propagarse ninguna soberanía, por lo cual resultaba superficial y, por lo tanto, cosa de mero pasatiempo”.

Casi toda la obra histórica de Barros Arana queda circunscrita a lo que se ha llamado, por los tratadistas de esta ciencia,

operaciones analíticas; o sea, ha dedicado una parte considerable de su inteligencia a establecer las condiciones generales del conocimiento histórico en la historia nacional. El procedimiento que ha empleado no ha sido otro que el de la crítica interna y externa, llamada también crítica de erudición. En esta labor de amplificación, que excluye sistemáticamente la síntesis por contraponérsele de un modo absoluto, ha sido un maestro imponderable. Ha recorrido pacientemente todos los grados en que ella se divide: la crítica externa o de erudición, o sea, de restitución, de procedencia, de clasificación de las fuentes; la crítica interna, llamada también de interpretación, la interna de negativa de sinceridad y de exactitud y la de determinación de los sucesos o hechos particulares. En realidad, ningún historiador chileno de su tiempo, ni el mismo Amunátegui, desarrolló una labor analítica en nuestra historiografía semejante a la suya. Pero ella le era imprescindible para la tarea que se había propuesto abordar, y que debía comenzar a llevar a efecto en plena madurez intelectual. Se comprende que nos estamos refiriendo aquí a la *Historia General de Chile*. Y es digna de anotarse esta circunstancia porque rara vez un historiador ha desempeñado al mismo tiempo funciones que parecen excluirse. En la tarea de depuración de los materiales para llegar a escribir después la historia, se han agotado las más fuertes voluntades y se han detenido las inteligencias más poderosas. Siempre se recuerda el caso de Menéndez Pelayo. No era otro su afán que llegar a publicar una historia crítica de la cultura y de las letras españolas. Al desenmarañar el bosque de la maleza, al estudiar los puntos oscuros que se presentaban en la investigación, fué alejándose más y más del objeto de su aspiración suprema. Al preparar el terreno, debió entrar previamente a discutir y estudiar una larga serie de temas o cuestiones que hoy son monografías acabadísimas, tratados definitivos de asuntos que necesariamente debían caber en su proyectada historia de las letras y cultura españolas. En el siglo XVIII, otro humanista de origen valenciano, el célebre historiógrafo Juan Bautista Muñoz, después de haber peregrinado siete años por los archivos y bibliotecas de la península colectando materiales para escribir su *Historia del Nuevo Mundo*, caía herido de muerte ante la inmensidad de la tarea que se había impuesto, y legaba a las letras castellanas y a la historiografía americana, el primer tomo de una obra que, al haberla llevado a feliz término, habría sido honra de su patria. El que vió la luz es sólo un elegante tomo de composición literaria.

No es necesario salir del campo de nuestra literatura para encontrar ejemplos parecidos a los recordados. ¿No aspiró Vicuña Mackenna a componer también una historia de Chile? ¿No fué ésta la gran aspiración de Medina? Sin embargo, lo que en Barros Arana fué un triunfo de la constancia, del método y de la inteligencia, en estos otros dos historiadores fué nada más que un proyecto malogrado, perdido en el campo de la pura erudición o de la literatura.

Sección, pues, de las más numerosas e importantes forman en el conjunto de las *Obras Completas* de Barros Arana, las relativas a las cuestiones de erudición y de alta crítica. La *Historia General*, por otra parte, es un tratado perfecto de lo que podríamos llamar un verdadero magisterio en esta clase de estudios. Las notas de ese libro son de tal manera nutridas en asuntos de crítica documental, de crítica de fuentes; son tan maravillosamente sabias en lo que respecta a la heurística y a la hermenéutica; son tan primorosamente acabadas en lo que dice relación con la bibliografía y la historia literaria de América y de Chile, que desglosadas de ese libro fundamental y ordenadas con inteligente discreción, formarían un volumen digno de la firma del mejor erudito alemán de la segunda mitad del siglo XIX.

Toda su juventud fué empleada para la erudición. A los 20 años—había nacido en 1830—ya comienza a desenvolver seriamente su afición a los estudios analíticos de historia nacional y americana. A los 24, inaugura la serie de historias generales. Es entonces, en 1854, cuando publica la *Historia General de la Independencia de Chile*. La composición y redacción de esa obra, de la más escrupulosa consulta, verdadera crónica diaria de los sucesos, escrita con dificultad, con afectada elegancia en su sencillez que imita al tono severo de los historiadores latinos, le demandó cuatro años de labor, pues en 1858 publicaba el tomo cuarto. Las condiciones del escritor, del investigador y del historiador están fijadas en este libro, y de ellas no habría de desprenderse jamás; salvo, naturalmente, las modificaciones que una mayor cultura, una más fuerte ilustración y un dominio más expedito de la pluma, debían irle imponiendo después. Desde entonces datan también sus primeras preocupaciones por escribir la *Historia General de Chile*. Ni un solo día dejó pasar sin consagrarle siquiera algunas horas a la investigación de los puntos oscuros o dudosos que ella le va presentando. Los viajes que realizó por el viejo continente y por los países de América, estaban orientados ha-

cia ese fin. A partir de 1858, en que concluye la *Historia de la Independencia* hasta 1881, en que inicia la redacción del manuscrito del primero, segundo y tercer tomo de la *Historia General de Chile*, que aparecen al año siguiente, 1884; a partir de 1891, en que ha publicado once volúmenes, ha realizado Barros Arana todos los estudios preliminares que habían de servirle de antecedente para el monumento de erudición, de sabiduría, de crítica, de constancia intelectual y patriotismo que representa esa obra. Dos viajes a Europa por España, Francia, Inglaterra y Alemania, le procuran una riquísima biblioteca americana, y le permiten hurgar en las librerías públicas y en los archivos españoles los documentos para fundar las aseveraciones de su historia. Las incursiones por los países americanos: Argentina, Perú, Brasil, Uruguay, no tienen otro objeto, aun cuando en algunas ocasiones llevara la representación de su patria. Cuando está en Chile, labora permanentemente en los archivos y en las bibliotecas. Consulta a los testigos de los sucesos históricos, edita los libros inéditos de los primitivos cronistas, y escribe sobre materias que deberá tratar más tarde en su libro fundamental. Durante 53 años investiga. En el curso de ellos, sin embargo, ha ocupado cargos en la administración pública, en la enseñanza oficial y en las luchas de partido. Ha sido diarista en periódicos de oposición y de combate. Rector del Instituto Nacional, Profesor en el primer colegio de la República, Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, Diputado al Congreso Nacional, Ministro Plenipotenciario, director de revistas literarias, autor de textos didácticos, y descuella como hombre de principios enterísimos, de pasiones violentas e incontrastables. Ha sido, además en el correr de ese medio siglo, consejero de hombres públicos, inspirador, director y conductor de la política liberal del país.

Ninguna de estas preocupaciones logra distraerle ni un sólo instante de la aspiración única de su vida. Y al mismo tiempo que esas actividades, en las cuales el ritmo del orden, del método y de la armonía más severamente espiritual presiden su existencia, Barros Arana parece llevar como por delante las últimas novedades de la alta cultura europea. Está al día en ciencias, en artes, en historia, en política, en geografía, en todos los conocimientos humanos, en fin, menos en filosofía, que no le interesa.

El caso de esta voluntad inquebrantable para el estudio, es mucho más original aun cuando se sabe que fué Barros Arana

un autodidacta. Un hombre que se formó solo. Poco le debió al colegio. Nada a la Universidad. Pero cuando cruzó los viejos claustros del Instituto Nacional, la enseñanza recibía una transformación total en 1843. El 25 de febrero de ese año—nos dirá el mismo Barros Arana—“fué dictado un nuevo plan de estudios secundarios que importó una reforma trascendental en la enseñanza pública. Ese plan fijaba un orden obligatorio de estudios, y comprendía, junto con el latín, la gramática castellana, el francés, la geografía, la cosmografía, la historia, las matemáticas elementales, la filosofía y la literatura. Recuerdo todavía, agrega, la impresión que produjo esta reforma entre los estudiantes y el mayor número de los padres de familia. Lamentaban la obligación de estudiar aquellos ramos que la ignorancia vulgar calificaba de innecesarios, como más tarde han calificado del mismo modo el estudio de la física, de la química y de la historia natural. Decíase generalmente que habiendo en Chile demasiado abogados, el gobierno había ideado esta innovación para reducir el número de los jóvenes que llegasen a la posesión de ese título”. Y hablando del curso que recibió esa enseñanza, de la cual él fué alumno, ha escrito: “Es curioso observar que hasta ahora no ha habido en Chile ningún curso del cual hayan salido tantos escritores más o menos sobresalientes. Baste recordar que junto con él (con Miguel Luis Amunátegui), estudiaron su hermano don Gregorio Víctor, don Eusebio Lillo, don Guillermo, don Alberto y don Joaquín Blest Gana, don Santiago Godoy, don Ramón Sotomayor Valdés, don Floridor Rojas, don Pío Varas, don Pedro Pablo Ortiz, don Ambrosio Montt, don Ignacio Zenteno, don Pedro León Gallo y varios otros que, aunque dotados de verdadera inteligencia, no han seguido más tarde una carrera propiamente literaria”. Entre estos nombres debe colocarse en lugar prominente, por cierto, el del propio Barros Arana. Durante nueve años recibió la enseñanza impartida en el primer colegio nacional por el polaco Domeyko y Antonio Varas. Abandonó las aulas secundarias en una plena adolescencia de primavera: a los 18 años. Ya entonces, al principiar los estudios de derecho en el mismo Instituto, afloró en él un mal grave. Sufría de una debilidad general, que a su opulenta familia de rancia estirpe pelucona, parecía más peligrosa por el recuerdo trágico de un hermano suyo, José, que pagó a esa misma edad un tributo temprano a la muerte, consumido por el mal de una tisis incruenta. El estudio no podía convenir a aquella naturaleza lisiada en flor. Hubo necesidad de subs-

traerla a la preparación intelectual que ansiaba el padre—un hombre rico, comerciante y agricultor acaudalado, político que militaba en las huestes de la tribu conspicua y señorial del peluconismo, y que más culto que la generalidad de sus paisanos, en sus mocedades, en el exilio de los chilenos en Buenos Aires, después de Rancagua, abrió generoso su bolsa para ayudar las empresas editoras e industriales de Benavente y Gandarillas, y también para la publicación de los escritos del padre Camilo Henríquez. (Después, cuando su hijo muestre una vocación irrefrenable por la lectura, será el mecenas que satisfaga sin reservas la pasión del muchacho).

He aquí cómo Barros Arana sólo recibió una cultura media en su juventud. No alcanzó los grados de la enseñanza secundaria, ni los de la universitaria. El latín fué el único ramo en que obtuvo una honrosa distinción: en filosofía, en matemáticas, en gramática, en historia, no alcanzó ninguna, aunque figura en los libros del Instituto como alumno aprovechado. A partir de su retiro de los claustros institutanos se formará el auto-didacta. Lo que debe a su esfuerzo como lector incomparable, provendrá de su tenacidad vasca, y las peculiaridades psicológicas de tal antecedente racial, se impondrán impertérritas en sus concepciones políticas, sociales, morales e intelectuales. Darán el tono de su obra literaria y el criterio de su sentido histórico.

No lleva un año todavía ausente de las aulas cuando se inicia en la vida literaria santiaguina, reducida y carente de interés. Se hace traductor de novelas históricas francesas, tales como el *Piquillo Aliaga*, de Eugenio Scribe; *El Caballero D'Harmental*, de Alejandro Dumas; y la *Historia de treinta horas o revolución de febrero de 1848* suscrita por Pierre et Paul, que entrega a los folletines de la ciudad del Mapocho y en los que ha colaborado con su hermano José, muerto precisamente al año siguiente en que aparecen esas publicaciones, en 1849.

Y como si un síno especial siguiera imperando en la orientación intelectual que emanaba de Bello, Barros Arana fué fiel a la doctrina de aquél hasta en la manera de iniciarse en la vida literaria. ¿No había dicho y repetido el venerable Rector de la Universidad, que una de las mejores formas de prepararse en el dominio de la lengua, en el arte literario y en la comprensión de la belleza estética para los jóvenes, era la traducción de las grandes obras clásicas del pensamiento, sobre todo de las que legó el genio latino? Los escritores de esa época y los

anteriores a ella, que recibieron la influencia del traductor del *Orlando Enamorado*, procedieron así. ¿No basta recordar el caso de Sanfuentes, de Amunátegui, de García Reyes, de Lasterria, de Guillermo Blest Gana, Blanco Cuartín y tantos otros, para probarlo?

Lo que va a despertar su vocación son sus lecturas históricas durante la estancia campesina. Llevado a la hacienda paterna para reponer su constitución débil y enfermiza, que a los suyos se antojaba trizada y en peligro de muerte, en los amplios y soleados cuartos de la casona colonial, arrumados en los anaqueles de la cuadra, el joven Barros Arana encontrará lo volúmenes de la *Historia Física y Política de Chile*, de Claudio Gay. Ellas entretendrán sus horas de soledad; le servirán para descubrir el imperativo de su alma hasta que, unido a Antonio García Reyes, erudito, a la vez que abogado y político, sea él quien le sirva de guía en sus lecturas históricas nacionales, y lo impulse a la investigación de los hechos. Ese será su conductor.—GUILLERMO FELIÚ CRUZ.

(Continuará).

EL HORIZONTE POLITICO

¿TIENE actualmente algún hombre de las razas blancas la mirada franca y capaz para ver lo que sucede en su alrededor en el globo terrestre? ¿Ojos, para ver la magnitud del peligro que amenaza a estas masas humanas? Yo no hablo de la multitud culta o inculta de nuestras ciudades, los lectores de diarios, el ganado electoral de los días de elección, donde desde hace tiempo, no existe ya una diferencia de rango entre electores y elegidos; sino que hablo de las clases *dirigentes* de las naciones blancas, en la medida en que no estén ya destruídas, de los hombres de estado, si acaso los hay; de los *verdaderos* conductores de la política y de la economía, de los ejércitos y del pensamiento. ¿Hay acaso alguien que mire más allá de estos años, de su continente, de su país, o aun más allá del estrecho círculo de su propia actividad?

Vivimos en un tiempo saturado de destino. Ha comenzado la época histórica más formidable no sólo de la cultura fáustica, de la Europa occidental con su enorme dinamismo, sino precisamente a causa de esta cultura, la más grande época de toda la

historia mundial, más grande y mucho más terrible que la de los tiempos de César y de Napoleón. ¡Pero qué ciegos están los hombres por sobre los cuales arrasa este destino, azotándolos, levantando o destruyéndolos. ¿Quién entre ellos ve y comprende lo que sucede y pasa en su derredor? Tal vez un chino o un hindú viejo y sabio—que mira al rededor suyo con un pasado milenario del pensamiento en su espíritu—pero ¡qué poco diferenciado, qué estrecho, qué mezquino es todo lo que se revela en las opiniones y en medidas prácticas en Europa Occidental y en América! ¿Quién de los habitantes del centro de los Estados Unidos comprende realmente algo de lo que sucede más allá de Nueva York y de San Francisco? ¿Qué sospecha un hombre de la clase media de Inglaterra de lo que se encuentra en germinación allá en el Continente? ¡Para qué hablar de la provincia francesa! ¿Qué saben todos ellos de la dirección en que se mueve su propio destino? Se lanzan palabras ridículas como «superación de la crisis económica», «inteligencia internacional», «seguridad nacional», y «autarquía», para «vencer» la catástrofe por el espacio de algunas generaciones por medio de prosperity y desarme.

Pero yo hablo aquí de Alemania, que en la tormenta de los hechos reales está más amenazada que cualquier otro país y cuya *existencia* está, en la acepción terrorífica de la palabra, en peligro. ¡Qué cortedad de miras, qué mediocridad bulliciosa dominan, qué de puntos de vistas provinciales aparecen, cuando se habla de los problemas máximos! ¡Que se funda dentro de nuestras fronteras el tercer imperio, o el estado soviético; que se suprima el ejército o la propiedad, los dirigentes de la economía o la agricultura, que se dé a los principaditos mucha independencia o se los suprima; que se permita a los señores de la industria y de la administración trabajar otra vez al estilo de 1900; o por fin hágase una revolución o proclámese la dictadura, para lo que ya se encontrará un dictador—cuatro docenas de personas están hace tiempo a la altura de todo esto—y todo ésto estará muy bien.

Pero Alemania no es una isla. Ningún otro país está enlazado de tal manera activa o pasivamente con el destino del mundo como ella. Tan solo su situación geográfica, la falta de límites naturales, la condenan a esto.

En el siglo XVIII y XIX ella era «la Europa Central», en el siglo XX es nuevamente como lo fué desde el siglo XIII, un país limítrofe contra el «Asia», y nadie tiene más necesidad de pensar política y económicamente por sobre las fronteras, que

los alemanes. Todo lo que sucede en la lejanía, proyecta sus círculos hasta el interior de Alemania.

Nuestro pasado se venga: los 700 años de lamentable pequeñez y provincialismo en el estado, sin un hálito de grandeza, sin ideas, sin meta. Esto no se puede recuperar en dos generaciones. Y la inmensa creación de Bismark adolece de la gran falta de no haber *educado* a la generación joven para las realidades de las nuevas formas de nuestra vida política. Se veía estas formas, pero no se las comprendía, no fueron adoptadas interiormente con sus nuevos horizontes, problemas y deberes. No se *vivía* con ellas. El alemán término medio abordaba, antes y después, los sucesos de su gran país de una manera partidista y particularista, esto es, estrecha y tontamente, con miopía. Esta manera pequeña de pensar empezó desde que los emperadores Hohenstaufen, que habían dominado hasta el Mediterráneo; y la Liga Hanseática que había imperado en toda la región entre el Escalda y Novgorod, sucumbieron, frente a otras potencias mejor fundamentadas a consecuencia de la falta de apoyo político desde el Hinterland. Desde entonces nos hemos encerrado en innumerables pequeñas patrias e intereses de grupo; hemos medido la historia mundial en el horizonte de éstos; soñábamos sedientos y pobres en un imperio de las nubes, para lo que se inventó la palabra «idealismo alemán». A este pensar *pequeño*, intra-alemán pertenece aún casi todo aquello que en forma de ideales y de utopías políticas ha salido del pantano del Estado de Weimar; todos los cuadros idealistas internacionales, comunistas, pacifistas, ultramontanos, federalistas, «arios», del Sacrum Imperium, del estado soviético o del tercer Reich. Todos los partidos piensan y actúan de tal modo como si Alemania estuviera sola en el mundo. Los sindicatos no ven más allá de los distritos industriales. La política colonial fué odiada siempre por ellos, porque no cabía en el esquema de la lucha de clases. Su estrechez doctrinaria no comprendía o no quería comprender, que el imperialismo económico era alrededor de 1900 justamente para el obrero, el postulado de su existencia, garantizándole la venta de sus productos y la obtención de materias primas, cosa que el trabajador inglés había comprendido hacía mucho tiempo. La democracia alemana se entusiasma por el desarme fuera de los límites del poderío francés. Los federalistas quisieran dividir el país, pequeño de por sí, otra vez en un atado de estados enanos, con el aspecto que antes tuvieron y dar así ocasión a las potencias extranjeras para lanzar al uno contra el otro. Los nacional-socialistas creen poder arreglarselas sin y contra el resto del mun-

do y edificar sus castillos en el aire sin tomar en cuenta la influencia contraria que viene desde afuera, callada, pero notoria.

A esto se añade *el miedo* generalizado *ante la realidad*. Nosotros, «los rostros pálidos» tenemos todos este miedo, a pesar de que sólo pocos, y la mayoría nunca, esté consciente de ello. Es la debilidad anímica de los hombres tardíos de las altas culturas, que en sus ciudades están separados de la tierra materna y por consiguiente, de la vivencia *natural* del destino, del tiempo y de la muerte. El hombre ha despertado demasiado; acostumbrado a la eterna reflexión acerca del ayer y del mañana, ya no soporta aquello que ve y que obligadamente tiene que ver: el camino *inamovible* de las cosas, la casualidad *sin sentido*, la verdadera historia con su paso sin compasión a través de los siglos, en los cuales el individuo ha sido introducido por el nacimiento en un punto determinado, sin lugar a protesta, con su pequeñísima vida privada. Esto es lo que quisieran olvidar, contradecir, negar. Huyen de la historia hacia la soledad, a sistemas imaginados e irreales, hacia alguna fe cualquiera, al suicidio. Esconden como un avestruz grotesco su cabeza en las esperanzas, los ideales, en un optimismo *cobarde*. Es así, pero no debe ser así; por lo tanto es de otra manera. El que canta en la noche en el bosque, canta porque tiene miedo. Por el mismo miedo grita hoy la cobardía de las ciudades su prentendido optimismo al mundo. Ya no soportan la realidad. Colocan su utopía del futuro en el lugar de los hechos—a pesar de que la historia no se ha preocupado nunca aun de los deseos de los hombres—desde el país maravilloso de Jauja de los niños chicos hasta la paz mundial y el paraíso del trabajador de los grandes.

Por poco que se sepa de los acontecimientos del futuro,—la forma general de estos hechos y su paso por los tiempos se pueden conocer por medio de la comparación con otras culturas,—es seguro que las fuerzas que nos impulsan no serán otras que las del pasado: La voluntad del más fuerte, los instintos sanos, la raza, la voluntad de propiedad y de poder; y por encima de esto, pero sin efecto, pasan los sueños, que siempre seguirán siendo sueños: justicia, felicidad y paz.

A esto se añade con respecto a nuestra cultura y desde el siglo XVI, la imposibilidad creciente para la mayoría, de comprender, y mucho más de dominar los sucesos y situaciones de la gran política y de la economía, con las fuerzas que la mueven y sus tendencias cada vez más enredadas y menos claras. Los verdaderos hombres de Estado se hacen cada vez más raros. La mayoría de las cosas que en la historia de estos siglos se «hicieron» y no sólo «sucedieron» han sido hechos por semi-cono-

cedores y diletantes. Pero en todo caso podían fiarse en los pueblos, cuyo instinto los dejaba hacer. Sólo hoy este instinto ha llegado a ser tan débil, y la crítica habladora en su alegre ignorancia tan fuerte, que existe el peligro creciente de que un verdadero hombre de Estado no sea aceptado instintivamente o soportado de malas ganas, sino que por la resistencia que oponen todos «los que lo saben mejor», esté imposibilitado para hacer lo que hay que hacer. Lo primero lo experimentó Federico el Grande, lo último casi fué el destino de Bismark. La grandeza y las creaciones de tales conductores la aprecian sólo las generaciones tardías y ni aún ellas. Pero es importante, que los contemporáneos se limiten al desagradecimiento y a la incompreensión, y no pasen a una activa oposición. Especialmente los alemanes sobresalen por el hecho de desconfiar de las acciones creadoras, de criticarlas, de anularlas. La experiencia histórica y la fuerza de la tradición, como se encuentran en la vida inglesa, no existen para ellos.

El pueblo de los poetas y pensadores está en vías de llegar a ser un pueblo de habladores y de incitadores.

Todo verdadero jefe de estado es impopular. Como consecuencia del miedo, de la cobardía y del desconocimiento de sus contemporáneos; pero aun para comprender esto hay que ser más que un «idealista».

Aun nos encontramos en la *era del racionalismo*, que empezó en el siglo XVIII y termina rápidamente en el siglo XX. Todos somos sus creaturas, sepámoslo o no, creámoslo o no. La palabra es corriente para todo el mundo, pero ¿quién sabe todo lo que ella implica? Es la altanería del espíritu ciudadano, desarraigado, al que ningún instinto fuerte guía, el que mira con desprecio el pensamiento de la sangre de los tiempos pasados y la sabiduría de las viejas familias campesinas. Es el tiempo en que cada uno sabe leer y escribir y, por lo tanto, quiere hablar y saber todo mejor. Este espíritu está poseído por conceptos,—lo nuevos dioses de este tiempo—, y hace la *crítica* del mundo: Este no sirve de nada; nosotros lo podemos hacer mejor; levantemos un programa del mundo mejor. ¡Nada es más fácil que esto, cuando se tiene espíritu! Aquello se realizará por sí solo. Por el momento lo llamaremos «el progreso de la humanidad». Como tiene un nombre, tiene que existir. Quien duda de ello es tonto y reaccionario, un hereje, principalmente un hombre sin virtud democrática: ¡quitadlo del camino! Así ha sido vencido el miedo ante la realidad, por la altanería espiritual, por la presunción, que se debe a la ignorancia en todas las cosas de la vida, por la pobreza anímica, por la falta de respeto y por

último, por la ignorancia acerca del mundo; porque nada es más ignorante que la inteligencia desarraigada de la ciudad. En las oficinas de contabilidad y clubs ingleses se la llamaba COMMON SENSE, en los salones franceses ESPRIT, en los gabinetes de los sabios alemanes LA RAZÓN PURA. El optimismo cómodo de los filisteos de la cultura comienza a no temer ya los hechos elementales de la historia, sino a despreciarlos. Cada uno de «los que lo saben mejor» quiere incorporarlos en un sistema extraño a la experiencia: hacerlos conceptualmente más perfectos de lo que son, saberlos súbditos del espíritu, porque ya no los vive, sino sólo los «conoce». Esa tendencia doctrinaria hacia la teoría por ausencia de experiencia, o más bien dicho, por falta de capacidad para hacer experiencias, se exterioriza literariamente en la concepción incesante de sistemas y utopías políticas, sociales y económicas, y en la práctica en una furia para la *organización*, la que llega a tener una finalidad abstracta en sí misma y cuyas consecuencias son las burocracias que se aniquilan en su propia inutilidad o aniquilan a organismos aún vivientes.

En el fondo, el racionalismo no es más que crítica y el crítico es lo opuesto al creador: deshace y reconstruye; concepción y nacimiento le son extraños! Por eso es su obra artificiosa e inerte, mata cuanto es verdadera vida. Todos los sistemas nacieron en el papel, metódicamente y de una manera absurda, y sólo viven en el papel. Esto se inicia en el tiempo de Rousseau y de Kant, con ideologías que se pierden en lo general. En el siglo XIX se pasa a construcciones científicas, con métodos de ciencias naturales, físicas y darwinianas—sociología, economía nacional, concepción materialista de la historia—y tienen su última prolongación en el siglo XX en lo literario de la novela de tesis y en los programas de partido.

Pero no hay que equivocarse: (1). Ambos son racionalistas hasta la médula, Kant no menos que Voltaire y Holbach, Novalis como Proudhon; los ideólogos de las guerras de liberación del mismo modo como Marx; la concepción materialista de la historia en el mismo grado como la idealista. No importa que se estime que su «sentido» y «fin» sea el «progreso», la «técnica», y «la libertad», «la felicidad de la mayoría» o el florecimiento del arte, de la poesía y del pensamiento. En ambos casos no se ha observado que el destino en la historia depende de fuerzas muy otras y más robustas. La historia de los hombres, es la historia de las guerras. De los pocos historiadores de rango

(1) Al racionalismo pertenecen por igual el idealismo y el materialismo.

que hubo, ninguno a llegado a ser popular y entre los hombres de estado, Bismark llegó a serlo, sólo cuando ya no le servía de nada.

Pero del mismo modo como el idealismo y el materialismo, es el romanticismo la expresión del engreimiento racionalista por falta de sentido para las realidades. Están emparentados en lo más hondo, y sería difícil en un romántico del terreno político o social, encontrar el límite entre estas dos direcciones del pensamiento. En todo materialista notable hay escondido un romántico (1).

Es cierto, que los materialistas y los románticos desprecian el espíritu frío, plano, y metódico de los otros; pero éstos podrían hacer lo mismo con los mismos medios y la misma vanidad. El romanticismo no es seña de instintos fuertes, sino de un intelecto débil que se odia a sí mismo. Todos son infantiles, esos románticos, hombres, que permanecieron demasiado tiempo o siempre en la niñez; sin fuerza para la autocrítica, con eternos impedimentos que salen de la propia conciencia de la debilidad personal, e impulsados por el pensamiento enfermizo de cambiar la sociedad, que les parece demasiado masculina, demasiado sana, demasiado sobria; no con el cuchillo y el revólver como en Rusia, ni Dios quiera, sino con nobles habladurías y poéticas teorías. ¡Ay de aquellos, que no tienen suficiente talento artístico, para sugestionarse de poseer la fuerza de creación que no tienen!

Pero aun en este caso son feminoideas y débiles: no son capaces de dar vida a una gran novela, a una tragedia sobria, austera, menos erégir una filosofía armónica en sus partes y fuerte; sólo aparece una lírica, interiormente amorfa, compuesta de esquemas sin sangre, de pensamientos fragmentarios, extraños al mundo, y enemigos del mundo hasta lo absurdo. Así fueron también los eternos «jóvenes» después de 1815, con sus pipas de tabaco y su levitas arcaizantes; también lo fueron Jahn y Arndt. Ni aun Stein pudo refrenar lo suficiente su gusto romántico por las antiguas organizaciones de estado, como para hacer en la diplomacia un uso útil de su gran experiencia práctica. Es cierto, que ellos eran heroicos y nobles, y dispuestos en cada instante a ser mártires, pero hablaban demasiado de la esencia de lo alemán y muy poco de la unión aduanera y de los ferrocarriles; y por eso fueron sólo un obstáculo para el verdadero futuro de Alemania: ¿Ha oído usted el nombre del gran Fe-

(1) Los Enigmas del Mundo, de Haeckel, por ej., es el libro de un visionario de débil lógica. Porque la fe, que es más fuerte que todas las demostraciones, caracteriza al romántico.

derico List, que se suicidó en 1846, porque nadie comprendió ni apoyó sus proféticos proyectos en el terreno de lo político, o sea, la construcción de una economía nacional alemana? Pero los nombres de Arminio y de Tusnelda los conocían todos.

Y exactamente los mismos jóvenes existen hoy otra vez, inmaduros, sin experiencia alguna ni buena voluntad para hacerla, pero hablando y escribiendo alegremente sobre política, entusiasmados por los uniformes y las insignias, y con una fe fanática en cualquier teoría. Hay un romanticismo social del comunista entusiasta, un romanticismo político que cree que las cifras de las elecciones y la embriaguez de los discursos a las masas, son hechos. Existe un romanticismo económico que corre tras las teorías monetarias concebidas por cerebros enfermos y sin conocimiento alguno de las formas internas de la verdadera economía. Estos «jóvenes» sólo pueden existir dentro de la masa, porque ahí pueden apaciguar el obscuro sentimiento de su debilidad multiplicándose. Y a eso lo llaman superar el individualismo. Y son como todos los racionalistas y románticos, sentimentales como un cancionero. Ya el «Contrato social» y los derechos del hombre datan de la época de la sensiblería. Burke, como verdadero hombre de estado, acentuaba frente a este problema, y con razón, que ellos allá no pedían sus derechos como hombres, sino como ingleses. Esto lo decía pensando práctica y políticamente, y no de una manera racionalista; racionalista a causa de la indisciplina de los sentimientos. Esta mala sentimentalidad que impregna todas las corrientes teóricas de estos dos siglos, el liberalismo, el comunismo, el pacifismo y todos los libros discursos y revoluciones, tienen su origen en la falta de dominio del alma, en la debilidad personal y en la falta de disciplina que pueda dar una tradición antigua y severa. Esta sentimentalidad es «burguesa» o «plebeya», en el grado en que estas palabras son insultos. Ella aprecia las cosas humanas, la historia, el destino político y económico, desde abajo, desde la ventana de la buhardilla, desde la calle, desde el café literario, desde la asamblea popular; y no desde la altura y desde la lejanía. Odia toda especie de grandeza, todo lo que sobresale o domina, lo que es superior. Para ella, construcción significa la destrucción de todas las creaciones: de la cultura, del estado, de la sociedad, hasta reducirlas al nivel de la «gente chica»; más arriba del cual no alcanza su pobre sentimiento en actitud de comprensión. Y sólo eso es hoy amigo del pueblo; porque pueblo significa en boca del racionalista y del romántico, no la nación estratificada y plasmada por el destino en el transcurso de los tiempos, sino aquella parte de la masa amorfa que cada uno

reconoce como su semejante, desde el «proletariado» hasta la «humanidad».

El dominio del espíritu ciudadano y desarraigado declina hoy y aparece el escepticismo como una última manera de comprender las cosas tal como ellas son. Así tenemos la duda fundamental con respecto al sentido y al valor de la reflexión teórica, la duda acerca de su capacidad de aclarar verdaderamente algo crítico y conceptualmente, o de realizar por medio de ella algo en la práctica. El escepticismo es la gran experiencia histórica y fisiognómica, el criterio insobornable para juzgar los hechos reales, el verdadero conocimiento de los hombres que enseña como el hombre fué y es y no como debería ser. El escepticismo es el verdadero pensamiento histórico que enseña entre otras cosas, con qué frecuencia han existido ya estas edades de la crítica omnipotente y qué escasa transcendencia tuvieron. Hace guardar el respeto por los hechos del mundo, que interiormente son y siguen siendo misteriosos, impenetrables, que sólo podemos describir y no explicar y que no pueden ser dominados ni por medio de programas ni con sistemas sentimentales, sino que exigen hombres de raza fuerte que constituyen por sí mismos hechos históricos. Este duro saber histórico que acerca de los hechos empieza en este siglo, es insoportable para las naturalezas blandas e incontenidas. Odian a aquel que las descubre y lo llaman un pesimista. Ahora bien, este pesimismo fuerte, que tienen los grandes hombres de acción, que conocen al hombre y lo desprecian, es muy diferente al pesimismo de las almas pequeñas y cobardes, que temen a la vida y que no soportan mirar la realidad. La vida anhelada dentro de la felicidad, sin peligro y pacífica, es aburrida, senil, y, por lo demás, es sólo pensable; no es posible. En este hecho, en la realidad histórica, naufraga toda ideología.

En lo que se refiere a la situación actual del mundo, estamos todos en peligro de apreciarla mal. Desde la guerra civil americana (1865), la guerra franco-alemana (1870), y el tiempo victoriano se extendió sobre los pueblos blancos un estado inverosímil de tranquilidad y seguridad, una existencia pacífica y despreocupada. En todos los siglos se buscaría inútilmente algo semejante. El que ha vivido ésto u oye a otros hablar de ello, se ve obligado a creer, que ese estado es el normal, y a concebir la horrible realidad actual como una interrupción al estado natural, esperando que todo «vuelva a ser como antes». Bien, esto no sucederá. Algo así no volverá nunca más. No se conocen las razones que produjeron aquel estado de bonanza insostenible por mucho tiempo. El hecho de que los ejércitos permanen-

tes y siempre crecientes hacían de una guerra algo tan lleno de factores imprevistos que ya ningún hombre de estado se atrevía a hacer una guerra; el hecho de que la economía técnica se encontraba en un período de movimiento febril, que debía tener un fin rápido por apoyarse en condiciones obligadas a desaparecer rápidamente; y por ambas razones los pesados problemas no resueltos del tiempo se postergaban para los hijos y nietos, como mala herencia para las generaciones venideras. Ellos postergaron de tal modo la resolución de estos problemas que ya ni creían en su existencia, a pesar de que amenazaban con una tensión creciente desde el futuro.

Una guerra larga pocos la soportan sin que sucumba su alma; una paz larga no la soporta nadie. El tiempo de paz desde 1870 hasta 1914 y su recuerdo ha hecho a los hombres blancos, satisfechos, codiciosos, incapaces de juzgar, y de soportar la desgracia. Las consecuencias de esto las vemos en las imágenes utópicas y en las peticiones con que se levanta hoy día todo demagogo, peticiones a la época, a los estados, a los partidos y sobre todo a «los otros», sin recordar siquiera los límites de lo posible, los deberes, los trabajos y las renunciaciones.

La paz demasiado larga, sobre el suelo conmovido por una excitación creciente, es una terrible herencia. Ningún hombre de estado, ningún partido, apenas algún pensador político está hoy tan seguro, como para decir la verdad. Todos ellos mienten y cantan en el coro de la multitud mimada e ignorante, que en el mañana quiere estar en la situación de antaño y aun mejor. Los hombres de estado y los dirigentes de la economía deberían conocer mejor la terrible realidad. Ellos mienten, pero sin conocer la verdad. Pero, ¿qué jefes tenemos hoy en el mundo? Este oportunismo cobarde y deshonesto que anuncia todos los meses la coyuntura que «vuelve», la prosperidad, en el momento en que un par de especuladores hacen subir ligeramente los cambios; el fin de la desocupación en el momento en que en alguna parte se ha dado cabida a cien hombres; que habla de la «inteligencia» entre los pueblos tan pronto como la Liga de las Naciones ese enjambre de veraneantes que hacen vida parasitaria en el Lago de Ginebra, toma algún acuerdo. Y en todas las reuniones y diarios resuena la palabra crisis como la expresión de una interrupción pasajera del bienestar, con lo que se miente sobre el hecho de que se trata de una catástrofe de una magnitud inconmensurable, o sea la forma normal en que se realizan los grandes cambios de rumbo en la historia mundial.

Porque vivimos en un tiempo poderoso. Es el más grande que haya vivido y vivirá la cultura del occidente, la misma que ha

vivido, la Antigüedad desde Canas hasta Accio, la misma en que sobresalen los nombres de Aníbal, Escipión, Graco, Mario, Sila y César.

La guerra mundial ha sido para nosotros sólo el primer relámpago de la nube de la tempestad que cargada de fatalidad pasa por encima de este siglo. La estructura del mundo se transforma ahora desde sus bases, como sucedió al comienzo del Imperio Romanum, sin que se preste atención a lo que quiere y desea la mayoría, y sin que se cuenten los sacrificios que exige cada una de estas decisiones.

¿Pero quién comprende ésto? ¿Quién soporta esto? ¿Quién se considera feliz de vivir en esta época? El momento actual es muy grande, pero tanto más pequeños son los hombres. Ya no soportan la tragedia, ni en el escenario, ni en la realidad. Quieren el happy end de la lectura de entretenimiento, miserables y cansados como están. Pero el destino, que los arrojó a estos decenios, los toma del pescuezo y hace con ellos, lo que hay que hacer, quieran o no. La cobarde seguridad del fin del siglo pasado, ha concluído. Ahora sólo cuenta el hombre que arriesga algo, que tiene el valor de ser y de tomar las cosas tal como ella son. Ese tiempo viene—no, ya ha llegado—y no tiene cabida para almas delicadas e ideales raquíuticos.

La barbarie antiquísima que durante siglos estaba presa y escondida bajo la rigidez formal de una alta cultura, despierta ahora, cuando está realizada, y ha comenzado la civilización. Aparece la alegría belicosa y sana ante la propia fuerza, la que estaba despreciada por la época del pensamiento racionalista, ahogada en literatura; surge aquel instinto no quebrantado de la raza que quiere vivir de otra manera que bajo la opresión de la masa de libros leídos y de los ideales de estos libros. En los pueblos de Europa occidental vive aún bastante de esto, también en las praderas americanas y más allá en la gran llanura nor-asiática donde crecen los conquistadores del mundo.

¿Es esto pesimismo? Quien lo siente así necesita de la piadosa mentira o del velo de los ideales o utopías, para protegerse del espectáculo de la realidad, para salvarse de ella. Es posible que esto haga la mayoría de los hombres blancos durante este siglo; pero lo harán también en el siguiente. Sus antepasados, en tiempos de las migraciones y de las cruzadas, eran diferentes. Despreciaban esta actitud como una cobardía. Por cobardía ante la vida apareció en la cultura hindú en la misma etapa de la vida histórica, el budismo y las corrientes afines, que ya comienzan entre nosotros a estar de moda. Es muy posible, que una religión tardía del occidente esté en gestación. Tal vez bajo ro-

pajes cristianos, tal vez no, ¿quién puede saberlo? La renovación religiosa contiene principalmente la posibilidad de formación de nuevas religiones. Las almas cansadas, cobardes y seniles, quieren huir en este tiempo hacia algo que, por medio de la rareza de sus doctrinas y ritos, sea más apropiadas para merecer en el olvido que lo que logran hacer las iglesias cristianas. El credo quia absurdum ha tomado nuevamente la delantera. Pero la profundidad del sufrimiento por el mundo,—un sentimiento que es tan viejo como la reflexión acerca del mundo mismo,—y la queja acerca de lo absurdo que es la historia, y por la crueldad de la vida que no sale de las cosas, sino del *pensamiento enfermo* acerca de ellas. Este es el juicio aniquilador sobre el valor y la fuerza de la propia alma. Una profunda mirada por el mundo, no sale necesariamente colmada de lágrimas.

Hay un sentimiento nórdico del mundo—desde Inglaterra hasta el Japón—lleno de alegría por el peso del destino. Se le provoca para vencerlo, y se sucumbe orgulloso cuando aquel se muestra más fuerte que la propia voluntad. Así fué la concepción en las partes no apócrifas del Mahabharata, que dan cuenta de la lucha entre Kurus y Pandus. También en Homero, Píndaro y Esquilo, en las epopeyas heroicas de los germanos, en Shakespeare y en muchos cantos del Schuping Chino y en el círculo de los samurai japoneses. Esta es la *concepción trágica de la vida*, que no ha desaparecido hoy día, que en el futuro tendrá un nuevo florecimiento, como ya lo ha tenido en parte en la guerra mundial. Por esto es que todos los grandes poetas de las culturas nórdicas han sido trágicos; y es la tragedia, más que la balada y la epopeya, la forma más profunda de este pesimismo valiente. Quien no puede vivir una tragedia y no la puede soportar, tampoco puede ser una figura de trascendencia mundial. Quien no puede vivir la historia como en realidad es, trágica, saturada de destino, ante los ojos de los adoradores de lo útil y por lo tanto sin sentido, fin ni moral—, no es capaz de hacer historia. Aquí se separa el ethos superior del inferior—, en el ser humano. La vida del individuo no tiene importancia para nadie, más que para sí mismo. Lo decisivo es si uno quiere salvar su vida de la historia, o si la quiere sacrificar alegremente en ella. La historia no tiene nada que ver con la lógica humana. Una tormenta, un terremoto, una corriente de lava que destruya la vida sin elegir, se puede comparar a los sucesos elementales y sin plan de la historia del mundo. Y aunque los pueblos sucumban, y sean derrumbadas o destruídas por el fuego, las ciudades y antiguas culturas, la tierra sigue dando vueltas con toda tranquilidad y el sol y las estrellas siguen su camino.

El hombre es un animal de presa. Lo repetiré siempre. El «virtuoso» y el moralista que quieren estar o llegar más allá de esto, sólo son animales de presa con los dientes mochados, que odian a los demás por sus ataques, y que evitan sabiamente hacerlos. Miradlos, pues: son demasiado débiles para leer un libro sobre la guerra; pero se aglomeran en la calle cuando ha habido un accidente, para excitar sus nervios con la sangre y los gritos, y cuando no se atreven ni a presenciar esto siquiera, lo gozan en el cine y en los diarios ilustrados. Si llamo al hombre un animal de presa, ¿a quién he ofendido con esto, al hombre, o al animal? Porque los grandes animales de presa son criaturas nobles, de la especie más perfecta y sin la hipocresía de la moral humana, que proviene de la debilidad.

Gritan: ¡no más guerra!—pero quieren la *lucha de clases*. Se indignan cuando se ejecuta a un asesino voluptuoso, pero gozan secretamente cuando saben del asesinato de un adversario político. ¿Qué han dicho acaso contra la carnicería de los bolcheviquis? No, la lucha es el *hecho primario* de la vida, *es la vida misma*, y ni aun el más miserable de los pacifistas es capaz de eliminar totalmente de su alma el gusto por ella. Por lo menos teóricamente quisieran atacar y aniquilar a todos los contrarios del pacifismo.

Cuanto más nos acerquemos al cesarismo del mundo fáustico, tanto más claramente se mostrará quien, desde el punto de vista ético, está destinado a ser sujeto u objeto del suceder histórico. La triste caravana de los enmendadores del mundo, que desde Rousseau ha trotado a través de los siglos, dejando como único monumento de su existencia, montañas de papel impreso, ha terminado. Los césares tomarán su lugar. La gran política, como el ARTE DE LO POSIBLE, lejos de todos los sistemas y teorías, como la maestría de manejar a los hechos como conocedor de ellos; el gobernar el mundo como el buen jinete gobierna a su caballo con la presión de los muslos, asume nuevamente su derecho eterno.

Por esto quiero en este libro mostrar solamente, en qué situación histórica se encuentran Alemania y el mundo, y cómo esta situación se desprende necesariamente de la historia de los siglos pasados, para llegar, sin poderse esquivar, a ciertas formas y soluciones. Esto es destino. Se le puede negar, pero con esto se niega uno mismo.

Del libro «Jahre der Entscheidung» (Años de decisión) de Oswald Spengler. Traducido especialmente del alemán, para la Revista *Atenea* por Luisa Frey Gabler.

PEDRO LIRA

EL HOMBRE Y EL ARTISTA

DENTRO del arte chileno, pocos son los hombres que tengan una personalidad más fuerte y definida que la de Pedro Lira. No sólo se le encuentra interesante como pintor, como conductor de grupos de artistas, sino que también atrae nuestra atención como hombre, como maestro y como individuo sociable. Si no hubiese sido un gran pintor, habría sido un gran abogado; pero si no hubiese sido ninguna de ambas cosas, siempre habría sabido interesar como crítico y como animador, dentro del medio en que se le hubiese colocado o en el que le hubiese cabido en suerte vivir.

Cada vez que me asomo a un salón, cada vez que estoy con un grupo de pintores, cada vez que se trata de hablar o de juzgar pintura, ya sea ésta chilena o extranjera, la figura del maestro Lira está presente, no sólo en mi recuerdo, sino que me parece verlo actuar, discutir, definir escuelas, dar opiniones; me parece verlo pequeño, fino, con unos ojos que conservaban un brillo infantil y puro, ojos que se tornaban agudos cuando trataba de convencer, tiernos cuando protegía a un discípulo, o bondadoso cuando de su boca emanaba una frase de aliento para todo aquél que se acercaba a su taller, en busca de una opinión o de un consejo. Desbordante de vida, valiente en la polémica, enamorado a veces de ésta, ya que contaba con una magnífica memoria y con una enorme documentación artística adquirida en sus viajes por Europa, arremetedor, este hombre pequeñito y aristocrático por ideas y por familia, sorprendía por su fuerza interna y por el calor que ponía en sus juicios u opiniones.

Puede decirse de él que durante toda su vida, o durante la mayor parte de ella, condujo al arte chileno, en una época que fué la más difícil de todas, cuando nuestro público no contaba con cultura alguna artística, cuando no había ambiente de ninguna especie, cuando no había dinero para estimular con eficacia al artista y cuando eran muy pocos los que entendían de arte, no más de dos docenas de hombres como perdidos en este Chile pobre y buscador de minas.

El criollo macuco, aquél que ya se había ilustrado un poco en materia artística, empezó a desconfiar de él, porque le

juzgaba absorbente, dictador a veces, y las más, mandón y apasionado por imponer sus ideas. No se veía claramente que todo aquéllo eran cualidades de jefe de escuela, de conductor de multitudes artísticas que necesitaban de su preparación para marchar por el mundo complejo del arte. Había tanta diferencia hace cuarenta años entre la cultura de Pedro Lira y la que tenía el mundo que le rodeaba, como la habría hoy entre un profesor de escuela primaria y el rector de la Universidad. Entre sus mismos discípulos empezó a haber deserciones, que tuvieron siempre un fondo de ingratitud hacia aquel hombre que muchas veces echó mano a su bolsillo para socorrer a un pintor necesitado, comprándole un cuadro, acto que no sólo entrañaba generosidad, sino aun más: la discreción, el no ofender al artista con una dádiva, sino que darle la ilusión que se hacía aquel acto, más que por bondad, por interés artístico.

¡Cuántas veces no oí en los talleres de pintores menestero-
so, esta frase, dicha con orgullo y enorme satisfacción:

—¡El maestro Lira me compró un cuadro de mi exposición!

No todo el mundo puede comprender claramente el enorme alcance de esta acción, que a simple vista parece tan sencilla y tan corriente. Hay que haber vivido en ese medio de arte, saber lo que vale para un pintor o un escultor un estímulo de esta naturaleza, todo lo que él encierra, el mundo de fuerza secreta y de confianza en sí mismo, que ese acto entraña. Y lo más hermoso, era la manera tan inteligente con que Lira hacía aquello, el tacto exquisito que ponía en esto. Yo le vi muchas veces, yo le observé en estas ocasiones. Llegaba a una exposición, veía el conjunto, estimulaba al autor de los cuadros, definía tendencias, discutía, evocaba cosas extranjeras, obras europeas y las relacionaba con las que tenía delante, y poco antes de marcharse, muy modestamente, como el más humilde comprador, se acercaba al autor, y le manifestaba interés por adquirir una tela determinada, sin que jamás hiciese alguna observación en el precio. O bien, después de recorrer toda una sala de exhibición, se detenía más largo tiempo ante una tela, la aplaudía, y luego silencioso, sacaba una tarjeta de su cartera y la metía entre el marco y el cuadro, con la anhelada palabra: "Adquirido". Y no era sólo una compra, sino a veces dos o tres, en una misma exposición, y así pude ver su taller lleno de cosas pintadas por sus discípulos o por gente que no lo era, ostentadas con cierto orgullo de dilettante curioso y apasionado por la labor ajena.

Se acaloraba cuando alguien no estaba de acuerdo con él en cuestiones de arte. Era natural, todo eso dentro de su temperamento, porque nunca miraba ese hombre las cosas de arte con indiferencia. Entonces se ponía en guardia, afilaba el ingenio, buscaba frases, resquicios, huecos, puntos débiles del contrario, y por allí se deslizaba su argumentación, viva, arrolladora, destinada desde ese momento a hacer desaparecer al contrario para que triunfasen sus ideas. Y triunfaba casi siempre. No le era difícil, porque para ello le ayudaban su autoridad, su cultura y, sobre todo, su documentación. Agreguemos a todo esto, su astucia de polemista y su enorme malicia de conocedor de las gentes, sobre todo de las gentes de arte.

Había veces que no le bastaban las ideas puramente artísticas; entonces echaba mano de la sátira, para desautorizar al contendor o para poner en la picota, ante las gentes que le conocían, a su rival. Nunca se me olvida cuando un tiempo estuvo distanciado de un discípulo suyo, que es hoy día un maestro, y a quien él era el primero en admirar. Era en tiempos del Salón, y llegaba entonces el maestro Lira sonriente, con mirada maliciosa, su cigarrillo sostenido por unas tenacillas de oro, y ya cuando veía reunido un grupo nutrido de pintores, decía:

—Oigan ustedes estas coplas que he hecho dedicadas a Fulano. Y las decía, y todos reíamos, y se quedaba pensando que había ganado un palmo de terreno en el triunfo de lo que él perseguía. ¿Que en el fondo de todo eso había mucho de ingenuidad y de infantilismo? Posiblemente, pero esos hechos revelan mejor que nada, esta naturaleza ardiente, dinámica, jamás indiferente a las cosas que se relacionaban con el arte.

Le conocí el año 1903, en una apertura de Salón en nuestra Quinta Normal. Hablaba rodeado de un nutrido grupo de alumnos y de maestros. Me cautivó su charla, eran muy sabrosos sus comentarios y, sobre todo, dejaba admirado por su memoria para retener los cuadros de los museos que había visto en su viaje por Europa. Me acerqué a él, frecuenté su círculo, le erigí en maestro de mis primeras aficiones, y fueron varias las veces que llegué hasta su taller, que por ese entonces tenía en la Avenida Cumming, y cuya entrada era resguardada por la belleza fría y perfecta de una Venus de Milo, copia en yeso de la que tiritaba de frío allá al fondo de una de las galerías de escultura del Louvre, rodeada de rancios terciopelos que se caen de viejos, y teniendo por vecindad, en una

vitrina, pedazos de uno de sus tan discutidos brazos. Intimamos, tuve el honor de ser uno de sus amigos, y así fué cómo una vez, me propuso que fuese a escribir crítica de arte a "El Diario Ilustrado", donde él tenía su cátedra, con una autoridad indiscutible. Fué el año 1906, cuando abrió al público aquel gran Salón Libre, en oposición al Salón Oficial, que se celebraba en la Quinta. Lira se había disgustado con los dirigentes de las artes en aquel tiempo, y en son de protesta, abrió su Salón Libre, y yo fuí su crítico. Fué un gran Salón, instalado en un enorme patio, que por aquel entonces tenía en la calle de Ahumada el Centro Español.

¿Tenía o no razón el maestro Lira en esa deserción? Con seguridad que sí, porque en general, las artes en Chile han sido dirigidas tan sólo por gente de buena voluntad o, a lo más, por simples aficionados sin prestigio de verdad. Quizás fueron aquellas desinteligencias o disgustos por causa del Reglamento en las exposiciones anuales, ese reglamento que siempre ha sido la piedra de escándalo de todo pleito entre artistas.

Yo leía, o diré mejor, devoraba, los artículos que sobre crítica de arte escribía el maestro Lira, por aquel entonces en "El Diario Ilustrado". Eran crónicas muy breves, muy apretadas, muy llenas de ideas, donde no tenía cabida la frase hermosa o el pensamiento vestido con lujo. Era sobrio en sus críticas, trozos para ser leídos por gente de la profesión o para ser comentados en un taller a puerta cerrada. No llegaban al público, a la masa, diré mejor, pero eran sabios, técnicos y escritos con conocimiento cabal de la materia tratada. ¿Había un poco de pasión en ellos? ¡Quién lo duda! Eran escritos por el maestro y tenían que ser apasionados, porque llevaban mucho de su alma. Pero el fondo, contenían una gran cantidad de verdad, por lo cual no habría podido tildárseles de embusteros. La pasión residía en el elogio a un discípulo preferido o en el ataque a un enemigo. Pero este ataque no se cimentaba en la mala fe jamás, sino que siempre había allí un fondo de verdad artística. Como se sabía con autoridad, con prestigio, cuando atacaba era un ariete que arremetía, que despedazaba. Pero dad vuelta la medalla, ved el anverso, y poned en tela de juicio a uno de sus discípulos. Esa alma entonces vibraba llena de estímulo reconfortante y viril. Y así por él, fueron muchos los alumnos suyos que fueron a Europa. Recuerdo muy bien la tenaz campaña para que se embarcase Carlos Alegría a París. Escribía él en los diarios, y rogaba a sus amigos:

periodistas que también escribiesen. Hasta que por fin consiguió su idea, con esa tenacidad ardiente que ponía en todas sus empresas.

*
* *

Ya os he hablado del hombre y un poco del crítico, recordaré ahora al artista, al pintor y al animador de nuestras artes, ya que él fué uno de los que contribuyó a la fundación de nuestro Museo, en compañía de Miguel Blanco, que fué el de la idea, y del maestro Onofre Jarpa, en aquel palacete griego de la Quinta Normal, donde antes se celebraban las exposiciones anuales de pintura.

Lira no siempre pintó como aparece en sus últimos cuadros, hechos poco antes de su desaparecimiento del mundo. Sería éste el momento de preguntarse cuál fué su mejor época, si la última, la primera o la media. En realidad, en la época que podríamos llamar media, estada en Europa, o en seguida de regresar a la patria, es donde yo veo su mejor producción, la más espontánea y la más fuerte de todas. Es el momento del "Felipe II", es cuando pinta el retrato de su discípulo Burchard, medalla de bronce en el Salón de París (en ese entonces había un solo Salón, el oficial) y cuando mancha de óleo ese cuadro que es toda una academia y llamado "El Sísifo", todos éstos en nuestro Museo de Bellas Artes. No podríamos decir cuál de estas tres obras del pintor es la mejor. Son de tan distinto género, que al declarar una supremacía en calidad, pecaríamos por ingenuos o por imprecisos. Un cuadro de género o composición es el "Felipe II", el otro un retrato, y aunque de género es también el "Sísifo", su asunto se inclina al ensayo pictórico de una academia, como se llama este género de trabajos en jerga de taller. Para mí, definitivo, completo, cabal, totalmente logrado, es el retrato de su discípulo Burchard. Pintura realista, fuerte, sin alardes de facturismo, densa de aire, homogénea en su calidad, sin un desfallecimiento, gratisima a la mirada, espontánea por su trabajo, suelta de pincel y con una práctica de maestro. Es uno de los mejores retratos pintados por maestro chileno, uno de los mejores de nuestra pequeña picacoteca, digno compañero del de Valenzuela Puelma hecho al pintor Mochi. Acaso nunca Lira estuvo más acertado en un retrato, acaso nunca se reunieron en más armonioso consorcio todas sus cualidades de pintor y su fuerza de tem-

peramento, como en este retrato simple, lleno de vida y de carácter.

El "Felipe II", acusa un conocimiento cabal del oficio. Se destaca desde luego más el fraile dominico que el Rey, que parece pensar en la sombra, como figura de segundo término. No hay vacilaciones, no se cansa la tela, se pinta seguido y con agrado, a pesar de las dimensiones del cuadro, que se impone a la mirada y que tiene ese algo misterioso de toda obra duradera y seria. Los negros recuerdan a Velázquez, negros untuosos, ricos de pasta, generosos de materia, derramados con sabiduría. El asunto es un poco ingrato, adusto, frío, sin estímulo para la imaginación. Parece haber sido hecho ese cuadro como una demostración de saber pintar, de conocimiento del oficio.

No me detengo en el "Sísifo". Es, como toda academia, algo helado; para un taller, como recuerdo de una época de pintor. Acusa un dibujo admirable, una pupila fina ante el natural, exactitud para la transposición del modelo a la tela. No tiene personalidad. Lo mismo puede estar allí Lira, que otro pintor que conozca bien su *métier*. La composición es amplia, armoniosa, con cierta grandeza apropiada al tema.

Dos cuadros más del mismo en nuestro Museo: "El niño enfermo", y "En el balcón". Entre ambos no ha mediado una época muy larga. Creo que deben haber sido pintados con poca diferencia de tiempo. Su manera de ver es la misma, y sobre todo su visión pictórica acusa un estrecho parentesco. Ambos se alejan de la manera y de la impresión de los cuadros anteriores, del "Felipe II", del "Sísifo", del retrato de Burchard. "En el balcón" y en "El niño enfermo", Lira está más claro, más moderno, más inclinado a la visión impresionista. Su color es armónico, pero dentro de gamas más transparentes, menos profundas que las anteriores, acaso más rico de paleta. Un gris suave envuelve estas dos telas, ese gris que se adueñó de su visión durante una larga época, y que quizás le acompañó hasta su muerte. No hay en estos dos cuadros la espontaneidad que en los anteriores. Se ve que el maestro teme que se le diga atrasado, y quiere marchar con el momento. Su preocupación, en realidad, es algo ingenua, algo pueril, pero la fuerza del ambiente es tan poderosa, que le arrastra para pintar según los nuevos cánones. Era aquéllo el reflejo de los Mennet, de los Sisley, de los Pizarro, de todos aquellos jefes del impresionismo en Francia, que llegaba un poco retrasado a estas tierras de América. Lira les había visto, sin duda alguna

en París, pero ellos, en ese tiempo allá, eran *fauves*, y entraban tímidos a los salones en que reinaba Paul Laurens, Luminais,—que fué maestro de Lira—Cabanel, Cazin, con quien el maestro chileno tiene parentesco cuando pinta paisajes. Pero era el caso que aunque les conociese y les hubiese estudiado, con la inquietud artística que reveló siempre, no le arrastraron, como fué el caso de Juan Francisco González, cuyo temperamento vibró armoniosamente con los maestros impresionistas. Sin embargo, juzgó Lira que debía pintar como la corriente le decía, para que no dijese que se estancaba, y así hubo de cambiar radicalmente de visión, de manera y hasta de factura. Ya no fué liso, ya no fué sencillo, ni simple, sino que procuró manchar con desenfado, hacer larga su pincelada, derramar mayor cantidad de materia sobre la tela. Sus cuadros entonces, y entre ellos los dos que cito, por estar en nuestro Museo, “En el balcón” y “El niño enfermo”, aparecen hechos a la manera de los impresionistas; claro está que un impresionismo apenas insinuado, suave, y no la manera briosa, risueña y alegre de un Monet o de un Sisley.

Es de preguntarse: ¿Sentía él de verdad esa visión, ese estilo? ¿Su naturaleza pictórica esta conformada para pintar según esas nuevas doctrinas y esos nuevos cánones radicales? Creo que no. Y como su naturaleza y su psicología pictórica se violentaban, su labor no tenía ya la espontaneidad y la frescura de antaño, de sus primeros tiempos, cuando regresó de Europa, cuando pintó el retrato de Burchard, o cuando compuso el “Felipe II”. Era el año 1884. Su mejor época, a mi juicio, pleno dominio de las facultades, y como consecuencia, mayor profundidad y labor mejor lograda. Es romántico, es literario, es descriptivo, es poco pictórico, según se dice hoy día al hablar de los nuevos *fauves*; pero es más él, es más sincero, es más honrado, es más verdad. Funda la Unión Artística, organiza una exposición de cuadros extranjeros, e inicia la construcción del edificio que fué antiguo Museo, en la Quinta Normal. Produce con una facilidad asombrosa; se levanta a las seis de la mañana, desarrolla sus bocetos en el taller, cuando apenas viene el alba, y trabaja hasta cuando ya no queda ni un jirón de luz. Domina su oficio, domina a la opinión, a la crítica—en ese entonces había en Chile una crítica netamente literaria y apasionada, salvo la suya, que era técnica—y arrastra en pos de sí, a una falange enorme de discípulos, de entre los cuales salieron más tarde muchos que hoy son maestros consagrados: Valenzuela Llanos, Rafael Correa,

Eucarpio Espinosa, Pedro Reszka, y un poco más tarde, Rebolledo Correa, Julio Fossa, Carlos Alegría, Backaus, y muchos otros. Pero no es esto sólo, porque todavía le queda tiempo para hacer una obra admirable y de una gran utilidad universal, su "Diccionario de Pintores", que abarca desde los Primitivos, hasta los modernos que llegan al 1900. Esta obra, de una concisión grata a la consulta y de un alto sentido crítico, está a la altura de las mejores europeas, y revela en sus páginas un amor y un conocimiento profundo de la materia.

Pero antes de terminar, debemos estudiar al maestro Lira en otra faz de su temperamento, como paisajista. Hay también en nuestro Museo, una pieza de Lira de ese género, que aunque no lo muestra en todo lo que era en el paisaje, nos dice de sus facultades y de su visión. Ese paisaje de "La Quinta Normal", tiene grandiosidad y majestad. Le falta carácter, pero tiene condiciones pictóricas sobresalientes. Nos tocó hablar de esta pieza de pintura, en una crónica del Salón publicada en "El Diario Ilustrado". La dejaremos para mostrar a Lira como paisajista de un fuerte y profundo carácter chileno. Yo no podré olvidar sus caminos, este camino chileno melancólico y lleno de ambiente tranquilo. ¡Nadie como él ha sabido hacernos sentir con menos asunto: un callejón, murallas caídas, zarzamora criollísima, y por sobre todo, eso flotando un alma, que podríamos llamar el alma del paisaje chileno.

Y fué el paisaje, el género que le hizo grato y le amenizó los últimos días de su vida. Yo reconocería un paisaje de Lira entre miles de otros paisajes. Su gris era tan suyo, el color de sus olivos tenía un plata tan dulce, y sus asuntos obedecían siempre como a una determinada teoría de visión.

¡Nunca se elogiará bastante su paso por la vida y su labor! ¡Nunca se acabará de aplaudir todo lo que hizo en pro de nuestro arte! Cuando él cerró los ojos para siempre—el año 1912,—acercándose a los setenta años, desapareció de entre nosotros el *maestro*, por antonomasia. Al celebrarse una velada fúnebre en su honor, en la Escuela de Bellas Artes, se habló de trabajar por la erección de un monumento a su memoria. Hoy tan sólo vemos un retrato al lápiz, en la sala de la Dirección de esa Escuela, que le recuerda. Eso es muy poco; no es nada, casi. El monumento se impone, como justo homenaje a quien fué el más grande animador de nuestro arte, en general, y de nuestra pintura en particular, con sus obras, con sus críticas y con sus virtudes de gran ciudadano artista.—
N. Y Á Ñ E Z S I L V A.

LAWRENCE. LA TEORIA Y LA OBRA

LA obra lawrenciana plantea a la crítica actual un dilema de importancia indudable, en el cual se incuban tal vez, los nuevos rumbos de la creación literaria. Diversos comentaristas señalan a D. H. Lawrence como el vindicador de la literatura inglesa y el más grande de los escritores contemporáneos. Tales apreciaciones, no nos interesan sino en relación con el sentido capital y la extraordinaria penetración de la literatura lawrenciana. El dilema a que aludí ha sido planteado ya, aunque sin responsabilidad crítica, al estudiarse la obra literaria de más de un dramaturgo, y de no pocos novelistas que la estructuraron, casi generalmente, sobre la sugestión de una tesis, de una teoría, o guiados por cierta intuición convertida al fin en pensamiento y fuerza central de la obra, en desmedro de la forma y de ciertas condiciones íntimas superiores, como son el trazado de los caracteres, el dramatismo, etc. La obra ibseniana, tildada de exclusivamente social y biológica, el aporte precioso del teatro y la novela de Pirandello, sin contar la literatura soviética, de unilateral y exaltada ideología, debieron haber impuesto en el plano del análisis desapasionado el tópico inquietante e ineludible, de la *creación literaria frente a la vida*.

En el recuento de la abundante literatura del pasado, es fácil anotar el mayor número a la creación intrascendente, al arte como límpida manifestación del espíritu, destinado a levantar en el alma selecta o en la masa, la emoción, en sus matices sutiles o en sus fuertes tonalidades. La vida era para el arte una fuente plácida y generosa, sana y espléndida, y de ella cogía la suma de substancia necesaria. El clasicismo ni el romanticismo alteraron esta relación entre la obra del espíritu y la vida. Acaso existía el temor de romper las lindes de separación y, en consecuencia, el equilibrio, de que dan fe las obras del pasado; la veneración por las normas fué condición rigurosa de la obra perfecta. Si bien el romanticismo francés dió el grito de guerra—¡oh, padre Hugo!—al romper la tradicional procesión de las imágenes heladas de los clásicos, un equilibrio se mantuvo, el equilibrio de las grandes masas, enriquecido con una savia nueva y un ritmo nuevo y vigoroso.

Poco a poco, a pesar de las andanadas de la crítica, el arte

ha debido desgarrar sus hábitos y colocarse francamente delante del mundo, de este mundo evolutivo, cada vez menos sereno, menos gozoso, menos transparente y luminoso. Los ojos, ciegos de mirar un paisaje muerto hacía siglos, han captado de súbito un escenario humano desconocido, turbio y siniestro. Tras el panorama engañoso el hombre realizaba su obra de violencia, devastadora y tétrica. El instinto y el espíritu se entregaban a una lucha torpe y fratricida y el mísero ser que ayer era una brizna frente al destino, fué luego una molécula perdida en el caos de la nueva vida, roído por todas las violencias y por el veneno de la civilización, que el espíritu le ofrendara para su dicha. El arte no ha podido dejar de ver la nueva realidad, que va más allá del simple juego trágico. Ha debido impregnarse de esta esencia infinita, poblada de posibilidades, terrible en su misterio, que es el alma del hombre. En este naciente ejercicio de análisis implacable, el arte, muchas veces a riesgo de perecer, ha avanzado más de lo necesario sin cuidarse de mantener el "standard" de belleza epidérmica exigido a la obra artística. Semejante transgresión nos hace preguntarnos si el arte debe estar al servicio de la vida o viceversa. Hoy por hoy parece indudable que el arte debe cumplir no sólo su misión emocional y estética, sino que debe desbordar otras influencias de que la humanidad está necesitada. En qué medida ha de desbordarlas, he aquí el punto capital y la razón de ser o no ser de la obra de arte. En todo caso es admisible en la novela una mayor dosis de materia humana, en desmedro de un máximo de dramaticidad y de argumento, condiciones que en muchas obras notables de nuestro tiempo—Joice, Proust,—han sido substituídas por sutiles gamas de sensibilidad, en torno a elementos literarios exteriormente simples. Si en Joice la materia humana es limitada cuanto a número de tipos en relación con su calidad subjetiva, en otros el material humano alcanza una densidad racial que, sin esfuerzo, puede lindar con el concepto numérico de humanidad.

Tal, en la obra de David Herbert Lawrence, el extraordinario novelista inglés, muerto a principios de 1930, cuando sus libros aun no alcanzaban la fama de que hoy disfrutan.

El análisis íntimo de la obra lawrenciana en conjunto, nos destaca la importancia que el escritor atribuye a determinadas fuerzas elementales y a señalados fenómenos subconscientes. La épica estructura de la obra está al servicio de la tesis que da al instinto, a las fuerzas eternas y soberanas del instinto,

particularmente del instinto sexual, la "libido" de Freud, el primer plano y la primera importancia en el desarrollo de la actual civilización. Hasta dónde llega esta primacía de la idea, que alguien generalizó con el nombre de teoría lawrenciana, en las diversas novelas del escritor? Para muchos críticos la literatura de Lawrence se resiente, primero que todo, de esta primacía ideológica, que daría margen a una insuficiencia lastimosa de factura, hasta desaparecer de la obra la simetría elemental.

Veamos hasta dónde es aceptable esta censura.

Efectivamente, la idea constituye la vida misma de la obra de Lawrence. Revisando su novela más representativa, "*Le serpent a plumes*", comprendemos por qué las masas lectoras no han recibido aún el riego del pensamiento de tan excelso psicólogo. Al revés de lo que sucede con la novela soviética, destinada a penetrar la masa lectora para iluminarla, la novela lawrenciana es obra de "élite", por sus formas densas y su acción negligente. Paralelamente a una trama inmediata, de ritmo lentísimo, se advierte la pulsación profunda de la vida primitiva, que es la vida misma del libro. México, pueblo estagnado, roído por la indolencia, no ha encontrado un hombre clarividente que lo alce hacia un destino mejor. Ramón, surge en el libro, como el enviado de las fuerzas ancestrales: proclama la necesidad de que los mexicanos vuelvan a sus viejos dioses; en su culto encontrarán la fuerza necesaria para vencer el sueño que los agobia. El cristianismo en su sentido actual no llega al alma del nativo; es una religión inexpresiva, toda espíritu y represión. El indio entiende mejor a Quetzalcoatl, el símbolo de las fuerzas universales que apasionan al hombre. Ramón se presenta a los indígenas como el enviado de Quetzalcoatl y les anuncia su presencia temible: "Yo soy Quetzalcoatl, el que humedece vuestros labios reseca. Soy el viento que sale en torbellinos del centro de la tierra y el céfiro que enlaza vuestros pies, vuestras piernas y vuestras caderas, como las serpientes. Cuando la serpiente de vuestra humanidad levanta la cabeza, estad en guardia: soy yo, Quetzalcoatl, quien os levanta más allá del día, hasta el sol de las tinieblas, vuestra morada final". Ramón quiere conducir a su pueblo hacia la armonía del instinto y del espíritu. Quetzalcoatl es el camino y el símbolo de la perfección humana en un próximo mañana". Junto al dios azteca, que representa las fuerzas de la naturaleza y las luces del espíritu en perfecto equilibrio, destaca la figura cálida de Huitzilopochtli.

imagen del misterio fálico, encarnada en el general nativo Cipriano. . . . Misterio fálico, vale decir la profundidad íntima, total, del placer, hecho alma y materia, en oposición al espasmo carnal logrado de ordinario.

Ramón, Cipriano, enviados del viejo culto indígena, restituyen la armonía de la vida nativa. Kate, una mujer irlandesa, de paso en México, en contacto con ellos, representa en su triste realidad errabunda, el espíritu altanero y frío de una cultura extraña. He aquí, pues, destacadas por Lawrence las dos fuerzas en lucha. Kate, abandonada a sí misma, en este océano de fuerzas ancestrales, que es México, se defiende, primero con su desprecio, luego con su dialéctica cordial, de las incitaciones terribles que arden en la volcánica atmósfera mexicana. Termina por ceder y aceptar el culto de los viejos dioses. Al entregarse a Cipriano, comprende que hasta entonces no había sentido el deleite subterráneo y arrobador que le prodiga la naturaleza del general. Se realizaba en su ser la armonía del cuerpo y el espíritu. Tal es la fórmula de la ideología lawrenciana, que en "*Le serpent a plumes*" vibra con especial nitidez y esplendor. Esta fórmula, que Lawrence repite sin descanso a lo largo de su vida, no podría traducirse por un intento de ciego paganismo, sino por una expresión empírica del genio, destinada a crear un mundo en que los hombres puedan respirar la alegría consciente y alcanzar la relativa felicidad que todo hombre reclama para esta etapa, pomposamente llamada humanismo. Dice Lawrence: "El resultado viviente será un germen nuevo, una nueva concepción de la vida la que surgirá de esta fusión entre la antigua conciencia instintiva de la sangre y la conciencia intelectual y espiritual que poseen hoy día los blancos". "El espíritu guarda un antiguo temor, demasiado cobarde, frente al cuerpo y a sus posibilidades. En este sentido es al espíritu al que es preciso libertar y civilizar. El terror que el espíritu siente delante del cuerpo ha vuelto locos a muchos mortales".

En su novela "*St Mawr*" (1), así como en esa preciosa narración corta titulada "*Princesa*" (2), vibra con acentos de tragedia la fórmula lawrenciana. Mientras sean resistidos los mandatos del instinto, existirá el divorcio dentro de cada ser, y asimismo entre los seres humanos y los animales. Obedecer al instinto, para atraerlo a nuestra existencia, es aquilatar su

(1) Editada por «Cultura» con el rótulo de «La mujer y la bestia».

(2) Editada por Biblioteca «Zig-Zag».

valor fundamental. Es el espíritu el que debe rendirse primero, arriar su altivez para sellar esta armonía, hasta ahora imposible, sobre el mundo. Porque si no cede el espíritu, el instinto no lo hará, aunque la apariencia pueda engañarnos. Lo prueba la existencia potencial del padrillo St. Mawr en la obra del mismo nombre, acierto sorprendente, no sólo por la original concepción del tema, sino por la impresionante vitalidad del héroe. La lectura de este libro nos lleva hasta esas epopeyas de animales que inmortalizaron a London. Demás está decir que el creador de "Colmillo Blanco" y "El llamado de la selva" no entregó su obra al servicio de una teoría filosófica a la manera de un Lawrence o de un Pirandello.

Empero, el vigoroso relieve de sus héroes animales, que los impone frente al tipo humano, en cuya alma despiertan el eco inmortal las fuerzas ancestrales, que no son patrimonio exclusivo de la bestia diferenciada, permite afirmar que tanto London, frente a la naturaleza desatada donde sólo alumbra el milagro del instinto animal hermano del instinto del hombre, como Lawrence ante las manifestaciones del instinto reprimido y del instinto combatido, han sabido entregar en la creación literaria, una zona inexplorada hasta entonces en el subsuelo, que como ya lo dijo Freud, es donde se esconde el secreto de la vida psíquica.

Si London ha puesto en el plano del arte literario, mediante la simple intuición, toda la gama del instinto y su llamado eterno e implacable, como la condición primera de la vida del hombre y de la bestia, Lawrence, no contento con los hallazgos de la propia intuición ha buscado las raíces mismas de la vida, la gestación de los fenómenos derivados del instinto, y ha obtenido así su fórmula, que lo ha hecho famoso, no sólo en el mundo literario, sino en el campo de la clínica psicoanalítica. "El instinto y el espíritu marchan hoy en trágico divorcio. Es necesario encontrar su relación armoniosa para que la vida sea posible, y en beneficio de una nueva humanidad"... En "St Mawr", el instinto está representado, primero y en prepotencia, por el padrillo; luego por dos sirvientes de diversa nacionalidad, Lewis, el "groom" inglés, y Fénix, el criado mexicano; finalmente, por el paisaje libre y salvaje, que en la literatura de Lawrence juega un papel de intensa sugestión. La civilización, la inteligencia especulativa, el espíritu, son patrimonio de la señora Witt, su

hija Lou y Rico, marido de ésta, pintor de prestigio. La tragedia apunta el día que Lou, decide comprar a St. Mawr para solaz de su marido. La vitalidad demoníaca que la naturaleza acumuló en el potro, pone en la existencia de aquella familia su magnetismo turbador. Lou, es quien primero experimenta el fenómeno gozoso y terrible de la simple presencia del animal. Los brillantes y febriles ojos de la bestia remueven las fuentes del instinto eterno, hasta despertar en Lou la atracción sensual. Parecido fenómeno experimenta su madre, mujer aun joven y de carácter duro. La crisis se produce el día que St. Mawr derriba a Rico, y desfigura de una cox a cierto "dandy", amigo de la casa. Las mujeres defienden a St. Mawr y no trepidan en llevárselo a América, junto con los dos criados, por quienes sienten una inclinación muy semejante a la manifestada por el padrillo. Las dos mujeres se dan cuenta de que es necesario comprender a las bestias y a aquellos hombres que poseen, por sobre todo, el instinto soberano. Tales hombres, y animales como St. Mawr, no dejan de ser inteligentes, poseen la inteligencia del instinto claro y armonioso. Es preciso realizar la existencia sobre una armonía semejante.

Hemos aludido a Freud, en el curso de estas notas. Mientras Lawrence, escribía algunas de sus novelas capitales, donde su famosa teoría lograba soberbia e inquietante demostración, Freud encaminaba sus trabajos de psicología morbosa, hasta imponer al criterio de la ciencia sus descubrimientos sobre el subconsciente, condensados en la "teoría de la libido" o del instinto sexual. Su técnica psicoanalítica, cuando discutida, cuando aplaudida, lograba demostrar la seguridad de la curación de la neurosis, mediante la extirpación de ciertas adherencia psíquicas, de carácter sexual, retenidas en el alma desde buen tiempo. Lawrence rendía al arte un servicio impagable, paralelamente a la ciencia freudiana, cuyos hallazgos, sin duda, ignoraba. Acaso sea necesario señalar a modo de ejemplo, los aportes fundamentales de Freud al conocimiento de la vida psíquica. Existencia del instinto sexual, o libido, semejante en su imperio e importancia, al instinto de nutrición (Freud: "Una teoría sexual y otros ensayos"). La represión del instinto sexual o libido se acompaña con el tiempo, de una serie de fenómenos conocidos con los nombres de histeria, neurosis obsesiva, la falsamente denominada "neurastenia", la demencia precoz y la paranoia. "Estas psiconeurosis

reposan, por lo que de mi experiencia clínica he podido concluir, sobre fuerzas instintivas de carácter sexual. No quiero decir con esto que la energía del instinto sexual proporcione una ayuda a las fuerzas que mantienen los síntomas. Mi afirmación se refiere únicamente a que esta participación es la única constante y constituye la fuente energética más importante de la neurosis, de manera que la vida sexual de estas personas se exterioriza exclusiva, predominante o parcialmente en estos síntomas, los cuales no son sino la expresión de la vida sexual de los enfermos". (Freud, obra citada). "El análisis psicológico, en el caso de la histeria, establece la existencia del par contradictorio formado por una necesidad sexual superior y una exagerada repulsa de todo lo sexual". (Freud, obra citada). "Una cierta parte de los impulsos libidinosos reprimidos tiene derecho a una satisfacción directa, y debe hallarla en la vida. Nuestras aspiraciones civilizadas hacen demasiado difícil la existencia a la mayoría de las organizaciones humanas, coadyuvando así al apartamiento de la realidad y a la formación de la neurosis sin conseguir un aumento de la civilización por esta exagerada represión sexual". (Freud, obra citada).

La obra lawrenciana lo repetimos, destinada en su totalidad a levantar sobre este angustioso complejo de una civilización pretenciosa y artificial, la majestad del instinto, la realidad del instinto, como primera condición de la armonía humana.

Cuanto a las formas literarias, cada novela de Lawrence, es un llamado a la conciencia literaria contemporánea, que deberá imponer la naturaleza del genio y de la vida, a los dictados de la preceptiva. El mundo actual está harto de formas; falta el caudal prepotente, que haga de la belleza algo más que un espectáculo.

Las nuevas formas deben responder a nueva combustión interior; lo demás es hojarasca, preciosismo, orfebrería, cotizable en ciertos mercados. El genio de Lawrence irrumpe en el momento en que la civilización, cogida en sus propios engranajes, hace crisis, a fuerza de rigidez formal, frente a las sacudidas y a las modificaciones naturales de la humanidad. De ahí la libertad de composición de sus libros, que cierta crítica tilda de negligencia. Nadie, sin pecar de hermetismo, podría dejar de desentenderse de la monótona disposición de su obra y de su desprecio por el recurso efectista.

Lawrence, en cambio, nos entrega, al ponernos en contacto íntimo con la idea universal de su obra, la misteriosa seducción de sus personajes, fundidos en el rojo metal del mundo

primitivo, la espléndida y fuerte belleza del paisaje y la densa luminosidad del diálogo, que nos guía sin grandes tropiezos, hasta los abismos de nuestra naturaleza. En este aspecto, el agudo espíritu de Lawrence presta nueva fuerza persuasiva a su obra, al ponerse, con plena clarividencia, al servicio del instinto, que, como el autor lo repite hasta la angustia, debe ser escuchado, en su grandeza y en su miseria.—L A U T A R O Y A N K A S.

LAS TIRANIAS SEGUN SARMIENTO

YA no quedan ni un recuerdo vivo ni un papel inédito que sirva para mantener el aire de este oasis espiritual que significó Chile en la época de la tiranía de Rosas.

El año 1921 estuvo en Quillota don Ricardo Rojas sólo para confirmar que esa ciudad de leyenda, donde Alberdi escribiera sus formidables epístolas contra Sarmiento, existía.

Llegó al pueblo, evocándolo a través de unas impresiones, henchidas de substancia chilena, que publicara Sarmiento en «El Mercurio» de Valparaíso el año 1842, fingiéndose turista norteamericano.

La aldea verdegueante mucho había cambiado, pero no de su alma de vieja villa hispana. Algo le recordaba de Jujuy, del antiguo Tucuman; eran esas manzanas cuadrangulares, esas casas bajas con aleros de tejas, esos patios de helechos y jazmines embriagadores, y sobre todo el ámbito silencioso, la quietud que aspiró allí el proscrito Alberdi después de la caída de Rosas y su sistema.

Don Ricardo había tomado un tren local de Valparaíso, solo, sin cicerones, en busca de impresiones para un libro de viajes sobre «gentes y paisajes de Chile» y de algún testigo viviente; acaso la suerte le iba a deparar la casa donde el doctor don Juan Bautista Alberdi habitara en 1853, y escrito aquellas célebres cartas llamadas LAS QUILLOTANAS por los argentinos.

Un tal don Eleuterio que le salió al paso, «personaje cuellorcorto y obeso, de tez amarillenta, de párpados rojizos y pelados, de hablar pastoso y tartamudo», contestó a su requerimiento:

—¿Valverde, me dize? Como nó. Si los he conocido. Vivían aquí a la güelta. Los Valverde han sío todos de este pueblo.

—No, señor. Valverde, no... Al-ber-di, don Juan Bautista Alberdi, un doctor argentino.

—¿Argentino? Entonces ha de ser don Cesáreo Gardel. Zi,

pues eze era argentino. Fué mi preceptor. El nos enseñó el silabario, a mí y a mi hermana Balbina.

El otro que le salió al paso, hombre de situación en el pueblo, chileno, de padre argentino emigrado en la época de Rosas, no conocía el nombre de Alberdi ni el de Sarmiento

El ilustre escritor, después de aquellos diálogos frustrados, regresó a Viña del Mar reflexionando sobre estos mitos que se forjan a veces los hombres familiarizados con la historia: «De pronto una experiencia nos revela que nuestra ilusión individual no corresponde a la realidad colectiva. Así Quillota existe en Alberdi, pero Alberdi no existe en Quillota. Yo creo que la enseñanza primaria de uno y otro país, en ambos lados de los Andes, podría divulgar ciertos nombres que dan persistencia a la tradición local de una aldea y que tejen la trama de dos naciones en una sola cultura: Henríquez, Bilbao, Lastarria, para los argentinos; Mitre, Sarmiento, Alberdi, para los chilenos».

Pero, a estas desilusiones, se suelen a veces oponer fervores y hallazgos curiosos. Unas cuantas palabras de don Domingo Faustino Sarmiento encontradas al azar, en un desván viñamarino, viene a confirmar la continuidad de la tradición que todavía se enriquece con lo que ese gran hombre pensara para nosotros y para América. dice Sarmiento:

.....
«No se apercibe que en el resto de la América española (1),
« desde Méjico a Montevideo por realizar principios teóricos
« de igualdad aquella clase ha sido desposeída del gobierno,
« cayendo en este en manos más juveniles o menos preparadas
« y dejando ver la *hilacha*, como se dice de telas ruines cuya
« trama oculta una ingeniosa y aderezada felpa.

«Ahora, analizando hecho tan general para ser mero acciden-
« te, va usted al origen de esta al parecer anomalía y se encuentra
« con que el gobierno no provee de hombre por votación y
« que son indígenas americanos los pueblos en su trama con ur-
« diembre de raza latina española, la única que no experimentó.

(1) Pertenece a un manojito de correspondencia del que fuera su gran amigo don Ambrosio Montt y Luco, dos mentalidades fuertes que, en aquel entonces, supieron hallarse y comprenderse. Trunca la primera parte se entrevé que vino de Buenos Aires el año 1882, cuando Sarmiento en medio de azarosas luchas por el predominio del Gobierno Nacional sobre los caudillos, tenía tiempo para escribir una obra filosófica: «*Conflicto y armonía de las razas en América*». Por esta carta se vislumbra el ensayo de estética, fundado en la experiencia histórica de los pueblos indo-americanos. En ella está todavía palpable la conciencia de la comunidad revolucionaria que alienta desde la independencia un mismo ideal, no cesado de manifestarse en política, en ciencia y en arte.

« la transformación de la *renaissance* y continúa las ineptitudes de la edad media, para el gobierno popular como nos los prescribe hoy el consenso universal.

« Toda vez que los más avanzados de las castas indígenas o los más genuinos retoños de la raza conquistadora lleguen al poder por las *armas*, que acortan las distancias, se producirá la verdad real, la satisfacción de las pasiones en el gobierno para los que gobiernan y para el momento presente.

« Desde mis primeros pasos en la vida pública me fueron reveladas estas verdades y debí exponerlas a don Manuel Montt, chileno, catedrático de derecho romano, adverso a la plebe, en términos tan esforzados en nuestra primera entrevista, que tomó por blanco de su política la generalización de la educación primaria, empresa en que estuvo solo durante veinte años, y murió solo, pues no entra la idea todavía en Chile ¿Cómo penetrará en Méjico, Venezuela, Bolivia, Perú países de las indiadas y de los generales? A orillas del Río de la Plata hay esperanzas. La raza se transforma, y las razas traen consigo intuitivamente y los difunden por atavismo, los progresos realizados en política, los presidiarios ingleses en Sidney, los nietos y biznietos de los emigrantes de hoy, aquí. En cuanto a estos, en materia política, son hoy algo menos que los presidiarios de *Botany bay* que concurrieron a fundar en California la república democrática. Fué necesario crear comisiones de vigilancia. Aquí los europeos *enrichis* como los *epiciers* de Luis Felipe, forman una opinión pública que enseña por el buen éxito a enriquecerse sin gobierno y sin otra libertad que la de comprar y vender. Comprenderá usted con esto que mi dolor es de aquellos que no quieren ser consolados porque van a la raíz del alma, pero que merezco la amistad de usted siquiera porque sé estimarla y apetecerla.

« Con esto, dé usted mis cordiales felicitaciones a su hija recién desposada, a su señora mi joven amiga y a las demás señoritas, sin olvidar al *joven poeta* (1), a quien pisé los callos

(1) El «joven poeta» era el hijo mayor de don Ambrosio, del mismo nombre, que cultivó especialmente el soneto. Publicó «Amor y Patria» (1882); «Veladas Líricas» (1885) y «Chispas de la Hoguera» (1888).

Don Ambrosio Montt y Luco fué un destacado jurisconsulto y fino escritor. Actuó en la diplomacia, en el parlamento y en el periodismo. Vivió largos períodos en Europa donde escribió una obra titulada «Ensayo sobre el gobierno en Europa», de gran erudición histórica. Fué redactor de «El Mercurio» ocupando el puesto que dejara el escritor uruguayo D. Juan Carlos Gómez. En 1859 publicó «El gobierno y la revolución», folleto, muy bien escrito, en el que defendía con habilidad los intereses de la política dominante.

« una vez sin sospechar que adoleciese de la temprana enferme-
« dad de hacer versos. Mandóme después un *ramillete* de aque-
« llas flores, algunas de las cuales me parecieron fragantes y
« todas ellas un estudio gimnástico, que prescribiría a los jó-
« venes, como en Inglaterra a los latinistas componer versos
« en latín para estudiar las diversas *modalidades* del sentimiento
« y encontrarles su forma adecuada. Un amante desdeñado por
« ejemplo, ¿cómo expresaría su cuita? El poeta toma la pluma,
« mordía antes las barbillas), mira al cielo de yeso ahora, y
« escribe.... Escriba usted lo que le sugiere el magín».

.....

S A D Y Z A Ñ A R T U .

DE TIEMPOS LEJANOS

RECUERDOS DE LA NIÑEZ

(PAGINAS INTIMAS)

SUMARIO.—Lo que era la instrucción primaria en La Serena medio siglo atrás.—Los colegios de San Francisco y Católico.—Don Bernardo del Solar y el coronel Elorriaga.—El colegio de Arturo Prat.—Las correrías y toma del “Huáscar”.—El maestro Soto.—El minero de La Higuera.—En el Liceo de La Serena.—Algo de la historia de ese plantel.—El Rector don Rafael Minvielle.—Los profesores de mi tiempo.—Los Inspectores y el personal menudo.—El Vicerrector don Fortunato Peralta.—Una colegialada de consecuencias.—Mis condiscípulos.—Un recuerdo de Edmundo de Amicis.—El viejo hogar de mis mayores.—Ño Mondaca y el Tata Joaquín.—Lo que era La Serena en aquellos tiempos.—Fin.

DE mi primera instrucción guardo escasos recuerdos, que no hacen falta por lo demás; pero puedo sí decir que debió ser muy rudimentaria, porque en aquellos ya lejanos tiempos no existían en La Serena ni los *Kindergarten* del presente, ni las *Escuelas Palacios* que hoy engalanan su edificación.

Todo era entonces modesto y embrionario y hasta en el profesorado sólo existían personas de buena voluntad y absolutamente ayunas de lo que hoy pomposamente se denomina ciencia de la pedagogía.

Aprendí a leer así, en un modesto colegio familiar regentado por una bondadosa señora Solar, quizás pariente de mis padres, pasando en seguida a un otro de igual índole, que dirigía una anciana maestra, doña Carmelita Esquivel, a quien ayudaba en sus tareas unas señoritas Fredes, tan llenas de pretensiones y años, como faltas de preparación y en ambas escuelas pude adquirir ya rudimentos educacionales que me permitieron ingresar a un establecimiento de mayor categoría, regentado por la señora Nepomucena Lobos, cuya mejor ayudante era su sobrina Elvirita, que solía palmotearnos de lo lindo para castigar cualquiera de nuestras inocentes travesuras de niño.

También estuve, aunque sólo por pocos meses, en un colegio mixto, de hombres y mujeres, que regentaba maternalmente una señora llamada doña Petita Flores y que funcionaba en la Plaza de Armas, acera poniente, ocupando una casa bastante mediocre y absolutamente falta de comodidades escolares.

Hasta esa época vestíamos, pues, de *pollerita corta* y el pseudo aprendizaje se hacía en común con las chiquillas de familias acomodadas de la ciudad; pero desde el día en que empezamos a usar pantalones y en que el *juego a las escondidas* empezaba ya a hacerse peligroso.... nuestra madre no creyó prudente, ni decente que continuáramos en tal promiscuidad, por lo cual mi hermano Carlos y yo hubimos de ingresar a diversos colegios simplemente ya de varones, entre los cuales recuerdo los siguientes:

El de *San Francisco*, regentado por don Cruz Carmona y el *Católico*, cuyo severísimo Director, don Tobías Courbis, empezó ya hacernos pesar lo que era la disciplina escolar. Este establecimiento gozaba entonces de mucho prestigio y estaba ubicado en la esquina nororiente de la Plazuela de San Francisco, o sea, precisamente donde muchos años atrás había existido un otro colegio similar, denominado San Pablo, considerado como el primero en importancia en la época de nuestros abuelos (hoy Balmaceda 158).

La casa ocupada por estos colegios, el *Católico* y el *San Pablo* (que muchos años antes había pertenecido a un vecino de figuración, don Juan Somarriva), tenía también cierta crónica lugareña digna de ser recordada, ya que en ella vivió durante la Reconquista (1814-1817), un destacado y cruel personaje de la Patria Vieja, el coronel español don Ildefonso Elorriaga, enviado expresamente a nuestra ciudad por el general Osorio para molestar y castigar en sus haberes a los patriotas

adinerados de Coquimbo, como lo eran los señores Jorge Edwards, Aníbal Ariztía, Buenaventura Argandoña, Pablo Garriga y mi antepasado don Bernardo del Solar y Lecaros, rico minero de Tamaya a quien se le puso en cierta ocasión un cupo de guerra de doce mil pesos, en plata labrada, so pena de que si no lo entregaba dentro de 24 horas, le sería duplicado y aun hecho efectivo con el remate o venta de sus propiedades...

Este don Bernardo era un caballero de señalado prestigio personal y oriundo de Concepción, que solía firmarse Cajigal del Solar, y que había llegado a nuestra ciudad muy joven y con mucha prosapia en la cabeza y sin chapa en los bolsillos, lo que supo después obviar, desposándose con la única hija mujer de un encumbrado personaje de este terruño, don José Fermín Marín y Aguirre, que por algo se le titulaba *Alcalde Vitalicio* de La Serena y Gran Encomendero de Huamalata, la que llevó al tálamo nupcial, a título de dote, la hacienda de Limarí, en Ovalle, dentro de la que estaba el ya rico mineral de Tamaya, en cuya mina El Chaleco, don Bernardo y sus doce hijos hicieron gran fortuna.

Hermanos de esta rica heredera, llamada doña Josefa, fueron don José Gaspar Marín, gran patriota y Secretario de la Junta de Gobierno de 1810, y don Ventura, que también supo prestar a la patria señalados servicios, como ser la de equipar de armas de su propio peculio, a un escuadrón de patriotas de Coquimbo, que más tarde debía batirse gloriosamente en Soco, a las órdenes de otro de mis antepasados, el coronel don Joaquín Vicuña, que más adelante habremos de citar.

Siguiendo en el relato de nuestra anécdota, diré que años más tarde, uno de los hijos de don Bernardo adquirió la hacienda Chacabuco, vecina a Santiago, donde se dió la gloriosa batalla del mismo nombre, que abrió las puertas de la capital a las huestes de San Martín y O'Higgins, y ahí encontró gloriosa muerte, en defensa de su causa, el recordado coronel Elorriaga. Pues bien, dicen que en cierta ocasión el propietario del fundo, recorriendo uno de los potreros arados topó con una calavera, que quiso suponer fuera la del propio difunto Elorriaga, que tantas humillaciones había hecho a su padre y entonces hízola conducir a las casas de la hacienda, donde la mantuvo hasta sus postreros días, cuidadosamente guardada en una urna de vidrio, con una leyenda que textualmente decía:

“Esta calavera, que es la del coronel realista Ildefonso Elo-

rriaga, debe a la familia del Solar y Marín, doce mil pesos, más sus intereses, desde 1815”.

Ignoro si lo anterior, oído a mis mayores, haya sido antes relatado, como también si los actuales dueños de Chacabuco conservan o no la expiadora reliquia a que he hecho referencia.

Volviendo al tema de nuestra primera educación, diré que del ya citado colegio *Católico*, mi hermano y yo pasamos a otro, denominado *Arturo Prat*, ubicado en la calle Catedral (hoy Cordovez), esquina surponiente con la de San Agustín educacionista, don Eulogio Rojas, que los muchachos de entonces denigradamente llamábamos el *pechoño Rojas*, por su exagerada y ostentosa beatitud, en el cual pasamos todo el azaroso tiempo de la guerra del Pacífico, cuyas alzas y bajas seguíamos los estudiantes con infantil inquietud, sobre todo las famosas correrías del “Huáscar”, que en más de una ocasión penetró sorpresivamente a la bahía de Coquimbo para destruir las lanchas y muelles del puerto, manifestando con ello un dominio vergonzoso de los mares, que nunca había podido hasta entonces impedir nuestra escuadra, al mando del Almirante William Rebolledo, que navegaba de norte a sur sin poder darle alcance. Grande y febril fué, pues, nuestro entusiasmo cuando en el glorioso día del 8 de octubre de 1879, se difundió por toda la ciudad la gran noticia de que el glorioso Almirante don Juan José Latorre había logrado apresarle en Punta Angamos, en cuyo sin par combate había perecido, con todos los honores de la guerra, su comandante, el denodado Almirante Grau. Todo el mundo en ese día, enloquecidos de entusiasmo, corría por las calles y unos a otros se abrazaban con lágrimas en los ojos, a lo que la muchacnada del *Arturo Prat* hacía eco con infantil algazara. En tales momentos llegó al colegio nuestro profesor de canto, don Carlos Walde, para conducirnos bulliciosamente al propio tablillo o kiosco de las tocatas musicales de la Plaza de Armas, y ahí, nos hizo corear la canción oficial del colegio, que era un himno a Prat, cuya música y letra había él compuesto, en presagio de nuestro triunfo final.

Más de medio siglo va corrido desde entonces y a pesar de tanto tiempo aun me parece estar viendo la fisonomía congestionada de nuestro vate, que, batuta en mano, orgullosamente cantaba con nosotros, como lo hubiera hecho Rouget

de L'Isle en los tiempos de los marseleses, aquellas vibrantes estrofas que afiebraban nuestras juveniles mentes:

Viva Prat, viva Prat y sus marinos,
Que supieron y quisieron bien morir;
Y "Esmeralda", que cumpliendo sus destinos,
La bandera de la Patria supo hundir.
¡Viva Prat y viva Prat y sus marinos!

Y mientras el eco de aquellas vibrantes estrofas se esparcía por la ciudad y la gente, poseída de loco entusiasmo, glorificaba con nosotros al héroe de Iquique, los cohetes y vivas tronaban por todos los ámbitos y las lágrimas nublaban todos los ojos.

¡Qué delirante y sentida fué aquella manifestación!

Chile, en sus sinceros anhelos de paz, creía en esos momentos, que la captura del "Huáscar" significaba no sólo el dominio absoluto del mar, sino también el término definitivo de la guerra, que con tantos caracteres de heroicidad y sacrificios de sangre, venía sosteniendo contra dos potencias, Perú y Bolivia, lo que por desgracia no ocurrió.

Los porfiados combatientes siguieron sus proezas; tres años más tarde, en octubre de 1883, el agotamiento de los vencidos tradujo el Tratado de Ancón, y a pesar de ello, la paz definitiva sólo llegó medio siglo más tarde, al ser firmado el denominado Tratado de Lima.

En tal forma, la contienda armada había durado hasta 1883; pero la diplomática, que fué tanto o más cruenta, sólo terminó en 1929.

*

* *

Siguiendo nuestra crónica estudiantil, diré que nuestra residencia habitual fué siempre en La Serena, en la casa solariega de nuestros mayores de la calle Catedral; pero que habiendo mi padre tomado en 1880 la dirección comercial de los establecimientos metalúrgicos de cobre de mis tíos Félix y Santiago Vicuña, ubicados en el mineral de La Higuera y en el vecino puerto de Totoralillo, hubimos de trasladarnos a aquellos centros mineros, en los que no existían escuelas, ni elemento alguno de instrucción primaria.

En los comienzos frecuentamos en La Higuera con mi hermano Carlos, un muy rudimentario colegio mixto, regentado por un carpintero de mala muerte, que llamaban el Maestro Soto, donde los muy contadísimos discípulos deletreábamos el Silabario Sarmiento, mientras el profesor cepillaba sus tablas; pero ante tal insuficiencia fué necesario llevar de La Serena profesores especiales que vivieron con nosotros, dedicándonos todo su tiempo para inculcarnos algunos rudimentos de la ciencia e instruirnos en *las cuatro operaciones* de la aritmética. El primero de ellos, don Nicolás Osorio, era una persona muy contraída y de escasos recursos pecuniarios, que habiendo ya terminado en el Liceo sus estudios de humanidades, se dedicaba con laudable tesón, a preparar su bachillerato, a fin de ingresar después, como lo hizo con éxito, en la Escuela de Medicina de Santiago, y el segundo lo fué don Benjamín Rodríguez, de menor capacidad, preparación y aspiraciones, cuyo futuro me es desconocido; pero que creo terminó sus días como maestro o inspector de instrucción primaria, en la ciudad de Vicuña, capital del departamento de Elqui.

En esos tiempos el mineral de La Higuera, hoy enteramente muerto, constituía un centro industrial de excepcional importancia y movimiento y contaba con una población quizás no inferior a cinco mil habitantes, alimentando a lo menos diez hornos de fundición, pertenecientes los unos a mis tíos Vicuña, y los demás a los prestigiosos hombres de negocios señores Juan y Pedro Pablo Muñoz y a don Vicente Zorrilla, el último de los cuales era un personaje de señalada actuación político-social, vinculado también a nosotros por parentesco colateral, pues su hijo mayor, muerto prematuramente, se había casado con Zunilda Vicuña Amor, prima de mi madre y que en su época fué una de las más hermosas y atrayentes damas de la sociedad serenense, a quien don Ramón Subercaseaux Vicuña, dedica páginas muy sentidas y amenas en su libro *Memorias de Cincuenta Años*.

De ahí la gran importancia de que gozaba en todo el país aquel centro minero, en cuyos días de fiestas se celebraban, en el lugar denominado La Placilla, lucidas y muy bulladas reuniones, a las cuales solíamos concurrir con nuestro profesor, para lucir, con no disimulado orgullo, nuestros progresos en el manejo del caballo, que constituía nuestro gran deleite.

Pero como ya íbamos creciendo, nuestro padre se decidió a enviarnos nuevamente a La Serena, a la patriarcal casa de nuestros abuelos, en la que ya nos instalamos de firme, para

ingresar a un establecimiento educativo de importancia, que no podía ser otro que su Liceo, pues al Seminario sólo entraban aquéllos que tenían vocación sacerdotal, muy distante de las nuestras.

Nos matricularon, pues, en el Liceo, en Agosto de 1882, en el cual quedamos hasta el término de las humanidades, para estar así en situación de continuar los estudios en la Universidad de Santiago, como efectivamente lo hicimos: Carlos siguió los cursos de abogacía y yo los de ingeniería.

Pero no adelantemos los hechos y dediquemos algunos recuerdos a nuestro querido Liceo, fundado hace ya más de un siglo y al cual le soy deudor de tantos beneficios, ya que en él realicé, como lo he dicho, toda mi educación humanista y formé mi propio carácter de hombre útil y capacitado para las diarias luchas del posterior vivir.

*

* *

El Liceo de La Serena es, indudablemente, hoy el más importante de los establecimientos educacionales del norte y aun del país y lleva ya, como se ha dicho, más de un siglo de existencia útil y prolífica para los progresos culturales de la nación.

Fué fundado en abril de 1821, siendo intendente de la provincia uno de mis antepasados, don Joaquín Vicuña y Larraín, quien, de acuerdo con don Gregorio Cordovés, otro gran benefactor serenense, aplicó a su primera instalación los productos de un legado pío de que este último era depositario.

Su primer Rector fué el doctor en Derecho y prestigioso sacerdote de La Serena, don Juan Nicolás Varas y Marín, que también pertenecía a mi familia y a quien le cupo la ardua y entonces bastante difícil tarea de su organización interna.

En los comienzos se le denominaba Instituto de *San Bartolomé de La Serena*, en recuerdo del primitivo patrono y nombre de la ciudad de su asiento y tuvo como primera residencia determinadas salas del convento de Santo Domingo, en las cuales funcionó hasta 1824, en que pasó, en iguales términos de estrecheces, al claustro de San Agustín, donde permaneció sólo un año, para trasladarse en seguida a una casa expresamente arreglada con tal objeto, que estaba ubicada frente al Mercado Municipal, llamado entonces Plaza de Abasto, en la cual funcionó hasta 1869, en que definitivamente pasó

a ocupar el regio local de hoy, constituido por un hermoso y amplio edificio de dos pisos y cuyo frente abarca toda la extensión de una cuadra de la calle Cantournet, cuyo nombre se deriva de uno de sus más prestigiosos rectores, Mr. Pierre Cantournet, gran latinista de su tiempo y que actuó en el establecimiento por espacio de 10 años, desde 1833 hasta las finalidades de 1841.

En tal forma, en su primer siglo de fecunda existencia, éste Liceo ha sido dirigido por los siguientes rectores, que enumero por orden cronológico:

Juan Nicolás Varas Marín, José Joaquín Soiza, Francisco Javier Lima, Pedro Cantournet, Sebastián Manubens, Tomás Zenteno, José Ravest, Manuel Cortés, Jacinto Concha, Miguel Saldías, Juan de Dios Peny, Gabriel Izquierdo, Juan José Gorroño, Pedro Nolasco Préndez, Rafael Minvielle, Buenaventura Osorio, Felipe Herrera, Medoro Pedevila y Eliseo Peña Villalón.

Su actual Rector es el señor Jorge Miranda Herrera.

Como es fácil comprenderlo, en el primer siglo de laboriosa acción educacional, de este Liceo han salido muchas y muchísimas personalidades útiles y de resonancia en el país, tanto en el campo profesional, como en el de las letras, y en el de la política, que sería largo enumerar; pero de entre ellas quiero ahora, a lo menos, recordar los nombres bastantes conocidos y prestigiosos de los señores Marcial Martínez, José Alfonso, Julio Zenteno Barros, Eliseo Cisternas Peña, y Francisco San Román, que con tanto brillo han servido a la nación, en la judicatura, en la diplomacia, en la ingeniería y en otras diversas actividades profesionales y culturales.

Cuando en 1921, se celebraron en La Serena las entusiastas fiestas conmemorativas del primer centenario de nuestro querido plantel, en las cuales me cupo desempeñar un entusiasta papel de organización, los señores Martínez y Zenteno, ya nombrados, como también mi recordado profesor de Ciencias Físicas y Naturales, don Bernardo Ossandón, y mi hermano Carlos, me hicieron sendas y muy interesantes cartas sobre la crónica íntima de nuestro Liceo, las que figuran publicadas *in-extenso*, en la prestigiosa revista de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en el referido año, en las cuales se consignan curiosas noticias que sería largo e inútil reproducir; pero que relatan detalles de bastante interés sobre la vida intelectual y hasta social de aquellos lejanos tiempos. Recuerdo a este respecto, que para coronar las citadas fiestas de con-

memoración, fueron ellas honradas con la presencia oficial del entonces Ministro de Instrucción Pública, don Tomás Ramírez Frías y de medio ciento de ex-alumnos y todavía que su Rector de entonces acordó, entre otras cosas, formar una *Galería de Honor*, con los retratos de los juzgados como más distinguidos alumnos que hubieren hecho sus estudios de humanidades en sus aulas, entre los cuales me cupo, inmerecidamente, la honra de ser uno de los elegidos.

Tenemos, pues, según las sumarias noticias dadas más atrás, que el Liceo de La Serena, (sin contar el Instituto Nacional de Santiago), es hoy el más antiguo de los planteles educacionales de nuestro país.

*

* *

Cuando ingresé en el Liceo, dirigía sus destinos, el distinguido humanista don Rafael Minvielle, afamado catedrático y matemático español (que se encontraba en Chile desde 1837) y que en esa época contaba ya más de 80 años de edad. Nacido en el antiguo reino de Valencia (España), en 1800, se había educado en Francia y pasando después a la Argentina, en 1827, donde había fundado en Buenos Aires un colegio que gozó de señalada reputación y que era dedicado especialmente a formar jóvenes aptos para el comercio. Establecido diez años más tarde, en nuestro país, se inició como abogado, defendiendo al coronel Vidaurre, ante el Consejo de Guerra que lo tenía encausado por el asesinato alevoso de don Diego Portales. Después actuó al servicio de Chile en la expedición libertadora del Perú y también en la diplomacia, para ingresar por último a la enseñanza nacional en 1843, en la cual supo desempeñar, como asimismo, en la literatura y periodismo, un papel de reconocida importancia, pues siempre se le designa por los historiadores como uno de los más entusiastas innovadores en la enseñanza nacional. Había sido designado Rector del Liceo de La Serena, en 1874, donde permaneció por cerca de 10 años, falleciendo en Santiago muy anciano ya, en enero de 1887, y conservando hasta su muerte una inteligencia extraordinariamente lúcida.

Fué un Rector muy querido de sus educandos y siempre se jactaba con íntima satisfacción, de su prodigiosa mentalidad para los cálculos numéricos, pues recuerdo que en mi tiempo y teniendo ya 83 años de vida, hacía cálculos maravillosos men-

talmente, sin siquiera escribir cifras en la pizarra. Le gustaba en tal forma asistir de improviso a las clases de matemáticas, donde se gozaba examinando a los alumnos y manifestando asimismo sus ya recordadas facultades para las operaciones de cálculo.

—¿Cuál es el producto de 475 por 937?—se le preguntó en cierta ocasión en una de esas visitas, y sin titubear, ni escribir número alguno, en el pizarrón, contestó en breve tiempo y con absoluta seguridad: 445.075.

Era algo verdaderamente asombroso la frescura de su cerebro.

Se gozaba también en mostrar cierto ingenio picaresco en sus expresiones, y recuerdo a este respecto, que habiendo cierto día entrado de improviso a una de nuestras salas de clase, todos, respetuosamente, nos pusimos de pie en su honor, menos uno de los nuestros, cuya descortesía le molestó en tal forma, que dirigiéndose a él le preguntó con aspereza:

—¿Cómo se llama usted?

—Perfecto Cortés, contestó nuestro compañero, sin hacer el menor alarde de respetuosidad, y entonces don Rafael, con mucha presteza y complacencia, tuvo la genialidad de decirle:

—Pues mal lleva usted su apellido. En adelante se le llamará *Perfecto Descortés*, y salió de la clase feliz de su ocurrencia, en medio de las risas juveniles y gozoso de que todos apreciáramos cómo se debía la severa y oportuna lección de disciplina y buena crianza que acababa de dar.

*

* *

En cuanto al resto del profesorado de mi tiempo, puedo decir que aunque no constituía un portento en materia pedagógica, sería una ingratitud no declarar que él se esforzaba en prestar útil cooperación a la Rectoría y en hacerse, por lo general, bien estimar del alumnado.

He aquí sus nombres y sus principales características personales, que esbozo al tenor de mis recuerdos:

El profesor de Gramática, era don Clímaco Alvarez, gordo muy simpático y gritón; pero de índole extremadamente benévola.

La *Historia* nos la enseñaba don Francisco Varela Calzada (*Varelita* como le llamábamos a causa de su menguada figura), a quien mucho se le temía y poco se le estimaba, por

su rostro de exagerada severidad y su hablar tendencioso y lento. Gustaba mucho de hacer *grimace* y de clavar la vista a los alumnos en las interrogaciones, con lo que terminaba por desconcertarlos y hacerles perder la tranquilidad, tan necesaria a veces para bien contestar. Gustaba más de que los alumnos le temieran, que estimaran.

De *Matemáticas* eran profesores don Camilo Iriarte, don Gerardo Fontecilla y don Bartolomé Blanche, padre este último del General del mismo nombre, todos los cuales, sin ser portentos en la enseñanza, fueron siempre bien estimados, sobre todo don Bartolo, a quien llamábamos el *Roto Blanche*, por su figura y sus modales exageradamente campechanos, quien solía gozarse en el uso de palabrotas que convidaban a faltarle el respeto.

La de *Literatura* corría a cargo de don Pacomio Gómez Solar, que gustaba sobre manera y con íntima satisfacción, de estimularnos en la perfección del estilo por medio de composiciones, de las cuales el mismo o alguno de los condiscípulos por él designados, hacía después la crítica. Recuerdo a este respecto, que en cierta ocasión, presenté yo un trabajo con tinte romancesco, intitulado *José Villegas*, en el que hacía algo así como la historia de determinadas aventuras romancescas de un personaje hijo de mi imaginación. Don Pacomio designó a uno de mis compañeros, a José Viera Gallo, para que analizara mi trabajo, lo que hizo, quizás, con exagerada ironía, si no malevolencia, hiriendo con ello mis pretensiones de estilista y de ingenio, y entonces Carlos, mi hermano, tomando a escondidas los originales, me los devolvió, escribiendo en su última página y con toda prontitud, una estrofa, que mucho hizo reír a quienes le leyeron y que decía:

—¿Qué es tu pasmo soberano,
Pobre mortal que aquí llegas?
—El ver que un genio es tu hermano
Y autor de José Villegas.

Desde entonces quedé ya curado de pretensiones literarias. Profesor de *Religión* lo era un muy virtuoso sacerdote, don Ventura González, de carácter bondadoso y que en años anteriores había sido *malgré lui*, el héroe de un enojoso incidente ocurrido en 1874, entre el Rector y el Obispo de La Serena, don José Manuel Orrego, que se relataba así:

Durante un retiro espiritual hecho en la propia capilla del

Liceo, un intransigente predicador jesuíta, el Padre Domínguez, puso de oro y azul a la masonería, por lo que el Rector de entonces prohibió al religioso continuar su prédica, so pena de expulsión a viva fuerza. Impuesto de ello el Obispo, que era de armas tomar, ordenó al capellán González que renunciara inmediatamente su puesto, y como el Rector se negó a dar curso a esa renuncia, trocándola en un úkase de destitución, el señor Orrego prohibió a su vez a todo el clero de su diócesis el desempeño de cargo alguno en el Liceo hasta que se dieran las debidas satisfacciones.

Este asunto fué muy bullado en su tiempo y originó un *miting* de libres pensadores, que la autoridad se vió en la necesidad de prohibir para evitar mayores consecuencias, porque la sociedad y el pueblo, que eran extremada y fervientemente católicos, se pusieron desde el primer momento a las órdenes del Obispo, para evitar si era posible a palos, cualquier vejamen que se pretendiera hacer a la Iglesia.

La clase de *Inglés*, estaba a cargo de don Alejandro Mac-Colm, un irlandés de rostro sanguíneo y carácter displicente, por el cual se tenía muy poco respeto, quizá porque siempre se presentaba a las clases mascando un salchichón, que pestilaba el ambiente. Usaba en su enseñanza el fatigoso sistema Ollendorf, tan edificante y soporífero en sus modalidades:

—¿Tiene usted el clavo de hierro del carpintero?

—No señor; pero mí tío toca la flauta.

La de *Francés* y la de *Contabilidad* (o de Partida Doble, como se la llamaba), era ejercida por don Enrique Blondel, personaje muy inteligente, popular y de extraordinaria erudición, que tenía un pasado algo enigmático, como que siempre se daba sobre su vida versiones novelescas.

Nacido en Francia, había llegado a Chile allá por el año 1865, y fué empleado de mi abuelo, don Santiago Vicuña y Aguirre, en cuya casa vivió por algún tiempo y a quien todavía dedicó un texto de Contabilidad, publicado por él, en 1867.

De porte casi alto y recio, de mirada inteligente y de una verbosidad meridional, cubría su cabeza con una larga melena, que le tapaba totalmente las orejas, lo que hizo siempre sospechar no tenerlas, que era *pilón*, como entonces se decía. Se complacía siempre en sus clases en recitarnos con mucho énfasis sus propias poesías, y recuerdo que todos los 14 de julio nos reunía ceremoniosamente en su amplia sala, para hacernos declamar en coro los versos de "La Marsellesa", que él

cantaba con nosotros, con melodiosa voz y una entonación impregnada de ardoroso patriotismo.

Aun resuena en mis oídos su voz timbrada, entonando con íntima unción, su estrofa predilecta:

Allons enfant de la patrie
le jour de gloire est arrivé
contre nous de la tyrannie
l'étendart sanglant est levé

A lo que nosotros, *les enfants*, gozosos, coreábamos a todo pulmón:

Aux armes, citoyens, formez vos batallon
Marchon, qu'un sang impur abreuve nos sillons.

Por desgracia, tan bulliciosas escenas sólo se repetían una vez al año, los 14 de julio; pero su recuerdo se perpetuaba en nuestra imaginación por semanas y semanas: "Aux armes, citoyens! . . .

Refiriéndose a este recordado maestro, mi hermano Carlos, en la carta de recuerdos sobre el Liceo, a que he hecho referencia, dice:

"Escribió dramas, comedias y poesías, de las cuales me dedicó algunas, que aun conservo entre mis papeles revueltos; publicó revistas comerciales, literarias y mineras; poseía el latín y el griego: tocaba el contrabajo con mucha dedicación y buen oído y todos los 14 de Julio nos hacía cantar "La Marsellesa" con patriótica unción".

Contrastando las bulliciosas clases de Mr. Blondel, debo ahora hacer mención a las lecciones de ciencias naturales, físicas, químicas e historia natural, con que nos regalaba día a día el más respetado y querido de nuestros profesores, don Bernardo Ossandón, que las hacía en un gabinete muy cuidado y que constituía nuestra reliquia. Sus disertaciones eran oídas y aprovechadas como ningunas, pues se le quería tanto como se le respetaba. Años más tardes, en 1921, y ya más que octogenario, don Bernardo escribió como lo he dicho, una historia o crónica bastante completa del Liceo en la que, con exagerado afecto, al referirse a sus ex-alumnos, hace recuerdos míos muy bondadosos y cita hechos que me enaltecen.

No sería completa esta enumeración de mis viejos maestros, si no dedicara también un recuerdo a don Juan Gmo. Zavala,

que enseñaba la *Filosofía* y el *Latín*, y a quien más se le temía que estimaba; pero que siempre fué considerado persona superior, por su ilustración y respetabilidad.

Años más tarde, en 1892, pasada la revolución contra Balmaceda, se realizaron en el país unas elecciones parlamentarias muy bulladas y en ellas, a pesar de la opresión partidista, resultaron elegidos dos diputados partidarios del régimen caído, los señores Ricardo Letelier y Juan Gmo. Zavala, el primero de los cuales, al primer síntoma de oposición, fué expulsado de la Cámara, quedando así el señor Zavala, como ejemplar único de la libertad electoral. . . Desgraciadamente y quizás atemorizado por lo que le había ocurrido a su colega de oposición, don Juan Guillermo guardó por todo el período un discreto o miedoso silencio, defraudando en tal forma a sus electores, que esperaban de su independencia e ilustración algo más que la mudez.

Había también en el Liceo, en un patio especial y que a los educandos de humanidades no se nos permitía visitar, un curso superior de *Ingeniería de Mina*, del cual eran profesores don Buenaventura Osorio, don Gerardo Fontecilla, don Francisco Urra y don Adolfo Formas, el último de los cuales era, un taciturno y filósofo maestro, al estilo de Flammarión, que gozaba de gran reputación de altruísmo masónico y de hombre de ciencia astronómica, que él traducía en artículos bastante bien escritos e impregnados de honda y sabia erudición.

*

* *

Y para completar esta detallada crónica sobre nuestro querido Liceo, paso ahora a referirme a otros elementos de menor cuantía, a los *Inspectores* del patio de los internos, que constituían nuestros empedernidos y a veces apasionados verdugos y que respondían a los nombres o apelativos del Ciego Veas, Tobías Courbis, Agustín Gallardo y Guillermo Escribar, el último de los cuales, por su extremada y no siempre atinada severidad y sus inveterados modos bruscos, era muy mal querido entre la muchachada, que despectivamente y aludiendo a sus toscas facciones había bautizado con el apodo de *Naríz de Pelotón*, quizá para consonarlo con otro epíteto de mayor y más ordinario calibre. . . . Llegaron a tales extremos las odiosidades contra el señor Escribar, que en cierta ocasión se produjo en su contra un verdadero motín, en el cual

jubilosa y ruidosamente todos los muchachos quisimos castigar a este verdadero Ciudadano Nerón, paseándonos por el patio en una gritería infernal en su contra, ostentando emblemas muy poco respetuosos y todavía coreando una estrofa que ex-profeso había redactado mi hermano Carlos y que a la letra decía, parodiando a la Marsellesa:

Quisiera ver a Escribar
Colgado de un farol,
Con tanta lengua afuera
Pidiéndonos perdón.

¡Fácil será comprender la batahola que se formó!...

Y, cosa curiosa, andando los años, mi hermano y yo, siendo ya hombres, nos tornamos en buenos amigos de don Guillermo, quien, al recordar las anteriores incidencias, se reía, relatándonos a su vez sus impresiones de impotencia ante tantas y tan reiteradas procacidades estudiantiles.

A los otros inspectores muy poco se les molestaba, porque guardaron siempre mayor deferencia y ecuanimidad con los educandos.

Para completar la planta de servicio a que estamos haciendo referencia, debe también hacerse mención de determinados empleados menores y hasta cierto punto anónimos; pero que jugaban un papel relativamente importante en nuestra situación

Me refiero al *Ecónomo*, al invisible Rosario, que tenía a su cargo todo lo referente a la proveeduría y bucólica del internado y a los *mozos* del servicio, entre los cuales, por tener la atención de mi mesa en el comedor, debo citar al buen Pedro, que solía agraciarnos con una repetición del postre inveterado, de los nunca bien ponderados alfajores, llamados entonces *Oquenditos*, de los que eran proveedores unas famosas niñas apellidadas Toro, a quienes por algo, cuando las visitábamos en su casa particular, inmediata al Liceo, las halagábamos con el cariñoso nombre de *Las Toritos Dulces*...

Toda esa extensa telaraña, esa complicada máquina de profesores y alumnos, de inspectores y personas del servicio interno, era manejada o más bien dicho, supervigilada por el Vicerrector del establecimiento, que en mis tiempos lo era el acreditado abogado don Fortunato Peralta, especie de lego sin sotanas, que se paseaba sigilosa y quedamente por

los corredores, oyendo o no oyendo los reclamos que ante él se formulaban.

De carácter extremadamente bondadoso, sino pusilánime, en los casos extremos de insurrección llamaba don Fortunato a su sala particular al cabecilla y lo sometía a un riguroso interrogatorio, que siempre terminaba con una reprimenda, que nadie temía y una afectuosa cachucha, ornamentada con la siguiente frase, que parecía estereotipada en sus labios:

—Bueno, pues, joven, espero que ésta habrá de ser la última vez que tenga que reprimirlo, ya que si usted llegare a reincidir, me vería en la dura y premiosa necesidad de *expulsarlo* del Liceo.

Sentencia que a nadie impresionaba, y tanto era así que en más de alguna ocasión, fuí testigo del hecho insólito de que el propio y recién amenazado o emplazado de expulsión, se tornara sigilosamente y en puntillas, al escritorio de la Vicerrectoría y disfrazando la voz, tras de un biombo, le gritara:

—Fortunato, cara de gato.
Tírate un flato, garabato,
Y si no lo haces, te mato.

La única vez que vimos al señor Peralta mostrarse efectivamente enérgico y hasta temerario, como que casi me costó la destitución efectiva del colegio, fué al fallar una niñería, encabezada por mí y que estuvo a punto de degenerar en una sublevación de los internos, por lo que merece ser referida:

Héla aquí:

Servía los oficios de ecónomo del Liceo, como ya lo he dicho, un empleado muy meritorio, a quien simplemente llamábamos Rosario, por ignorar su apellido y como éste solía mal selectar y variar nuestro escaso y mal condimentado menú, se acordó en cierta ocasión, protestar en cuerpo de ello ante la Vicerrectoría, y como ésto tampoco nos diera resultado, resolvimos iniciar una campaña que en otra forma nos condujera a satisfacer tan legítima aspiración.

Tal fué el origen de una superchería que, para mal de mis pecados, me fué encomendada y que consistía en inventar una estratagema que condujera a los inspectores del comedor, nada menos que a convencerse por sus propios ojos, de que para ahorrar dinero se nos estaba alimentando con carne de ratón. Como se oye, con carne de ratón.

Y, efectivamente, días después, en circunstancias en que presidía nuestra mesa el inspector Gallardo, deslicé furtiva y maliciosamente una cola de esos inmundos bichos en un *lechuguín* (que era uno de los números más repetidos en el *menú*), y tan pronto como di a conocer, ruidosa y airadamente tal hallazgo, se produjo en la sala una gritería infernal y protestas tales que yo mismo, aunque autor de la superchería, llegué a estimar como exagerada. Todo el alumnado se puso airadamente de pie y en medio de la general protesta, disparó los platos por el amplio comedor, formándose con ello una sonajera y bullicio fácil de comprender.

Mientras tanto don Agustín, que no había presenciado el hecho de prestidigitación y que hasta lo creía cierto, se puso de nuestra parte e impuso de lo ocurrido al Vicerrector, quien no tardó en iniciar una pesquisa, que hubo de terminar desfavorablemente para su autor, pues yo, asustado de las proporciones que había tomado el asunto, concluí por confesar el embuste, lo que en estricta y benévola justicia, me valió tal reprimenda que estuve en un triz de ser *expulsado* del Liceo, por sedicioso y embustero...; pena que después de muchos trajines, me fué trocada por una semana de encierro, a *pan y agua*, que soporté sin protesta, ni lloriqueos, ya que era el primero en estimar que bien me la merecía.

Sin embargo, todos estuvimos después contestes en que nuestro menú se hizo desde entonces con más cuidado y sobre todo más variado.

¡La mentira, triste es decirlo, había logrado sus efectos!

De entonces hasta hoy, va transcurrido ya casi medio siglo y, grato me es decirlo, el señor Peralta, única reliquia del personal directivo de aquellos tiempos, vive en pleno ejercicio profesional en La Serena, conservando el mismo carácter suave y ecuánime que lo caracterizaba, y rodeado de la consideración y afectos del gremio forense.

Lo transcrito y muchas otras incidencias que para no alargar este relato estudiantil, dejo en el tintero, manifiesta que en el Liceo se me tenía hasta cierto punto, como el gran cabecilla de todas las colegialadas o inocentes maldades de ocasión, lo que paulatinamente había conducido a que el *Chupete Martín* (que tal era el apodo con que siempre se me designaba en el Colegio), adquiriera merecida fama del "*Enfant terrible*"; pero a pesar de tantas y tan explicables travesuras. justo también, es decir, que en mis clases fuí por lo general, de los primeros, como lo acreditan la lista de las votaciones obtenidas

en los exámenes durante los seis años de mis humanidades (1882-87), que tengo a la vista, por la que consta que en casi todos mis ramos obtuve distinción unánime y en muchos de ellos los mejores premios, sobre todo en los cursos superiores que dirigía don Bernardo Ossandón y don Pacomio Gómez Solar, de Ciencias Naturales y de Literatura, quienes siempre y paternalmente me estimulaban con sus consejos y aplaudían mis éxitos, sin disimular mis travesuras.

Que llegue hasta las regiones de lo infinito, en que hoy moran, las expresiones de mi sincero agracedimiento.

*
* *

Y para completar esta ya larga relación de mi estada en el Liceo, (que bien puede, andando los años, adquirir importancia, para los que quieran historiar la instrucción pública de mi ciudad natal), podría aún referirme con igual minuciosidad a mis condiscípulos; pero como ello me conduciría a algo demasiado extenso, me limitaré únicamente a dar los nombres de los cuarenta compañeros que conmigo, llegaron a la meta de los estudios, al final de las humanidades. Los demás lamentablemente quedaron en el camino.

Hélos aquí:

Agustín Alfonso Muñoz, Carlos Allard, Francisco Araya Benett, Carlos Bravo Monardes, Maximiliano Barrios, Rodolfo Cantuarias, José Fco. Cifuentes, Emiliano Carmona, Manuel Castro Valdivia, José Tomás Campaña, Rafael Humeres Cristi, Juan Herrera, Carlos Illanes Beytía, Abdón Giliberto, Perfecto Lorca Marcoleta, Samuel Lawrens, Joaquín Larraguibel, Carlos Marín Vicuña, Román Muñoz, Francisco Muñoz, Julio Montebruno López, Alfredo Mery Peñafiel, Carlos Mery Peñafiel, Santiago Marín Vicuña, Manuel Moya, Angel C. Magallanes, Francisco Martínez, Enrique Molina Garmendia, Reinaldo Niño de Cepeda, Rafael Naranjo, Carlos Osorio Cuéllar, Tomás Ossandón O'Sche, Carlos Parodi Casanueva, Diego Pérez de Arce, José Manuel Piñera, Augusto Pulido Illanes, Ramón Solar Vicuña, Alfredo Solar Vicuña, Alberto Torres Tornero, Pedro Balla, José Viera-Gallo, Manuel Vicuña Cifuentes y Eduardo Williams.

De los nombrados, apenas si la cuarta parte vinieron a Santiago a perfeccionar sus estudios, en la Universidad, y de ellos sólo muy pocos llegaron a triunfar en la vida.

—¿Y qué se ha hecho el grueso saldo?

—Lo ignoro, porque entre nosotros, por desgracia, los condiscípulos, una vez salidos de las aulas, perdemos ya todo contacto y hasta las mismas fisonomías se esfuman de los recuerdos...

Delante de mí tengo una fotografía del internado y medio pupilaje de 1887, y tristemente debo confesar, que muchos de los rostros que ahí figuran, ni siquiera podría asegurar a quienes corresponden, y a la inversa, muchos nombres que aun acuden a mi cerebro, no podría decir cómo fueron, lo que es de sentir, porque el alumnado que por años y años, hace la vida tan en común, tan de hermanos, debiera, a través de las vicisitudes de la existencia, no perderse nunca de vista y hasta auxiliarse en caso de necesidades, ya que la suerte suele ser tan variada y tan contingente en sus veleidades.

Iguales reflexiones hacía en cierta ocasión, en Italia, el gran literato Edmundo de Amicis, quien, en la plenitud de su gloriosa existencia, dolorosamente solía exclamar, aludiendo a sus ignorados y quizás perdidos condiscípulos:

“Durante mucho tiempo he tenido a la vista la personalidad evidente de cada uno de ellos. Eran trescientas caras coloradotas, que me sonreían, y trescientas chaquetas que daban a conocer la condición de sus padres; pero, poco a poco, todos aquellos rostros se han confundido en una sola faja de color de rosa y todas estas chaquetas, en un tono pardo y uniforme; todos sus movimientos en una agitación temblorosa, indistinta y todas aquellas voces en un murmullo difuso, que tiende a más y más desaparecer”.

¡Esa es la vida!

¡Cuántas veces el triunfo pertenece no a los más capaces, sino a los más audaces!

Audaces fortuna juvat, decían los latinos.

Y así, corriendo y corriendo los años, en abril de 1888, al optar al título de Bachiller en Matemáticas, dí término feliz a mi *vida liceana*, empezada seis años atrás, trasladándome después a Santiago, para ingresar al curso de Ingeniería de la Universidad de Chile, regida entonces por su digno Rector, don José Joaquín Aguirre, que en octubre de ese mismo año, en Claustro Pleno, y por manos del Secretario General don Adolfo Valderrama, me hizo entrega solemne del Diploma correspondiente.

Había, pues, concluído mi traviesa vida estudiantil de los

cursos superiores y entraba a la universitaria, ya de mayores responsabilidades y de más alto tono.

El niño, en tal forma, se trocaba en hombre. (*)

*

* *

Y para dar término a estas *reminiscencias íntimas* de la niñez, por las que han desfilado tantos nombres y tantos recuerdos, quiero aún dedicar algunas líneas al viejo y recordado hogar de mis mayores y a la hermosa ciudad que me vió nacer, pagando así un tributo de afecto que no quiero, ni debo silenciar.

Mi familia vivía por aquellos tiempos, en el viejo y querido caserón de la calle Catedral, donde también habían nacido y vivido mis antepasados Vicuña y que hoy ha sido transformado en casa comercial.

¡Con qué fidelidad lo recuerdo a través de los años!

Era un edificio amplio, casi señorial y de un piso, cuyo primer patio sombreaba dos corpulentos y verdinegros naranjos, que embalsamaban el aire con la fragancia de sus blancos azahares.

Más al fondo, seguía un otro patio, rodeado también de edificios bajos y en cuyo centro se erguía, entre palizadas de sostén, un viejo chirimoyo, de muy sazónados frutos, al cual formaban guardia de honor hasta seis seculares lúcumos y otros tantos chañares; pero lo que más nos atraía cuando niños, no eran aquellos generosos y prolíficos árboles, sino el espacioso huerto del fondo, donde se ostentaba la verde hortaliza, que trabajosamente aun laboraba el viejo ño Mondaca, casi centenario ya, tamizada de papayos, de frondosas higueras y de floridos perales, cuyos sazónados frutos nunca saciaban nuestras inagotables golosinas de la juventud. Era ahí, pues, donde yo y mis hermanos, nos hartábamos de sabrosas frutas y donde alimentábamos también nuestra ya naciente imaginación con las espeluznantes narraciones de duendes y brujerías que el viejo hortelano nos regalaba y que solía alternar con recuerdos y anécdotas de antaño, de los ya esfumados tiempos del *patrón viejo*, del Tata Joaquín, glorioso coronel y gran patriota que en las llanuras de Soco supo exterminar a

(*) En los Anales del Instituto de Ingenieros, correspondiente al mes de octubre de 1932, publiqué, con este mismo título, un otro artículo, hasta cierto punto complementario del presente, en el cual consigno datos interesantes sobre mi vida *universitaria*.

los godos de la patria vieja y que después, por años y años, gobernó a la naciente provincia con tanta prudencia, como apacible buen sentido.

¡Añoranzas de antaño!

En aquella época, último tercio del siglo pasado, La Serena no era aún la ciudad de hoy, que empieza a tener los aires de una señora endomingada; pero tampoco era el humilde y mísero caserío descrito al Rey por el diligente Gobernador don Ambrosio O'Higgins, casi al finalizar su prolífico gobierno. Sin embargo, aun se conservan en sus regularizadas *manzanas*, los bajos y mal tejados edificios de la Colonia, que daban frente a polvorientas y mal empedradas calles, por cuyo centro corrían, a tajo abierto, nauseabundas acequias, que en sus casi diarios desbordes y aniegos, pestilaban el ambiente y amagaban la salubridad local.

Nuestra querida ciudad era, pues, entonces algo muy similar al Santiago, de los comienzos del siglo, de ahí que, parodiando el decir del viejo cronista Pérez Rosales, podríamos traducir así sus míseros deslindes:

Al *norte*, el basural del Coquimbo; al *sur*, el basural de La Pampa; al *oriente*, el basural de Santa Lucía, y al *poniente*, el basural de la Barranca del Mar.

Por fortuna, dentro de tan poco envidiables suburbios, existía un caserío modesto si se quiere; pero poetizado por las viejas torres de los viejos Conventos y por los altos y perfumados magnolios de los extensos y clavelosos solares, plantados quizás por las propias manos de sus legendarios fundadores, por aquellos bravos soldados de antaño que respondían a los nombres homéricos de Aguirre, Cisternas y Riberos, que la historia conserva en sus páginas de honor y gloria.

Era, pues, el modesto y querido caserío de mi niñez un centro de vida apasible y grato, de ahí que, cerrando los corpóreos ojos, acuda hoy a mi espíritu, con los gratos colores de la simpatía y el eterno recuerdo de la gratitud, precioso licor de oriente, que se perfuma en las almas grandes y se esfuma en las pequeñas.—SANTIAGO MARÍN VICUÑA.

LA CONDESA DE NOAILLES, RECORDADA A GRANDES Y PEQUEÑOS RASGOS

VUELTO a París después de seis meses de ausencia, sería inútil preguntarme qué hay de nuevo en el campo de la li-

teratura: pero podría sí responder y sin vacilar, qué hay de menos: hay de menos la Condesa de Noailles...

Fué una de las mujeres más interesantes de Francia y de las más originales de la época. Confesaba haber nacido en 1876, en París. Era de familia rumana, como Carmen Sylva y Elena Vacaresco. Por la línea paterna pertenecía a una rama principesca de Valaquia. Una de sus abuelas, — “dama de ojos alargados”, — era griega, cual la madre de André Chenier; y la propia madre de la poetisa arrancaba de la familia Mousurus, originaria de la Isla de Creta y famosa por su cultura: miembro de ella fué cierto Cardenal que colaboró con Erasmo en varias obras y autor de estudios sobre Platón; Mousurus Pachá, abuelo de la Condesa y Embajador de Turquía en Londres, dejó una traducción del Dante al griego antiguo; y Constantino de Brancoven, hermano de la Condesa, dirigió en París por largo tiempo, “La Renaissance Latine”... Semejante torre de Babel ancestral, tan exótico bagaje, produjo resultados. Casó la señorita de Brancoven con diplomático francés y continuó ligada así o mayormente ligada aún, a la aristocracia de la sangre; pero prefirió ella la aristocracia del espíritu. Desde joven mantuvo ciertas “liaisons” que la chamuscaron en el escándalo sin alcanzar a pulverizarla, y fué fiel por muchos años a su amistad literaria con Maurice Barrés. Y fiel, sobre todo, a su divino y nunca bien ponderado capricho de hacer y decir cuanto le vino en ganas. Y decía de modo hermosísimo, nuevo, fragante, profundo, envolvente y audaz. Eminentemente artista, fué le primera poetisa latina de su tiempo y, por sus encantos de mujer hábil, coqueta, influyente y amada, fué figura parisiense de primer plano.

Madame de Noailles perteneció a numerosas Academias de Francia y del extranjero. En 1920 obtuvo el Premio de Poesía otorgado periódicamente por la Academia Francesa. Y ese mismo año fué elegida miembro de la Real Academia de Bélgica, cuyas palmas le fueron entregadas por las propias manos del Rey Caballeroso y Heroico, Rey de leyenda, en lo futuro. Posó para los más notables artistas contemporáneos, Helleu, Blanche, La Gandara, Rodin, Lazlo, Forain y, últimamente, cuando alcanzó la dignidad de *única mujer Comendador de la Legión de Honor*, Van Dongen la estimó digna de ser también su modelo. E hizo de la Condesa un retrato bizarro, discutible como todo lo de Van Dongen y que es, seguramentz, postrer retrato de una mujer bella aun...

De Madame de Noailles circulan hasta ahora muchísimas

anécdotas en París. Yo podría ensartarlas como perlas. Pero prefiero evocarla, recordar las varias veces en que la vi, en que la escuché. Más de alguna vez, en su propia casa de la rue Schaffer. En el "Salón des Annales", en diversas ocasiones. Una noche, en el "Bal des Petits Lits Blancs", cenando ella con Tardieu, cuando éste era Presidente del Consejo de Ministros. Una tarde, durante un "cocktail party" en el estudio de André David, pintor y escritor. Y, por último, en el "vernissage" que de sus acuarelas hizo André David en la Galería Bernheim. Conversaba ella con el Mariscal Lyautey. Era verano y estaba, sin embargo, abrigada, pálida, más ojerosa que nunca, frágil, ingravida como jamás. Yo no deseaba interrumpirlas, pero ella me advirtió, alargó su mano de orquídea a través de varios hombros, y me dijo esta frase cuyo sentido tomó toda su fuerza cuando supe la muerte de la extraordinaria mujer:

—No se imagina Ud. cómo estoy de fatigada, por eso no he respondido a su última carta. Pero Ud. no me guarda rencor, ¿no es cierto?... Usted cree como yo que sólo los hilos misteriosos aprietan la amistad...

Puede ser. Y es desenvolviendo esos "hilos misteriosos" que, en este artículo, quisiera rendir todo mi homenaje a la que se ha ausentado para siempre.

Recuerdo que un día me dijo:

—La poesía debe participar de carácter de juventud y, a la vez, de eternidad. El poeta debe mirar hacia el porvenir, vivir en el presente y permanecer fijo, empero, en el pasado. Debe expresar el mayor número de verdades posibles, no debe cerrar su círculo espiritual, y sí tratar de extenderlo a varias generaciones. Yo quisiera ser tan bien comprendida por el anciano como por el hombre maduro y por el adolescente. Si los muertos pudieran despertar, quisiera ser comprendida por ellos, así como ansío impresionar a quienes nazcan mañana. Para alcanzar tal resultado es necesario, pues, que la poesía participe de caracteres de juventud y de eternidad... La poesía no es tortura ni violencia. Es un azar. El pensamiento nace hecho poesía y se expresa en forma poética. Inteligencia y emotividad hacen a los poetas. Es un error creer que la inteligencia no es un don en ellos natural. El genio de Víctor Hugo era antes que nada "genio de inteligencia..."

Pasó la Condesa a hablarme sobre sus preferencias literarias:

—En arte soy, naturalmente, individualista. Entre las mujeres que escriben, estimo a Gérard d'Houville y a Colette. Pe-

ro ¿quiere saber Ud. cuál es el poeta moderno que mayormente ha influido en mí?... Francis Jammes. Yo había compuesto ya dos libros, "El Corazón Innumerable" y "A la Sombra de los Días" cuando leí versos de Jammes, y a mí misma me parecieron escritos como si el amor de Jammes por la naturaleza me hubiera sido revelado antes... En veces también me emociona Paul Claudel con sus sonoridades de órgano conventual, a pesar de que está muy lejos de mi espíritu... Corneille, Racine, Hugo, Musset, (yo no amo a Lamartine, no obstante saber que es un gran poeta; yo no puedo pasarlo), son evidentemente los maestros que me han impresionado de modo más fuerte; pero el que ha permanecido mi favorito y del cual me he nutrido tanto como de Baudelaire, es Ronsard...

Madame de Noailles, como la mayoría de las gentes de letras, no perdía oportunidad para hablar de sí misma. Y llegó al extremo de dar una conferencia sobre su modalidad poética propia, sobre cuánto ella llamaba "la lira natural". Yo no había llegado aún a París, pero la poetisa tuvo la amabilidad de dármele a leer más tarde.

—Es en la naturaleza, — comienza declarando, — donde yo tomo "mi lira natural". "Los rayos del sol, los follajes móviles, la lluvia ligera, componen cuerdas innumerables, a la vez que las alas de la lira están formadas por mis brazos, por mis brazos alzados y extendidos, como en actitud de éxtasis..."

"Misión noble y cruel la de la poesía", continúa ella. "Es preciso sufrir el hecho de ser poeta para comprenderlo así. Un corazón abierto es corazón que mana sangre. Pero, al propio tiempo, ¿no participa la sangre de toda nuestra vida? Durante la felicidad, asalta la sangre las bellas mejillas y por ellas quisiera escaparse; durante los dolores oprime el corazón y calladita le aconseja con infinita claridad; en la maternidad se transmite la sangre, y con cuánta alegría! Y a impulsos del deber y de la gloria, se esparce por la tierra que fué de los abuelos, regándola, y tiñendo esa imagen única, la de los ancestrales, ante la cual se inclina profundamente la poesía eterna!"

Pasada la exaltación lírica, exprésase la poetisa con mayor naturalidad:

—Desde niña, — cuenta, — mis maestros en poesía han sido Corneille y Racine, por las recitaciones que de ellos hacían mis padres y porque en seguida me han acompañado siempre, el uno por su heroísmo; el otro por su pasión. También me he dejado guiar por Hugo, y por Musset, y por Chateaubriand. El genio de Rousseau se me hizo sensible más tarde, cuando

respiré en los paisajes de Saboya el recuerdo de sus potentes suspiros. A los quince años caí enferma por largo tiempo. Y pienso ahora: ¿Qué hubiera sido de mí entonces sin Montaigne? ¿Qué, sin Pascal? ¿Hubiera tenido bastante coraje para sufrir, sin Voltaire?... Y cierto día Federico Nietzsche hizome la consoladora gracia de despertarme, de resucitarme. También bendigo a Taine, y a Anatole France, que me enseñaron a descubrir la Grecia. Después corrí el peligro de querer escribir como Loti. ¡Como Pierre Loti! ¿Puede concebirse semejante pretensión?... Desde esa época, los poetas que han inspirado mis cantos, son: el sol, el silencio, la noche estrellada, el dolor... El dolor sobre todos, porque cuando mis poemas parecen alegres, es porque quiero negar o adormecer el dolor; y cuando son tristes o heroicos, es porque me resigno con valentía, y porque me uno a la fuerza dolorosa que posee al mundo. Lo digo, lo repito: el dolor es fuente de bondad, y la bondad, a su vez, merece que a propósito de ella se repita eternamente aquella frase sublime de Beethoven: "Yo no reconozco otra fuerza superior que la bondad".

Comentando su propia conferencia, Madame de Noailles me contaba un día:

—Comencé a escribir a los diez años. Hasta Amphyon, donde estábamos residiendo, vinieron por esa época, casi simultáneamente, un príncipe reinante y Federico Mistral. Todas mis preferencias fueron para el poeta... Entre los doce y los diez y siete años, escribí únicamente en prosa. Pero me enamoré y volví al verso... Sólo en 1901, después de casada, salió a luz mi primer libro: "El Corazón Innumerable", coronado por la Academia Francesa. Y desde entonces...

Desde entonces produjo la escritora no menos de diez volúmenes líricos, dos novelás, un primer tomo de "Memorias", cientos de artículos, cientos de conferencias y miles de reflexiones. Sentencias que lanzaba al aire, ora a los periodistas que iban a entrevistarla, ora con ocasión de las encuestas a que debía responder... Y aunque cuanto dijera fuera leve, era a la vez, profundo. La muerte fué su eterno caballo de batalla. Sentía que iba a desaparecer antes de tiempo y lo lamentaba, pues iba a privarse del espectáculo del mundo; pero como mujer coqueta que fué, entregóse al encierro a medida que fué perdiendo en fuerzas y, sin duda, en atractivos. No alcanzó a sobrevivirse y supo librarse de que se le aplicara una de sus más crueles frases, aquella que en "El Rostro Maravillado" reza así: "Ni a las re-

ligiosas, cuando llegan a la vejez, se las toma en cuenta para nada..."

De cuantas cosas se han escrito a propósito de la Condesa de Noailles, es sobradamente interesante algo de Remy de Gourmont, publicado en 1905 con motivo de haberse editado por entonces una novela de esta señora: "La Dominación". Y es de interés tal página crítica, porque Remy de Gourmont vapuleó firme a las literatas. Decía de ellas: "Son como los nobles de la época de Molière: lo ignoran todo y simulan saberlo todo". Con madame de Noailles resulta, pues, casi amable:

"Abusa en su literatura de su condición de mujer. Pero abusa con elegancia. Escribe en lengua bella, con gracia en el estilo y aun con encanto". Mas, luego agrega: "Pocos hombres, hasta aquellos que no tienen continuidad en las ideas, serían capaces de concebir una novela tan desordenada y tan oscura como "La Dominación". ¿He dicho concebir?... ¿Qué hay de concebido en tal libro, si no es el título y las primeras páginas? Es un balbuceo de pájaro lírico, y no otra cosa. Vuela, planea, vuelve a ascender, nada alternativamente en todos los azules: en el de los cielos, en el de las aguas, en el de las almas, en el azul de las pupilas. Va según su capricho o, mejor expresado, según su lógica particular, ya que entre las aves no hay caprichos, seguramente, sino obediencia a direcciones misteriosas, a leyes de una naturaleza que los hombres aun no comprendemos. Parece que madame de Noailles se detuviera en la mitad del camino, y allí se sentara a soñar, a soñar cómo es de dulce olvidar el fin de su viaje! Todo lo pierde en brumas que ocultan al peregrino la cima de la montaña; pero de qué modo encantador nos describe esas brumas y cuánto azul pone aún en las tinieblas!" Vuelve de Gourmont a exaltarse: "Cosa curiosa: en esta novela escrita por mujer, se desdeña a la mujer, "quien cesa de vivir en el momento mismo en que ya no se vive para ella", proclama la autora. En resumen: "Dominación" es una novela absurda, tan absurda como los cientos de novelas que aparecen todos los años pero quien la suscribe revela un gran talento y es una especie de genio del estilo. Caso de transcribir sus imágenes exquisitas y nuevas, hubiera que transcribir casi todo el volumen. Hay lirismo, a pesar de la incoherencia". Finaliza Gourmont su juicio con estas palabras: "La Dominación", lo mismo que "Le Visage Emerveillé", deben ser considerados como poemas y debemos leer algunas de sus páginas con olvido absoluto de que forman parte de un conjunto, pues ese conjunto es incomprensible.

La mujer aquí ha ahogado al novelista, y el sentimiento ha ahogado al propio tiempo en la mujer el poco de razón constructiva de que es capaz su inteligencia. Y he aquí una mujer que escribe sin imitar el tono de los hombres. He ahí su gran mérito y su gran encanto”.

Remy de Gourmont firmó lo anterior en 1905, como dije. Pues bien, Fernando Santiván, en 1933, al prologar la excelente traducción que acaba de hacer de “El Rostro Maravillado” para la Empresa Letras de Santiago, afirma más o menos lo mismo: “¿Poemas? ¿Novela? Ni una ni otra cosa, y, al mismo tiempo, las dos. Es una novela escrita por un poeta. Si todos los poetas escribieran sus novelas en forma parecida, acaso cambiarían sus frecuentes fracasos, en seguro éxito. Es la fórmula precisa. Ni la misma Mathieu de Noailles ha resultado escribiendo novelas en otra forma. “Le Visage Emerveillé” fué un acierto, el mejor de su vida, el que se convierte, — hijo parricida, — en el rival del propio autor”, Y Santiván termina con estas palabras: “El Rostro Maravillado” es para nosotros la expresión quintaesenciada de la “feminidad”; de ese don que las mujeres de la tierra no debieran abandonar jamás, a pesar de las conquistas efectuadas por ellas en el campo que antaño sólo perteneció al hombre. Sin esos atributos que la naturaleza depositó en sus manos, la vida perdería su encanto. ¡Viva y triunfe el feminismo todo lo que quiera y en los dominios que le plazca, pero conserve la mujer ese frágil atributo divino, ese exquisito privilegio de ser dulce, de ser débil, de ser misteriosa y contradictoria”.

Sin embargo, la amiga de Barrés consiguió notoriedad mundial, gracias a su verso y no a su prosa. En su carácter de poetisa alcanzó los más subidos tintes de la crítica. Gastón Rageot, por ejemplo, al dar en París una conferencia sobre la poesía de madame de Noailles, declaró, en presencia de la propia escritora, cosas como éstas: “Dos seres me han procurado la impresión del genio: Henri Bergson y la Condesa de Noailles. El uno, en el mundo del pensamiento, y la otra en el de la poesía, han abierto perspectivas nuevas. Puedo declararlo ante ella, ya que ella misma sabe que no es tanto su mérito: para mí encarna solamente una fuerza de la naturaleza. Por eso puede decir la artista como ha dicho: “El trabajo es mi sola felicidad, mi consuelo, mi vida”. Es claro, si ella compone sus versos tendida muellemente en la chaise-longue, junto a su ventana abierta ante el Infinito... No puede aplicarse a su genio la frase de Newton, aquello de la larga paciencia, pues en ella el genio se presen-

ta con toda la vibración del instinto; el genio de ella es la palpación misma de la vida..." Continúa Rageot hablando: "¡La vida! ¡La muerte! La muerte constituye para ella el reposo, un reposo que "pone fin a la ebriedad de vivir". Pero tal fin ha de venir a su tiempo. Lo odia cuando es prematuro, cuando mutila jóvenes. Por ello ha lanzado gritos impercederos contra la guerra, voces en que ha concentrado infinitas angustias maternas y la rebelión de la humanidad, todavía sangrante. En versos dedicados a su único hijo, dice:

"Mon coeur, de jour en jour, est moins habitué
a la mystérieuse et sanglante démence,
et je songe a cela, d'un coeur accentué,
cependant qu'absorbé par l'Histoire de France,
tu posee sur la table, avec indifférence,
ta main humble et sans gloire, et qui n'a pas tué..."

A pesar de reconocerse nutrida por Ronsard, nacida la Condesa en una época en que la mujer opina sobre todas las cosas y con mayor libertad seguramente que la usada por los antiguos poetas de Corte, pudo abarcar, con la amplitud de su musa, situaciones y circunstancias en que se reveló dotada de un estro fuerte, anatemático, exaltado hasta el delirio, como en aquella composición a Jean Jaurés, el pacifista, "a quien ví desaparecer cual ciudad en llamas", — canta, — para gritar en seguida, ebria de admiración: "Oh, tigre de la Paz!"

Muerta la Condesa de Noailles, Emile Henriot, entre cien otros, dedicó un estudio a su personalidad, en "Le Temps", y afirma que la extinta tuvo más genio que talento. "Su genio, explica el autor, consistía en la expresión espontánea, magnífica en su exuberancia y que parecía la voz misma de las cosas cuyo espectáculo la había embriagado... Había algo en ella de Shéhérazada, la de los cuentos, que relataba para no morir..."

¿De qué murió madame de Noailles?... De ese mal misterioso cuyo nombre no existe en medicina y que los médicos no logran detener; mal que sólo sufren los artistas, ya que entre ellos están las víctimas en un porcentaje que aterra; mal de que han muerto Rafael, Albert Samain, Chopin, Watteau, Mozart, Novalis, Schubert, Bellini, Proust, acaso Amado Nervo y seguramente Musset.

... ¿En ella?... El exceso de su propia poesía... Nadie la vió apagarse, salvo el marido y el hijo. Encargó que la ataviaran de blanco y prohibió que las gentes saciaran su crueldad y su

curiosidad ante su cadáver. No quiso ser observada en su aparejamiento con la muerte y negó a las "amigas" el placer de verla desencajada. No ha faltado una, sin embargo, que se ha dado gusto con la lengua. Y una que ella admiraba: Colette. Interrogada sobre su impresión ante el desaparecimiento de la Condesa de Noailles, dijo a un periodista: "Ella misma lo había escrito: "Soy inútil, pero irremplazable". La vieja socarrona está contenta de contar una rival menos, — ¡y qué rival! — Pudo haber simulado la generosa y haber dicho solamente lo último, *irremplazable*, porque inútil, inútil no lo fué jamás. Fué la primera mujer de letras de su tiempo, mal que pese a todas las "Claudinas".—EUGENIO LABARCA.

LOS LIBROS

RELIGIÓN

LEYES DE MANÚ. — INSTITUCIONES RELIGIOSAS Y CIVILES DE LA INDIA.—“Editorial Bergua”. Madrid.

No es fácil precisar con entera exactitud—cuando más con cierta aproximación—la época en que fueron redactadas las *Leyes de Manú* a pesar que el conocimiento que sobre la fecha de su redacción existe es más seguro que las informaciones referentes al autor de ellas. Uno de los mejores traductores de las *Leyes de Manú*, William Jones, basándose en realidad más en suposiciones y conjeturas que en hechos concretos, intentó ubicar la fecha de la redacción por el año 1280 o en el 880 antes de Jesucristo. Esta misma vacilación para determinar una fecha exacta indica en Jones la poca seguridad que poseía para fijar con certeza el tiempo en que las *Leyes de Manú* fueron concebidas. Pero Chezy, sin duda con más fortuna y más aproximado desde luego a la fecha auténtica, remonta la época de la realización del *Manava-Dharma-Sastra* o sea el *Libro de las Leyes de Manú* al siglo XIII antes de la Era Cristiana.

No es difícil comprobar la verosimilitud de esta afirmación si, junto con Loiseleur, nos basamos en las leyes mismas de las cuales pueden desprenderse algunos puntos esenciales que indican que la aseveración de Chezy no anda descaminada, como apunta el traductor español de la obra. Ahora, de algunos de los puntos a que se ha hecho referencia pueden escogerse entre otros, dos, en verdad irrefutables, y que sirven para mantener la afirmación de Chezy. Ellos son:

1.º La relación estricta de las *Leyes de Manú* con *Los Vedas*, cuya antigüedad es ya indiscutida; y

2.º Que en las *Leyes de Manú* no se hace mención de ningún individuo posterior al siglo XII ni aun a personajes tan

famosos e importantes como el Buda, lo que prueba que el *Manú* es anterior a éste que, como se sabe, vivió mil años antes que Jesucristo. Estas razones son más o menos suficientes para comprender que la redacción de las *Leyes de Manú* datan del siglo XIII—aunque es imposible fijar un año determinado,—antes de la Era Cristiana.

En cuanto al autor de estos célebres códigos los datos existentes son más inciertos e inseguros. Lo más probable es que tales leyes sean obra de un sabio legislador llamado Manú, que en el transcurso del tiempo ha sido “divinizado y confundido con uno de los santos personajes que, según creencia de los hindúes, rigen el mundo”. O tal vez que alguien llamado Manú haya sido el autor de las más importantes de las leyes precitadas, atribuyéndole la paternidad de las demás que muy bien pudieron ser escritas por otros legisladores, ya que, tanto por la cantidad, diversidad y sabiduría de las mismas, no es aventurado suponer que en su redacción hayan intervenido varios individuos.

Siguiendo la mitología hindú, son catorce los personajes heroicos de la India y Manú es el nombre de cada uno de ellos. Estos Manú, uno a uno e independientemente son el principio y al mismo tiempo, el jefe de un espacio de tiempo al término del cual el mundo sufre una destrucción transitoria. Hasta hoy solamente siete Manú han descendido a la tierra, siendo el primero de ellos el padre de la humanidad, el que es autor de las célebres leyes, y que fué salvado del diluvio por un pez poderoso que tenía un cuerno en la cabeza, al cual Manú ató un cable arrastrando así el navío que éste había construído por mandato del mismo pez, que no era otro que Brahama.

“Este primero y más poderoso de los Manú—o sea el autor de las leyes—procedía según el propio libro primero de estas leyes, en línea directa e inmediata del mismísimo Dios universal, principio y esencia de todas las cosas. En efecto, habiendo el soberano Maestro dividido su cuerpo en dos partes, se transformó mitad en macho, mitad en hembra, y uniéndose a esta parte hembra engendró a Viraj. Entonces Viraj, hijo del Ser Supremo, produjo de él mismo, entregándose a una devoción austera, a Manú (nieta, por consiguiente, del Dios Soberano), creador a su vez, de todo el universo, y quien, deseando dar nacimiento al género humano, produjo, después de haberse entregado a las más penosas austeridades, a diez santos eminentes, señores de las criaturas, que a su vez engen-

draron a otros siete Manúes, a los dioses menores, a toda una caterva de semidioses y, finalmente, a la Naturaleza entera. He aquí por qué al primer Manú se le apellida Swayambuova, es decir, salido del ser que existe por sí mismo. Y he aquí por qué también, al atribuirle a él este famoso *Libro de las Leyes*, se añade que le fué rebelado por el mismo Brahama”.

En lo referente al contenido de *Las Leyes de Manú* es éste tan variado y numeroso que sería vano pretender siquiera sintetizarlo en un comentario tan breve como el nuestro, pues las *Leyes de Manú* no están circunscritas únicamente a organizar las relaciones de los individuos entre sí o con la sociedad, ni en la especificación de las penas y castigos por las faltas o delitos cometidos sino que su contenido es extraordinariamente más amplio porque, como manifiesta el traductor, en sus doce libros no tan sólo se trata de lo que pudiéramos llamar Derecho Público sino también del privado. Además, encontramos en ellas nociones sobre los más diferentes aspectos de la vida que, más que leyes o códigos, *El Libro de Manú* es una de esas obras fundamentales donde se hallan reunidos la esencia de todos los conocimientos que se han atesorado a través del tiempo por un pueblo hasta el momento de ser estructurada. En consecuencia, demuestra también el grado de su civilización.

“Así vemos—dice el traductor—en efecto, que, además de las materias de que se ocupa ordinariamente un código, se hallan reunidas en las *Leyes de Manú* cosas tan complejas y diversas como un sistema cosmogónico, ideas metafísicas, preceptos morales, a modo de normas, a que el hombre debe ajustar su vida en los diversos períodos de su existencia; numerosas reglas relativas a los deberes religiosos, a las ceremonias del culto, a las prácticas piadosas y a las expiaciones; otras de purificación y de abstinencia, y máximas morales, y nociones de política y de arte militar, y de comercio; en fin, hasta una exposición de las penas y recompensas después de la muerte, así como de las diversas transmigraciones del alma y medios de alcanzar la beatitud”.

En cuanto a la traducción española que ha hecho Juan España, es la mejor que conocemos en nuestro idioma, utilísima por su fácil manejo, debido al Índice Analítico donde está dividido por materias el contenido de las Leyes, lo que hace encontrar en un momento los versículos que se refieren a lo que a uno le interesa buscar de inmediato.—A. T.

HISTORIA

DÍAS PRELIMINARES, por I. Naumov.

En una nota prefacial que viene en *Días Preliminares*, dicen los editores, que este libro de Naumov completa la visión de la revolución bolchevique.

“El libro de John Reed — *Diez días que estremecieron al mundo*, continúa la nota—describe el panorama del levantamiento de octubre. Este, de Naumov, lo completa admirablemente. Aquí está reflejada la acción directa y el heroísmo de los obreros de Leningrado. Las descripciones de hechos vividos, demuestran la intensidad del movimiento revolucionario desde el punto de vista del pueblo, de la masa proletaria y ayudan eficazmente a conocer la intimidad del gran acontecimiento histórico”.

Por su parte, Naumov, en unas palabras prefaciales manifiesta lo siguiente:

“Yo me he impuesto la misión de contar lo que ha vivido uno de los combatientes de octubre. Uno de esos seres pequeños que decidieron la suerte de la revolución. Es un hombre que yo conozco bien y cuyas aventuras yo mismo las he vivido con toda el alma”.

Esta es, entonces, la revolución de octubre vista a través del temperamento de uno de sus modestos actores que aparece, sólo hasta cierto punto, como uno de los ejes centrales de la obra en el cual giran los acontecimientos sucesivos. Hasta cierto punto solamente, porque en realidad el centro, el protagonista de *Días Preliminares* es la masa inmensa, rabiosa, entusiasta. No es, pues, la visión panorámica, objetiva, completa, abarcadora del movimiento; pero sí expresada en un lenguaje preciso y cálido, la descripción de hechos preparatorios, inminentes, en su encadenamiento riguroso y fatal hasta la conquista de la finalidad definitiva.

En verdad, vemos en este libro, en su intimidad, en sus hechos interiores, el movimiento bolchevique de octubre de 1917. No aparecen, desde luego, las más significativas figuras revolucionarias, las que por su vigor, su personalidad descollante, absorbieron la atención universal y perdieron por esto mismo, su posible sentido íntimo en los días decisivos—Lenin, Trotzky—sino en forma transitoria, a veces; la mayoría, como débiles proyecciones emergiendo de la sombra, atenuadas,

indirectas mejor dicho, aunque seguras de la dirección de sus destinos, sabiéndolos orientadores de la única determinación necesaria perentoria: la acción inmediata. Aun los hechos más sobresalientes sólo asoman como al fondo de una lejana y móvil perspectiva, sin relieves en su conjunto; pero señalando aunque de manera escueta sus características más difíciles.

En *Días Preliminares* vemos las grandes asambleas donde los bolcheviques luchan frente a frente y violentamente contra los mencheviques y socialdemócratas; las sesiones de comités de fábricas, de comités de radio, del comité revolucionario de Petrogrado donde atacan con virulencia a sus mismos compañeros que creen que aun no ha llegado la hora decisiva. Son páginas llenas de colorido, de vibración, en las que desfilan figuras muy diversas, pintadas en forma magistral, definidas en rasgos esquemáticos y certeros; páginas demostradoras del intenso despliegue de energía empleada por los comunistas rusos que sabían con Lenin que había llegado el instante de pronunciarse y del absoluto espíritu de sacrificio que dominaba a los bolcheviques. Udaroff, por ejemplo, abandonándolo todo por la revolución en marcha y aun su misma mujer comprendiendo lo que ésta significa, aceptando tranquilamente la actitud del esposo:

“En el hogar de Udaroff las cosas iban de mal en peor. No se había podido comprar leña. El pequeño había cogido una congestión pulmonar. Su mujer estaba exhausta. Había velado varias noches al pie de la cama del niño. Muy pronto ella había comenzado a toser. La víspera no había comido sino una sopa de agua y patatas con margarina. En vez de las rebanadas de pan con manteca que se tomaba por costumbre, sólo se tomaba ya un cacho de pan negro.

Su mujer no le hizo ningún reproche; sólo le preguntó:

—¿Vendrás a dormir esta noche? Porque no cerraré la puerta.

—No lo sé, respondió Udaroff; pero cierra la puerta.

—Bueno, le pediré a Niuscha que venga esta noche, porque nuestro pequeño tose tan fuerte, que por momentos me da miedo.

—Bien, bien. Adiós”.

Y se va nuevamente a continuar la lucha, pues todavía, dos días antes del pronunciamiento éste no se había fijado.

Udaroff sube al tranvía. Dentro de él conversan con animación los pasajeros sobre la situación política. Un oficial de ejército habla en contra del gobierno de Kerensky:

“Pero, ¿es un gobierno? Son unos papanatas, pero no es un gobierno. Esa porquería de bolcheviques. Perdón—dijo inclinándose hacia una dama; pero los ojos de ésta brillaron de aprobación—. Es necesario acabar con ellos sin piedad e inmediatamente, porque de otro modo esa banda nos dará muchos disgustos.

—¿Qué hace el Gobierno? ¿Dónde estamos? Los bolcheviques se organizan, se hacen cada día más fuertes y nosotros no sabemos sino lamentarnos—intervino un ingeniero—. Ahora han enviado una delegación al Gran Estado Mayor. Esto es una insolencia, un ultraje y nadie ha sabido responderles como convenía.

—Hum, hum, murmuró el oficial ofendido. Esa es cosa del Gobierno.

—Sí, si usted quiere. ¿Y el caso de la evacuación de la guarnición? Los bolcheviques no la han consentido”.

Hasta que al fin se suscita un incidente, el incidente inevitable. Udaroff responde a cierta afirmación. Se le contesta con mordacidad. Udaroff vuelve a responder en el mismo tono que su contrincante, mientras duras palabras azota el rostro del obrero que contesta, sin embargo. Los ánimos ya exaltados, llegan entonces al paroxismo. Un pasajero toma a Udaroff por el cuello, entre tanto, todos los demás aplauden. Ambos habrían caído a la calle con el tranvía en marcha, si el conductor de éste, con toda oportunidad, no lo hubiese detenido.

“Udaroff descendió. Hervía de rabia. Se sintió lastimado y sangrante y todo su cuerpo temblaba”.

En seguida las sesiones a las que asisten miles de obreros, donde hay que ir a defender la proposición del comité central de Moscú y del comité de Petrogrado, es decir, terminar definitivamente con las vacilaciones y decidirse con la mayor prontitud—pues el instante es de perfecta oportunidad y retardar la acción podría ser peligroso—a asaltar el poder cuyos poseedores están en el vértice de la incertidumbre y del desconcierto.

Pero esta labor es ahora más fácil. La masa, en su enorme mayoría, está convencido de ello. Inquieta, bulliciosa, sólo espera la orden de comenzar. Y una vez discutidos ciertos detalles de importancia para la mayor eficacia del golpe, vencida la resistencia en este sentido de algunos dirigentes bolcheviques, terminan todas las dificultades que detenían la insurrec-

ción y la marejada revolucionaria que sacude los espíritus obreros, se desborda incontenible.

Después de la lucha verbal, la lucha en las barricadas; después del triunfo en la lucha verbal, el triunfo en las barricadas y el poder, fatalmente, en manos de los revolucionarios.—A. T.

LA VIDA AVENTURERA DE ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI.

Merced a la diligencia y erudición de don Guillermo Feliú Cruz, Conservador de la Sala Medina de nuestra Biblioteca Nacional, es posible conocer hoy aspectos nuevos de la pintoresca vida del guatemalteco don Antonio José de Irisarri.

Se halla ligado éste al recuerdo de los chilenos, por los servicios consagrados a nuestra patria en sus primeros días republicanos. La vida suya ha sido objeto de agrias disputas y múltiples actuaciones lo privaron de simpatías. Carácter cáustico, no fué ajeno a los apasionamientos y dicterios que enciende la pasión política. Él se llama "cristiano errante", pero de lo último tiene más que de lo primero.

En el libro que motiva estas líneas se ven curiosos resplandores de su alma. Hombre clásico, educado en disciplinas literarias refinadas, maneja bien la prosa y el verso. Trata de dar una sensación panorámica de la América que recorrió en sus andanzas. Sirve a Chile, para denigrarlo más tarde. Su actuación discutidísima en la Intendencia de Colchagua, durante el período en que Portales dirige a Chile, lo arrastró a desbordes inverosímiles de panfletista. Enzarzado de peleas con Vicuña Mackenna y con Melchor Concha y Toro, salpica a los dos con los salivazos de la procacidad.

A un adversario, que esgrime el título de doctor, le endilga estos versos:

La ciencia jamás la dió
Ninguna Universidad,
Aunque tenga facultad
Para vestir a un virote,
Con el sabio capirote
Que cubre su nulidad.

Cuando lleva la representación diplomática de Chile a Londres, se enemista con el argentino Rivadavia y su acólito Al-

varez Condarco. Del primero dice en una carta, aun inédita, que dirige a O'Higgins: "Este señor Rivadavia, sobre todo es la bola más redonda de todas las bolas redondas, es hombre que sólo puede servir para bedel de un colegio o para lego de un convento de frailes..." Después continúa: "El señor Rivadavia sólo se roza con el señor Alvarez Condarco, que vive en una tocinería, y que desde luego con su aptitud a la mecánica, debe ya haber aprendido a curar un jamón perfectamente, y sabrá hacer unas salchichas con mucho gusto..."

A continuación añade estas líneas sarcásticas: "¡Pobre América! ¿Cómo conseguiremos ser respetados con las muestras que dan nuestros diplomáticos de la cultura americana? Si no nos tienen por indios bravos nos hacen mucho favor estos señores europeos. Los hombres de tanta cáscara como el señor Rivadavia y el señor Alvarez Condarco sólo debían venir a estas cortes después de haberlos descortezado con una buena azuela, pues no pueden verse, sin manifestar en toda su mole, la mano rústica de la naturaleza, como se manifiesta en todas las producciones en que el arte no ha tenido la menor intervención..."

El 12 y 18 de abril de 1820, insistía aún en sus diatribas: "Rivadavia pudiera gobernar mejor una carreta con dos bueyes, que disponer del éxito favorable de las negociaciones que se le han encomendado". Estimaba muy desafortunada una actuación del ilustre argentino cerca del Duque de San Carlos, Embajador de España ante la Corte de Saint James.

Tal es Irisarri, hombre de cáscara amarga y que lleva la verdad punzadora a flor de piel. En "*El Cristiano Errante*" reviven otras vetas de su carácter: un espíritu minucioso, analítico; a veces llevado a lo fatigoso. También puntea ese temperamento enamorado, que indica en el interesante prólogo el señor Feliú Cruz. Nos cuenta unos amores tenidos con una criolla en Oajaca, junto a un marco pintoresco de mejicanidad, que le dicta páginas sabrosas y llenas de color local. Ahí está lo mejor de su alma de escritor. "¡Qué felices eran—dice—, entre paréntesis, aquellos hombres del pueblo escogido del Señor! El dichoso hijo de Isaac y nieto de Abraham, no sólo pudo tener por mujeres a sus dos primas al mismo tiempo, sino que por dar gusto a las dos, tuvo varios hijos en las esclavas de ellas, Bala y Zelpha; viéndose por aquí, que las amables hebreas no conocían esta maldita enfermedad de los celos de que padecen las mujeres cristianas. ¡Pobrecitas!"

Es amenísima una descripción del Solito, un bandido me-

xicano, que tenía un "camouflage" para asaltar a los viajeros de las diligencias. Este hombre armaba unos cuantos muñecos que aparecían apuntando al camino. Entonces se adelantaba y pedía la entrega de los objetos y oro que llevaban los viandantes.

En otra parte pinta las costumbres mexicanas y tiene las siguientes líneas muy características: "Medio real valía un pato guisado con ají, o chile, como se llama en México y Centro América, en el tiempo que estuvo allí Romualdo, y las mujeres que lo vendían, anunciaban su mercadería con una cantina en que decía: "Aquí hay pato con chile; venga usted mi alma; aquí hay pato con chile; venga usted. Allí la gente es cariñosísima. Las expresiones de mi alma, mi vida, mi corazón, se oyen en todas las bocas, y suenan mejor que el "amor mío" de Quito y el "taita mío" del Perú, que sólo dan testimonio del abatimiento de aquellos pueblos".

Sin negar el interés del "*Cristiano Errante*", hallamos discutible su carácter de novela. Es una narración bien escrita, con trozos fatigantes y no poco de divagación insubstancial y pedante. Hay mucho recuerdo y variadas menciones que constituyen un punto de referencia para los biógrafos futuros de Irisarri. El señor Feliú, que ahonda en la existencia peregrina de Romualdo de Villapedrosa que es el propio Irisarri, tal vez sepa inyectar un interés mayor a su biografía, lo que no ha podido darle del todo el propio narrador guatemalteco.

El libro se corta en la parte que nos interesa más: en Lima. De ahí iba a salir para Chile el Cristiano Errante. ¡Cuántas cosas curiosas y peregrinas se han perdido con la suspensión de este relato!

Con ser bueno el estilo de Irisarri en este libro, no llega a la perfección que tiene en otras páginas suyas que conocemos. Irisarri era cáustico, castizo y correcto prosista. Dominaba la gramática y no incurre en los frecuentes disparates y afectaciones de los prosistas de la Independencia. Bebió su estilo en los modelos más excelentes de la época clásica. Como él dice al referirse a su protagonista: "Tenía un mediano conocimiento de las literaturas latina, española, inglesa, francesa e italiana; sabía la historia antigua y moderna, la cosmografía y la geografía, tan bien como se podían aprender en los libros de aquel tiempo, que eran tan malos como los catecismos del señor Ackermann, en que se aprende a conocer el mundo del señor Ackermann, y no el mundo en que vivimos".

Es divertida una invocación a la humildad que suena a fal-

sa en boca de Irisarri, cuya suficiencia se percibe nítida en el fondo de su azarosa y discutida existencia. Se tiene por un hombre miserable, "que ni siquiera ha merecido un poco de respeto de los más ignorantes de su tiempo". Y agrega muy orondo, con gracia apicarada: "Yo soy, como ya he dicho, la criatura más humilde que hay en el mundo; el polvo de la tierra que todos pisan y por esto sucede que cuando algún inconsiderado me pisa con fuerza, queda el pobre, cubierto de pies a cabeza. . . ."

Esperamos la publicación de la *Vida del Perínclito Epaminondas del Cauca*, o sea de don Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, obra que anuncia el señor Feliú y donde viven las mejores cualidades literarias de Irisarri.

El reciente prólogo revela en su autor un conocimiento profundo del guatemalteco, servidor de Chile, y hace preludiar lo mucho de interesante que tiene que decirnos aún el Conservador de la Sala Medina. Una vida fecunda de estudio, más de una docena de libros y folletos y un bien ganado prestigio de historiógrafo lo hacen esperar. La vida aventurera y novelasca de Irisarri será quizá el mejor complemento de una laboriosidad no desmentida y de un íntimo deleite por las cosas del pasado chileno.

En lo analizado vemos aspectos nuevos de Irisarri. Falta la figura de cuerpo entero y el libro que le infundirá definitivo relieve en el tiempo.—*Ricardo A. Latcham*.

AURORA RUSA, por *Waldo Frank* (1).

A nuestros espíritus iluminados de claridades mediterráneas, cuya exteriorización la damos en conceptos claros y en un hablar fluente y sonoro, les es difícil penetrar en los hondones del alma nórdica que aparece ante nosotros velada por un sentido místico y trágico de la vida, como la atmósfera tenebrosa que envuelve esas tierras donde el sol apenas logra rozarlas.

Por eso, quien desee explicarse los fenómenos del mundo objetivo o subjetivo—política o arte, por ejemplo—de los pueblos septentrionales, debe acomodar su lente de observación a la perspectiva que trata de enfocar, para lo cual tiene que establecer las diferencias étnicas, remontar en la historia,

(1) Editorial Cultura.—Santiago de Chile. 1933.

auscultar los sentimientos colectivos, convivir, si es posible, con el pueblo mismo en la vida doméstica, es decir, conocer su idiosincrasia. Todo estudio de la política o del arte de pueblos, de razas y costumbres antitéticas a las nuestras que no se fundamente en la psicología, son meras elucubraciones intrascendentes sin raigambres en la realidad humana.

Por eso Waldo Frank, que ya nos había hecho la disección del alma castellana en un libro hermoso y fundamental: "*La España Virgen*", al querer ahora conocer el sentido de la revolución soviética, hubo de trasladarse a Rusia no con el ánimo del turista que lleva dispuesta una Kodak para enfocarla al mundo objetivo que iba a pasar ante su pupila inquieta de filósofo y de artista, sino que va con el espíritu abierto a deambular por sus infinitas latitudes y a penetrar en los rincones del alma del mujik, del obrero y de la juventud, como quien dice a las raíces mismas del pueblo ruso de donde extraerá el sentido vital de la Revolución de octubre. Más que Marx era Dostoiewsky quien le interesaba, es decir, más que las teorías sociales y económicas en que se edifica el nuevo orden de cosas en Rusia, a Frank le interesaba conocer el alma de este pueblo que ningún otro escritor como el autor de "*Los Hermanos Karamazoff*" ha sabido aflorar en formas más intensa y patética.

No encontramos en este libro datos estadísticos referentes el Plan Quinquenal, ni entrevistas a los potentados de la burocracia soviética; en cambio, conocemos la vida actual del mujik, que muy poco se diferencia de la de los tiempos zaristas; convivimos con la juventud iluminada por una alegre confianza en el porvenir tan interesantes como éste: el arte debe tener exclusivamente un fin social o debe ser él la libre y espontánea expresión de una individualidad. La discusión se desarrolla en medio de una atmósfera gris donde predomina el espíritu de los que viven uniformados por la resignación, atmósfera que es a veces rota por la palabra centelleante de los comunistas mesiánicos.

Las observaciones de Waldo Frank a la realidad rusa están acotadas de profundas reflexiones, elevándose de la constatación de los casos particulares a generalizaciones de valor universal. Así, por ejemplo, en presencia de la discusión de los intelectuales rusos, dice lo siguiente: "En todo arte ha existido siempre un fin social humilde. En las grandes culturas religiosas, en las que se da a todo acto un sentido universal, la función social del arte (para divertir o para convencer a la

muchedumbre, se relaciona también con lo universal; lo cual quiere decir que se exaltan sus cualidades puramente estéticas, porque la estética es precisamente el medio de realizar lo universal a través de lo particular. Es posible que no haya gigantes en el arte rudo actual, que está realizando la función más pura del arte. Pero me inclino a creer que en la articulación de los fines particulares y sociales con los valores universales, la literatura corriente se parece más a la de las grandes épocas religiosas que la literatura de cualquier país capitalista. De una cosa estoy seguro: de que no constituye un peligro el hecho de que los libros actuales sean propaganda directa. Acordémonos de los escritores del Antiguo Testamento, de Platón y de Dante; pensemos en Rabelais, Swift, Cervantes y Tolstoy. Todos estos autores persiguen un fin interesado. Sus obras son de un gran valor estético, porque a la grandeza de su visión no perjudicaba la forma explícita de su programa. El problema en Rusia no estriba en que el arte pueda extinguirse por estar sometido a propaganda, sino en que en su programa tenga en sus bases algún principio que obstaculice la amplitud de miras y anule la creación". (Hemos considerado más interesante transcribir este largo párrafo, que referirnos al incidente de las manzanas podridas comentado con tan mala fe por algunos críticos oficiales).

Respecto a la situación política y social de Rusia, lo dicho por Waldo Frank no agrega casi nada de nuevo a lo que con tanta majadería se ha escrito en folletos y manuales al uso. Logró, sí, Waldo Frank, ahondar en el alma rusa y darnos el sentido de la revolución bolchevique. En "*Meditaciones del Atlántico*" encontramos todo su pensamiento frente al espíritu y la realidad rusos. Si los hechos pueden ofrecerle reparos, es el espíritu de la revolución lo que le merece su más plena aceptación, y, explicándose las circunstancias históricas, psicológicas y raciales que determinaron tal fenómeno social, concluye manifestando que "no debemos someternos intelectualmente a Rusia, ni imitar sus procedimientos y sus dogmas". Estimamos de innegable oportunidad estas palabras de Waldo Frank, y creemos que con ellas da un golpe certero a los comunistas y comunizantes criollos, los cuales, en su ciego proselitismo, piensan que al importar la letra trasladan el ambiente y la realidad social.—*Milton Rossel*.

POESIA

VERA RÚSTICA, versos de *Jorge González Bastías*.

Transparencia, música y elevación son las cualidades esenciales de toda verdadera poesía. Así lo comprendieron los clásicos de todas las latitudes y épocas, y a ello ajustaron su realización poética Horacio y Virgilio, Dante y Petrarca, Garcilaso y Fray Luis, máximos poetas cuyas obras eternamente jóvenes son los paradigmas de la poesía en su expresión más sentida y acabada. No obstante el alambicamiento de la obra de algunos poetas de innegables méritos—Góngora, para citar al más egregio y representativo—, la claridad y la sencillez son atributos inalienables de la poesía. En esta época contorsionada de pasiones primitivas, la poesía, como reflejo de la época, ha perdido, muchas veces, su emocionada elevación y ha disimulado la carencia de contenido artístico mediante ingeniosos artificios verbales o ininteligibles figuras literarias. Ha habido críticos que, con la suficiencia que da la ignorancia, niegan a los poetas que hablan en un lenguaje humilde y dicen cosas sencillas en palabras elementales, en ese estilo cristiano de las parábolas, y elogian desmedidamente a aquéllos que necesitan de exégetas para ser comprendidos. Es un síntoma de la época: la aceptación irreflexiva de toda novedad, es decir, de novedad para esos críticos...

Por eso, cuando encontramos un poeta sencillo, claro y emocionado, nos acercamos a él con el ansia del caminante sediento que desea abreviar en aguas puras. González Bastías, el poeta de las "tierras pobres", su región y su obra, nos ha regalado recientemente con un libro de poemas (1) de alta calidad artística, de sincera emoción, de diáfano estilo, de suave música; sus versos producen en el lector el milagro de adentrarse en el espíritu, de apoderarse de su ser, inundándolo de esa paz sedante que cae sobre los campos a los atardeceres, de que están animados sus versos eglógicos. Hay en su poesía esa dulce serenidad del fraile agustino cuando invita a la quietud del cuerpo y del espíritu, como un filósofo dulcemente escéptico que a la vera de un camino contemplara un tanto decepcionado el fárrago humano en su bullir de pasiones codicio-

(1) Vera rústica. Empresa Letras.

sas, prefiriendo la compañía protectora de los árboles y la confianza de los manantiales:

A la sombra armoniosa de los árboles
fui a descansar.

Mi oscuro pensamiento discurría
en un continuo divagar.

Junto de la corriente rumorosa
quedéme al fin;
quería adormecer mi pensamiento:
no soñar, no sufrir.

.....

Pero es éste un aspecto de la poesía de González Bastías en que se le creyera alejado voluntariamente de toda pasión humana. Mas su poesía es profundamente humana, porque tiene él inquietudes, se estremece emocionado ante la naturaleza, se rinde ante una mujer hermosa, escucha recogido el rumor de las aguas corrientes, medita entre las sombras tristes de la noche, canta a la amistad. Así, a través de las poesías de éste su último libro, él nos lo dice muy quedamente, como temeroso de hacernos una infidencia, con esa dignidad de quien se resiste a mostrar al mundo su alma llagada. Nosotros, comprendiendo el pudor de su queja, nos vibramos con sus versos, porque lo sabemos sincero, y en nuestra soledad interior los repetimos emocionados como una oración a media noche:

Hasta el manso retiro de mi vida
llega una voz dolida
que viene de no sé qué vida extraña,
débil voz de mujer
que viene por el río y la montaña
y hiere la conciencia de mi ser.

En la noche serena
con el relente vagaroso viene
rendida de fatiga.
Y es como una gran pena
que se acoge a mi espíritu, y que tiene
en su pesar modulación amiga.

Dormido aún la siento.
 Voz como de esperanza
 y de renunciamiento,
 que toma forma y danza
 en el viento...

Milton Rossel.

BIOGRAFÍA

LOS SILENCIOS DEL CORONEL BRAMBLÉ por *André Maurois*.

André Maurois es ya entre nuestros lectores, un escritor que goza de popularidad; las casas editoras se apresuran a publicar sus últimas producciones con la seguridad de que el público acudirá en su demanda, no obstante la diferencia de calidad que encontramos en sus obras más recientes en comparación con sus primeras biografías que fueron saludadas por la crítica oficial con juicios unánimemente elogiosos. Así, entre "*Disraeli*" y "*Voltaire*" media una notable distancia de calidad artística y de información histórica. Seguramente, Maurois, seducido por el éxito de librería, se mercantiliza... Lo que, por lo demás, no es extraño dado su origen judío.

Recientemente se ha editado en el país su novela "*Los silencios del Coronel Bramble*" (1), que no desmerece notablemente de sus obras más celebradas. Es éste un libro simpático y ameno—dos adjetivos inseparables al hablarse de las obras de Maurois—, en que el "*sprit*" francés habla de "*humour*" inglés. Maurois ahonda sutilmente en la psicología del pueblo inglés, del "*gentleman*" que aun en medio de las inquietudes de la vida en las trincheras no deja de ser correcto y sereno demostrando un absoluto dominio de sí. Es, pues, un libro cuya acción se desarrolla en medio de un ambiente bélico; pero Maurois nos habla risueñamente de una guerra humanizada, sin presentarnos su aspecto trágico, ese que hizo estremecer nuestro espíritu en gestos condenatorios al conocer la guerra a través de la escueta evocación de Remarque.

Tras de las trincheras se encuentra con una brigada inglesa el intérprete francés Aurelle, en amable camaradería con el Coronel Bramble, un mayor, un doctor y un indispensable re-

(1) Editorial Osiris.—Santiago de Chile.

verendo Padre "que aceptaba la vida guerrera y dolorosa con el entusiasmo de un niño". Al conversar cada uno de estos personajes, se diría que Maurois les ha inoculado algo de su fina ironía gala.

El inglés, orgulloso de su sangre, es decir, el "gentleman", mantiene su actitud de tal aun en presencia de la muerte; no tiene un gesto descompuesto, ni una humana vociferación; no es "pose" la suya, es una actitud noble y superior ante el supremo instante en que la vida se le escapa. Así, el capitán Warbutó se despide de la vida pidiendo a Aurelle transmita "un adiós" al coronel Bramble y le ruega, además, que escriba a su casa comunicando que no había sufrido demasiado. . . . "Espero—dice—que esto no le causará molestia". Está agónico, pero aun tiene fuerzas para un "Thanks very much indeed".

Sabe también Maurois burlarse donosamente de la pasión deportiva de los ingleses: "Para interesar a un inglés en una guerra, nada mejor que sugerirle que se parece a un match de box". "El mayor servicio que nos han prestado los deportes—dice uno de los personajes—es, justamente, preservarnos de la cultura intelectual. No hay, por fortuna, tiempo para todo; el golf y el tennis excluyen la lectura". Acaso Maurois ha acertado en sus apreciaciones psicológicas del soldado inglés, y por ello el resonante éxito que esta novela tuvo en Inglaterra, ya que fué editada por la Universidad de Oxford, para que sirviera de texto de enseñanza del francés en las escuelas inglesas. Nosotros, que las miramos desde otro punto de vista, no podemos manifestar un entusiasmo clamoroso, a pesar de las indicutibles cualidades que hacen su lectura amena e interesante, sorprendiéndonos insensiblemente el final, el silencio definitivo del coronel Bramble.—*Milton Rossel.*

PSICOLOGIA

ESTUDIOS DE PSICOLOGÍA Y DE CRÍTICA, por *Armando Tagle.*

Tomo I.—Cappellano, Buenos Aires, 1933.

Conocía desde hace algún tiempo a Armando Tagle. Primero, sus colaboraciones en *La Nación* de Buenos Aires me lo revelaron un hombre que escribía bien. Su novela *La última reliquia del solar* confirmó mis convicciones.

Y ahora, el primer volumen de sus *Estudios de psicología y de crítica*, enriquece mi lista de buenos críticos argentinos.

Cordobés, culto y joven, hay en él una justa proporción entre el respetuoso de la tradición y el hombre que mira al porvenir.

De entre las definiciones de posición expresadas en el prefacio, copio las siguientes:

«Toda crítica debe ser: si se me permite la expresión, psicológica.

«Tengo por la elevación de las ideas y por la perfección del arte el mismo respeto sagrado que profeso a esos supremos principios de moral que sostienen el mundo contemporáneo y ennoblecen la vida efímera y dolorosa del hombre.

Y luego, diez ensayos agudos y justicieros, sobre Groussac, Lugones, R. Rojas, H. Wast, Emilio Becher, Larreta, Ibarguen, Martín Gil, Capdevila y Gerchunoff.

Un buen libro más, que colocar al lado de los de *Crítica y polémicas*, de Giusti.—*Alfonso Escudero*.

CRITICA

ANECDOTARIO DE LA FRIVOLIDAD, por *Julio A. Salcedo*; Imp. «Bellas Artes». Valparaíso.

Humorismo liviano, humano, es el de este Anecdotario de la Frivolidad. Más humano que literario. (Aunque, bien puede lo más humano ser lo más literario...) ¿Por qué el autor lo llama frivolidad? Por humorismo, posiblemente.

Pero hay algo más que frivolidad en estos pequeños cuadros. Tal vez un sentido algo frívolo del «humour», un desconocimiento risueño de la fatal trascendentabilidad de las cosas. Cierto que la vida es una chacota, como dice el autor en el preliminar; pero no es una chacota estéril, sin más consecuencia que la «chacota» misma. Prueba de ello es este libro.

Al escribirlo, Julio Salcedo sintió la necesidad estética de darle forma intelectual a ciertos hechos, acaecidos o imaginados, que es lo mismo. Y de darles cierta modalidad, un personal modo

de ver estos hechos. He ahí la trascendentabilidad. Nada vale que el autor diga esto o aquello sobre el fin y la intención intrascendentes de su obra. Bajo la apariencia somera de los doce cuentos de este libro, en los que Salcedo caricaturiza otros tantos aspectos de la vida, bajo su pretendida frivolidad, hay un fondo inmensurado, de donde emergen precisamente las burbujas momentáneas del humorismo.

Y no sólo el aspecto social de la vida resulta caricaturizado en este Anecdótico de la Frivolidad. También, indirectamente, el enjundioso y general modo literario de considerar hechos como los tratados en él. Cuentos como *El Bailahuén*, *Un Hombre previsor*, *Perlita Plymouth*, y otros, que aquí están contruídos con cuatro líneas primordiales, podrían resultar monumentales cuentos en manos forjadoras de complicadas tramas, o en arquitectos del estilo.

Pero, a pesar de la simplicidad de la forma y de lo limitado de la proporción, y a pesar de todos los peros y reparos que se pudieran oponer, hay en estos «frívolos» relatos de Salcedo la sal y pimienta necesaria para darles sabor y calor dramático.

Son cuentos ligeros, en suma, casi diríamos descuidados, intencionadamente descuidados; pero interesantes y agradables de leer; y como consecuencia, es agradable el suponer que, si Julio Salcedo quisiera, podría, con un poco más de prosopopeya y sin apartarse de su ingénito humorismo, darnos obras de más sólida y armónica trabazón.

Más que justo, justiciero y efusivo—como todo lo suyo—el prólogo de Luis Durand.—*Gmo. Koehnnekampf Cisternas.*

NOVELA

«GENTE MEXICANA», de *Xavier Icaza jr.*

Daniel Cosío Villegas nos da en el prólogo a estas novelas, algunas informaciones sobre el autor de *Panchito Chapopote*.

«Conocí al autor cuando llevaba dos años de publicada «Dilema». Entonces, con entusiasmo, me hablaba de sus próximas

novelas y de sus estudios de la técnica. Esto singularmente le interesaba. Era un verdadero gimnasta de la novela. Al paso que leía, hacía disecciones, análisis y comparaciones. Algunas veces no se contentaba con esto, sino hacía breves resúmenes escritos de las novelas de sus autores favoritos, para ver claramente cómo se enamoraban los personajes, cómo se alejaban y cómo volvían a juntarse. Era ni más ni menos, como si un escritor de comedias tuviera frente a sí un teatro en pequeño en que hiciera aparecer realmente a sus fantoches, haciéndolos conversar, cortejarse o detestarse.

Me parecía un poco erróneo el camino que había escogido Icaza para mejorar sus novelas. En su apartamiento en Xalapa, releía constantemente a sus maestros: Goethe, Tolstoi, Nietzsche, Stendhal. Trazaba argumentos y desarrollos o los rehacía. Redondeaba sus personajes, pulía su estilo, y en toda su vida había ansia de observación».

Xavier Icaza es un escritor que se preocupa del estilo, de la forma. Esto constituye hasta cierto punto una excepción, tratándose de escritores de la Revolución Mexicana o que tocan de cerca esos temas, como en el caso de Icaza.

El presente volumen trae tres novelas cortas: «Unos nacen con estrella...», «La Hacienda», y «Campo de Flores».

En «Unos nacen con estrella...» toda la acción se desarrolla a través de la vida de un paria provinciano. Una especie de esclavo de un señorito rico, que después se hace jefe revolucionario arrastrando a su criado a extrañas aventuras. Toda la capacidad de sufrimiento y miseria de que pudo ser capaz un esclavo de encomienda, se suma en este pobre Elías López, que según la opinión de su patrona, doña Gertrudis, es como los colchones «que sólo están buenos a fuerzas de varazos».

Siguiendo las penurias de Elías López, uno toma contacto con algunos episodios de la Revolución de Madero, Francisco Madero, o para doña Gertrudis, simplemente; Panchito. «Doña Gertrudis estaba estupefacta: conocía a Madero, a Panchito, como le llamaba: apenas hacía dos años que fué su huésped, había ido a tratar con ella de asuntos guayuleros; ¡quién lo hubiera creído! tan ocurrente, tan servicial! Recordaba que había

curado a muchos de sus peones por la homeopatía y que, al cerrarse satisfactoriamente el negocio le había obsequiado un botiquín para la hacienda; por cierto, que todavía se utilizaba... y, ahora, convertido en revolucionario, en héroe nacional, ¡qué cosas se ven en este mundo!»

Este Elías López no es un sub-hombre, más bien es un pobre hombre, y hasta tiene sus virtudes: casto, trabajador, cumplidor de su deber. Su único defecto es que le falta coraje, gallardía, hombría; y esto en el México de la revolución resulta fatal.

Después de la muerte de su protector y amo, Elías se ve obligado por las fuerzas revolucionarias a trabajar en un correo de provincias, y siguiendo su destino se deja explotar brutalmente por su nuevo jefe, quien hasta le quita el sueldo. Después de cada movimiento revolucionario, el pobre Elías López resulta más atropellado. Su única ilusión, que nunca se cumple, es la de llegar a ser director del correo, para poder leer las cartas impunemente. En el último capítulo queda botado en un camino bajo una lluvia violenta, mientras dos perros lo lamen y le comen las piernas.

La segunda narración que presenta este libro es «La hacienda». También en esta novela nos pinta Icaza a un hombre que es tratado injustamente por la revolución. En este caso no se trata de un desgraciado sino de una persona en la que se juntan una serie de cualidades y dones envidiables; Oscar Villalba es inteligente, rico, generoso, de buena presencia y recién casado con una hermosa mujer. Villalba posee una gran hacienda: «La San Cristóbal», y es muy querido por sus inquilinos. Cada vez que soplan vientos revolucionarios, le regala algunas tierras a los más rebeldes y los organiza en equipos de base-ball, para distraerlos. La acción en esta novela comienza cuando Oscar Villalba se dirige, a pesar de los ruegos de su joven esposa, a arreglar algunos asuntos en su hacienda y a apaciguar a unos pocos revoltosos.

Todo lo que pueda haber de resentimiento, de baja pasión, de envidia o impotencia, en un elemento pseudo-revolucionario lo sintetiza Icaza, en Raúl Ferrás, el otro personaje. Ferrás no podía soportar a un hombre tan bien plantado en la vida como

su ex-condiscípulo Oscar. Todas las humillaciones que había sufrido en su vida de advenedizo sin suerte, tenía que pagárselas alguien, y el indicado es Oscar Villalba. Con esta decisión llega Ferrás a la hacienda de Villalba a predicar doctrinas de reivindicación social a los indios que cultivaban tranquilamente la tierra:

Ferrás logra convencer a los peones de que ellos son los únicos dueños legítimos de la tierra, y que los dueños actuales usurpaban esos derechos. Llega Villalba a su hacienda y se produce el choque inevitable entre él y sus rancheros leales, y los revoltosos comandados por Ferrás. Villalba es asesinado.

Icaza se nos muestra aquí como en su Panchito Chapopote un agudo novelador en ciertos aspectos de la realidad social mejicana. En «Gente Mexicana» sólo recoge algunas injusticias del movimiento revolucionario, injusticia para el paria y para el hombre de valer. Es el eterno problema individual que no pueden resolver los movimientos colectivos, sobre todo en su momento inicial.—*Juan Uribe-Echevarría.*

VIDA DEL AHORCADO, de *Pablo Palacio* (1).

El autor subtitula su obra: «Novela subjetiva» y en ella coloca sus fantasías sueños y pesadillas. Sin embargo esta novela tiene un argumento, argumento que aparece aquí y allá, saltándose los capítulos, sin dar la impresión al lector, de que está sucediendo algo.

Fernando Vela, el discípulo de Ortega y Gasset, en un estudio sobre el suprarrealismo, informa que esta escuela literaria tiene un «bureau general» encargado de controlar todas las vivencias extrañas de los escritores suprarrealistas. Gran parte de esta novela de Pablo Palacio podría enviarse a ese «bureau».

Andrés Farinango es el amante de Ana, un amante irresoluto

(1) Quito.—Ecuador. Talleres Nacionales. 1933.

y raro. Tiene un hijo de sus amores. Cuando se da cuenta que le ha nacido un hijo, Andrés le hace un discurso:

«Mira, cosilla, aquí, bajo todos nosotros está la tierra, la única cosa que verdaderamente está. La tierra es una gran pelota que tiene encima todos los cachivaches que mañana van a apasionarte. Morir es dejar de comer, de odiar y de amar. Tu, cosilla, mía, llegarás a ser un comerciante patriota, un juez patriota, un ladrón patriota, un artista patriota. Por eso, ven acá entre mis manos, que voy a concederte una gracia. Así, estrecho, más estrecho aun...» Andrés mata a su hijo, y va a ser juzgado por ello. Una muchedumbre heterogénea está presente en la sala. Allí se encuentran varias instituciones representadas: «Tenderos», «Prestamistas», «Amantes», «Trabajadores sin pan». Ellos comentan. Los representantes de los burgueses dicen: ¡Es un bolchevique! Los trabajadores sin pan rectifican: ¡Protestamos!, es un burgués y de la peor clase. Es el último burgués. Ya va a descomponerse. Está irremisiblemente perdido. El bolchevique es un hombre alegre y sabe amar la vida, porque la toma como ella es, jubilosamente. Es un burgués, ¡que se le ahorque!»

Los representantes de los burgueses: «¡Que se le ahorque!, pero es un bolchevique. No ha amado a su patria y ha conspirado secretamente contra el orden. Ha hecho mofa de nuestro arte.

«Los amantes»:—Bueno, al fin ¿qué importa eso? Un bolchevique o un burgués, psch... ¡Ante todo ha sido un ente despreciable, tenía un concepto errado de la vida. Más bien, no tenía un concepto de la vida. ¡Era un imbécil!»

«La señorita de los nopales»:—¡Y un cobarde esencial!»

Andrés Farinango se encuentra perdido, porque no pertenece a ningún partido ni institución respetable; por eso se ahorca en su celda con un alambre y su corbata.

El autor nos informa al final: «Esta historia pasa de aquí a su comienzo, en la primera mañana de mayo; sigue a través de estas mismas páginas, y cuando llega de nuevo aquí, de nuevo empieza allá...»—*Juan Uribe-Echevarría.*

JUAN SIN PAN, de *Paul Vaillant-Couturier*. Traducción de Linda Voloski e I. Gormann, con grabados en linoleum de Pedro Olmos (1).

La fábula y otras narraciones en que intervienen animales, han recorrido una curiosa trayectoria. Hasta ahora todas las pasiones humanas se encarnaban en los animales. El hombre incluía su malicia en la del zorro, su egoísmo en el del león, su torpeza en la del asno; y una vez hecho el traspaso satirizaban a sus anchas. Con el fabulista italiano Trilussa se opera un cambio. En las fábulas de Trilussa es el animal el que se ríe y satiriza los vicios humanos. Algo parecido sucede en el presente libro de Paul Vaillant-Couturier, con la diferencia de que la sátira que hace la liebre amiga de Juan sin pan, de los vicios y miserias del hombre, tiene intención social. Esta liebre conoce a fondo la lucha de clases. El autor nos explica:

«Por lo general, es cierto, las liebres no hablan, pero es porque no se les da tiempo para ello: o se las espanta o se las caza. Es por esto que las liebres desconfían de los hombres y hasta de los niños. De ahí su terrible reputación de cobardes. Y sin embargo las liebres son animales mucho más gentiles que los gatos.»

La liebre de este libro es muy moderna, y usa aeroplano. Un aeroplano formado por veinte perdices grises y azules, de color fierro rojo bajo el pecho. Con la ayuda de las orejas de la liebre, toda esta perdicería se convierte en un auténtico avión en el cual viajan la liebre y Juan sin Pan a lejanas regiones. La liebre trata de formar en el pequeño Juan la conciencia revolucionaria. Lo primero que le enseña es una enorme fábrica en la cual la explotación del obrero, se ofrece con gran crudeza: Juan sin Pan encuentra en ella a una persona «que se parecía un poco a su papá y tosía como su mamá»... «Esa obrera que estás mirando, comenzó la liebre, es la hija de un minero. Se llama María. Su padre murió en el fondo de una mina, un día

(1) Editorial Documentos. 1933.—Santiago.

en que todo saltó por una explosión. Trabajó mucho tiempo en una fábrica de tejidos, pero con la guerra esa fábrica fué demolida y tuvo que entrar a una fábrica de gases asfixiantes, para poder alimentar a sus chicos. Naturalmente, al poco tiempo cayó enferma. El gas envenena también a los obreros que lo fabrican. Después ella quiso luchar por salvar a sus compañeros de trabajo, desde el sindicato, pidiendo la protección del obrero contra el veneno. Fué expulsada de su trabajo y el patrón solicitó de los demás patronos su boycott por subversiva».

La liebre lleva a Juanito al palacio en que se divierten los patronos, los generales, los ministros y los obispos. Los militares parecen bueyes, los ministros asnos y los obispos sapos. «Había en fin tanta gente, tantas damas que parecían gansos, girafas, lagartos; señores que parecían monos, chivatos, tigres, cocodrilos y loros». Todos estos animales deben constituir, sin duda, la clase explotadora, dentro del reino animal; salvo al mono a quien seguramente considera el autor, un pequeño burgués.

Otra de las experiencias que hace sufrir la liebre a Juan sin Pan, es un viaje a las trincheras. El autor recoge en esta ocasión curiosas conversaciones: «¿Cómo se atreve a venir aquí ese chiquillo sucio? decía para su capote el alambre de púas. ¿De dónde viene esta marmota?, decía el hielo que se había formado en el agua de los pozos. Vaya, vaya, como me gustaría transformar a este mocosito en un boyo para los cuervos, decía el grueso obús, todo congestionado y furioso de no haber estallado».

En las últimas páginas llegan las perdices, la liebre y Juan sin Pan al país de las nieves, donde los soldados rusos y alemanes se han dejado de matar y se llaman camaradas.

«He aquí que un soldado, en ese momento, ha salido de las filas rusas y toma la palabra, diciendo: Lenin.

Y uno de los soldados alemanes responde: Liebknecht.

A continuación todos lloraban, reían, hablaban de las mamás, de las esposas, y de los niños».

Juan sin Pan es un cuento para niños proletarios, y por lo mismo su valor artístico queda subordinado a la intención social.—*Juan Uribe-Echevarría.*

NUESTRA REVISTA

“ATENEA” no aparecerá durante los meses de enero y febrero. El primer volumen de 1934, con un excelente material de lectura, saldrá a luz en los primeros días de marzo.

RASSEGNA ITALIANA

POLITICA · LETTERARIA · ARTISTICA · MENSILE

Fondata e diretta da Tomasso Sillani

ABBONAMENTO { Italia e Colonie: L. 50. Per militari e scuole L. 40
ANNUO { Estero (con spedizione raccomandata) L. 90
Tunisia, Corsica, Malta, Dalmazia, Canton Ticino L. 80

Volume speciale: **Lo Stato Mussoliniano e le realizzazioni del Fascismo nella Nazione**

(Pubblicato nel Maggio 1930)

Volume de 500 pagine, con illustrazioni e grafici nel testo e una tavola con S. M. il Re e il Duce—Italia e Colonie L. 30; Estero L. 40.—Agli abbonati della Rassegna Italiana L. 20.—Per la spedizione del volume aggiungere L. 2 per l'Italia, e L. 5 per l'Estero. Yndirizzare richieste e vaglia alla

RASSEGNA ITALIANA, Piazza Mignanelli, 25 - ROMA

LIBROS RECIBIDOS

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—*El Papa del Mar*.—Biblioteca Letras.—Santiago de Chile.

FEDOR DOSTOIEWSKY.—*La Casa de los Muertos*.—Biblioteca Letras.—Santiago de Chile.

FEDOR DOSTOIEWSKY.—*La Mujer de otro*.—Biblioteca Letras.—Santiago de Chile.

MIGUEL LUIS ROCUANT.—*En la Barca de Ulises*.—París.

RAMÓN DOLL.—*Policía Intelectual*.—Ediciones Cometa.—Buenos Aires.

GUILLERMO KOENENKAMP.—*El Juicio del Mar*.—Narraciones Zig Zag.—Santiago de Chile.

ANTONIO ZAMORANO B.—*La Sed*.—Narraciones Zig Zag.—Santiago de Chile.

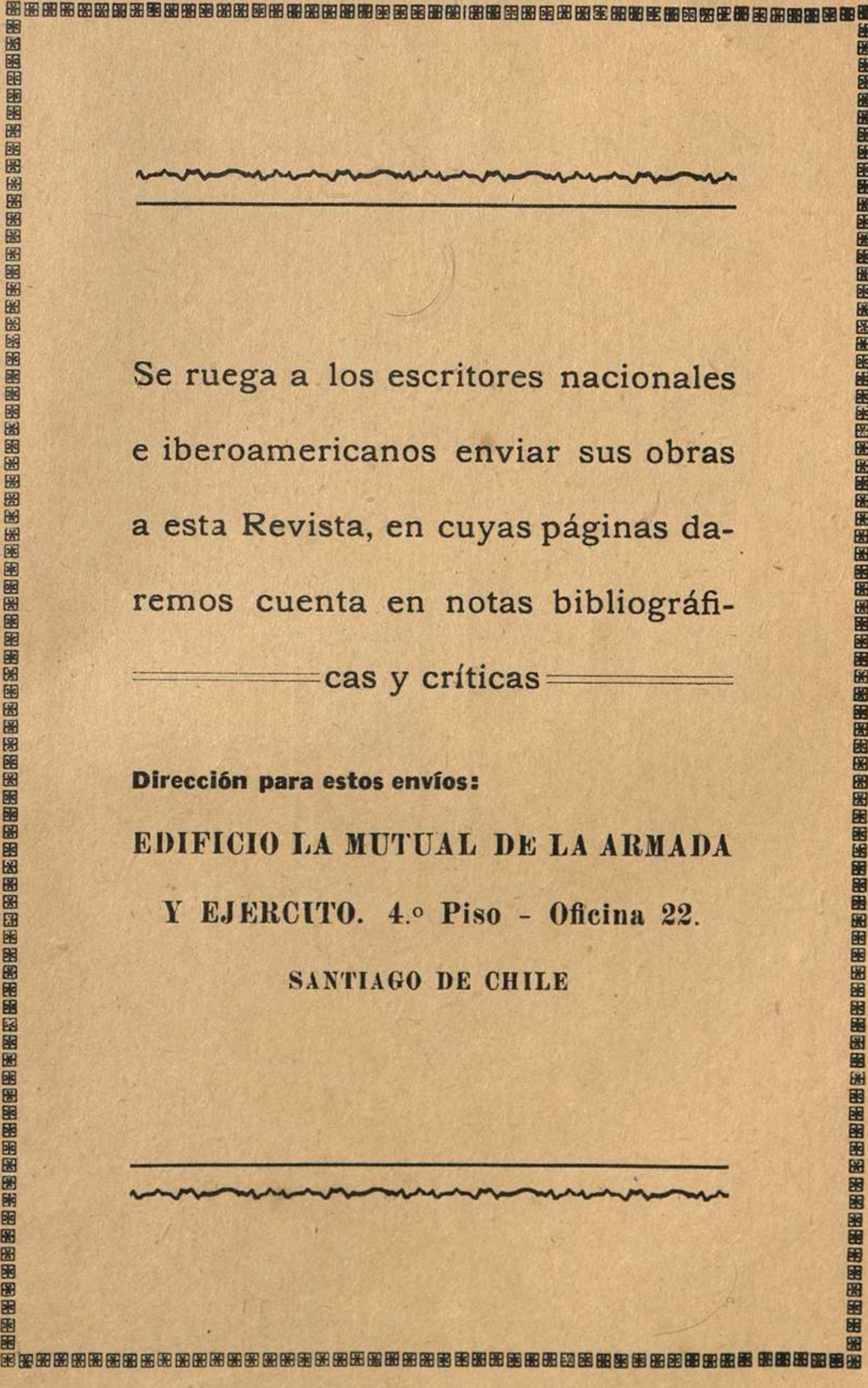
JUAN MARÍN.—*La muerte de Julián Aranda*.—Narraciones Zig Zag.—Santiago de Chile.

CARLOS ACUÑA.—*La que no tenía corazón*.—Narraciones Zig Zag.—Santiago de Chile.

PIERRE MAC ORLAN.—*Cortesanas y puertos de Europa*.—Novela Zig Zag N.º 21.

MANUEL GUZMÁN MATURANA.—*Don Pancho Garuya*.—Editorial Minerva.—Santiago de Chile.

EDUARDO SOLAR CORREA.—*Semblanzas Literarias de la Colonia*.—Editorial Nascimento.—Santiago.

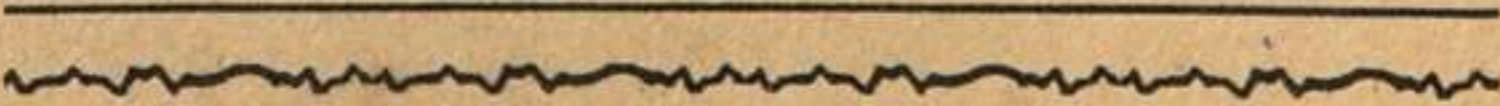


Se ruega a los escritores nacionales
e iberoamericanos enviar sus obras
a esta Revista, en cuyas páginas da-
remos cuenta en notas bibliográfi-
cas y críticas

Dirección para estos envíos:

**EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA
Y EJERCITO. 4.º Piso - Oficina 22.**

SANTIAGO DE CHILE





DISTRIBUIDORES

Librería **SALVAT**
Barcelona-Santiago

MCD 2018



MCD 2018